

PATRICK DEVILLE

Peste & Cólera

PRIX DES PRIX 2012

PREMIO FEMINA

PREMIO FNAC



Lectulandia

En 1887, mientras Francia prepara los festejos del centenario de la Revolución Francesa, Louis Pasteur funda una escuela de biología y descubre la vacuna contra la rabia. Con veintidós años, el suizo Alexandre Yersin llega a París y se enrola en la aventura pasteuriana. Investiga sobre la tuberculosis y la difteria, y todo lo encamina a convertirse en uno de los sucesores privilegiados de Pasteur. Pero a Yersin lo mueve un espíritu aventurero, como el de su admirado Livingstone, héroe de su infancia y adolescencia. Entonces, el joven se enrola como médico en un barco, se hace a la mar e inicia sus travesías por Extremo Oriente, explora la jungla, y viaja a China, Adén y Madagascar. Y durante la gran epidemia de Hong Kong, en 1894, descubre el bacilo de la peste. Éstas son sólo algunas de las hazañas de un científico y explorador al que Patrick Deville consagra esta emocionante epopeya de tintes conradianos, donde el brillante ejercicio literario se combina con un preciso trabajo de documentación que llevará al escritor a sumergirse en el fascinante universo de la correspondencia mantenida por la «banda de los pasteurianos». *Peste & Cólera* es la narración de una apasionada aventura científica y humana. Y, a la vez, el relato de las primeras décadas de un convulso siglo xx, que transcurre al ritmo del avión desde el que Yersin, durante su último viaje desde Francia a Saigón, en 1940, rememora una vida consagrada al desarrollo del conocimiento humano.

Peste & Cólera, después de obtener el *Premio Femina* y el de la FNAC, fue galardonado con el *Prix des Prix 2012*, elegido entre los ocho premios literarios franceses más importantes, en su segunda convocatoria (en la primera, en 2011, lo obtuvo Limónov, de Emmanuel Carrère).

«Un libro erudito y modesto, divertido y empático, claro y justo, sólido como el granito, y en el que, como en el granito, destellan cientos de fragmentos de mica procedentes de Rimbaud, de Baudelaire o de Hugo». (*Jean-Baptiste Harang, Le Magazine Littéraire*).

«A través de la larga vida de Alexandre Yersin, Deville narra un siglo de descubrimientos científicos, de guerras franco-alemanas, de colonización... Este estilista notable conjuga la vivacidad con la que conduce su relato y la sobriedad de sus frases, escritas siempre como si ocultase una discreta sonrisa en la comisura de sus labios —que puede aludir tanto a la simpatía hacia su personaje como a su propia posición de “fantasma del futuro” que sigue el rastro de un héroe discreto. Es así como el autor evita caer en la hagiografía y nos brinda uno de los libros más interesantes de los últimos tiempos». (*Raphaëlle Leyris, Le Monde*).

«Patrick Deville comparte con Alexandre Yersin no sólo la pasión por los viajes sino también una insaciable curiosidad. Para construir su personaje se ha valido de una lectura asidua de la prensa, de años de investigación en todo tipo de archivos..., de una suma de documentos que el novelista transmuta en un formidable concentrado literario, reivindicando “la novela de invención sin ficción”». (*Delphine Peras, Lire*).

Lectulandia

Patrick Deville

Peste & Cólera

ePub r1.1

Titivillus 23.03.15

Título original: *Peste & Choléra*
Patrick Deville, 2012
Traducción: José Manuel Fajardo

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*¡Ah, sí! ¡Volverse legendario,
en el umbral de siglos charlatanes!*

JULES LAFORGE

ÚLTIMO VUELO

La vieja mano salpicada de manchas y con el pulgar amputado aparta el visillo de tisú. Tras una noche de insomnio, el alba bermeja, el címbalo glorioso. La habitación del hotel: blanco de nieve y oro pálido. A lo lejos, los travesaños de luz de la gran torre de hierro entre un poco de niebla. Abajo, el verde intenso de los árboles del Square Boucicaut. La ciudad está en calma en la primavera guerrera. Invasión por los refugiados. Esos que pensaban que su vida consistía en no moverse. La vieja mano suelta la falleba y agarra el asa de la maleta. Seis pisos más abajo, Yersin atraviesa la cúpula de cobre dorado y madera barnizada. Un cochero uniformado cierra tras él la puerta del taxi. Yersin no huye. Nunca ha huido. Este vuelo lo reservó hace meses en una agencia de Saigón.

Es un hombre que ahora está casi calvo, de barba blanca y ojos azules. Lleva cazadora, pantalón beige y camisa blanca con el cuello abierto. Los ventanales del aeropuerto de Le Bourget dan a la pista, donde se ve un hidroavión estacionado sobre sus ruedas. Una pequeña ballena blanca con un vientre redondo para doce pasajeros. La pasarela se apoya contra la carlinga por el lado izquierdo y eso es así porque los primeros aviadores eran jinetes, como lo fue Yersin. Él va a reencontrarse con sus pequeños caballos annamitas^[1]. Sobre los taburetes de la sala de espera se sienta un puñado de fugitivos. En el fondo de sus maletas, debajo de las camisas y de los trajes de noche, hay fajos de billetes y lingotes. Las tropas alemanas están a las puertas de París, pero esta gente, que observa el reloj de la pared y los que llevan en sus muñecas, es lo suficientemente rica como para no colaborar.

Una motocicleta con sidecar de la Wehrmacht bastaría para anclar al suelo a la pequeña ballena blanca. Ya ha pasado la hora. Yersin ignora las conversaciones inquietas, anota una o dos frases en un cuaderno. Ve girar las hélices por encima de la cabina de pilotaje, situada en la encrucijada de las alas. Atraviesa la pista. Los fugitivos quisieran empujarle, obligarle a correr. Todos están sentados a bordo. Le ayudan a subir la escalerilla. Es el último día de mayo del 40. El calor hace bailar el espejismo de un charco sobre la pista. El avión vibra y toma impulso. Los fugitivos se enjugan la frente. Será el último vuelo de la compañía Air France en muchos años, pero todavía no lo saben.

También es el último vuelo para Yersin. Nunca regresará a París, nunca volverá a entrar en su habitación de la sexta planta del Hotel Lutetia. En cierto modo lo sospecha, mientras observa allá abajo las columnas del éxodo a través de la región de la Beauce. Bicicletas y carros sobre los que se apilan colchones y muebles. Camiones que avanzan al paso entre los caminantes. Y todo ello empapado por las tormentas de

primavera. Como columnas de insectos enloquecidos que escapan de los cascos de la manada. Todos sus vecinos del Lutetia han abandonado el hotel. Joyce, el larguirucho irlandés con sus quevedos y su traje de tres piezas, está ya en Allier. Matisse llega a Burdeos y después a San Juan de Luz. El avión pone rumbo a Marsella entre las dos pinzas del fascismo y del franquismo, que se cierran mientras la cola del escorpión se alza, al norte, antes de golpear. La peste parda.

Yersin conoce las dos lenguas, las dos culturas —la alemana y la francesa— y sus viejas querellas. A la peste también la conoce. Lleva su nombre desde hace ya cuarenta y seis años en este último día de mayo del 40, cuando por última vez sobrevuela Francia bajo su cielo tormentoso.

Yersinia pestis.

INSECTOS

El anciano hojea el cuaderno y luego se adormece con el zumbido de los motores. Ha pasado días sin conciliar el sueño. El hotel estaba invadido por los voluntarios de Protección Civil con sus brazaletes amarillos. De noche, las alertas y los sillones colocados al abrigo del sótano, al final de las galerías donde yacen las botellas. Tras sus párpados cerrados, el jugueteo del sol sobre el mar. El rostro de Fanny. El viaje de una joven pareja por la Provenza hasta Marsella para capturar insectos. ¿Cómo escribir la historia del hijo sin la del padre? La del suyo fue breve. El hijo nunca lo conoció.

En Morges, en el cantón suizo de Vaud, más que indigencia lo que había, tanto en casa de los Yersin como en las de los vecinos, era una estricta frugalidad. Allí un céntimo es un céntimo. Las faldas raídas de las madres se pasan a las sirvientas. El padre va cursando estudios con mediana intensidad en Ginebra, a golpe de clases particulares; por un tiempo se convierte en profesor de colegio, apasionado por la botánica y la entomología, aunque para ganarse el pan lleva la administración de unos polvorines. Usa chistera y la larga chaqueta negra entallada de los sabios, lo sabe todo de los coleópteros, se especializa en ortópteros y acrídidos.

Dibuja cigarras y grillos, los mata, coloca sus élitros y antenas bajo el microscopio, envía informes a la Sociedad de Ciencias Naturales de Vaud e incluso a la Sociedad Entomológica de Francia. Después, helo ahí convertido en intendente de la empresa de explosivos, que no es poca cosa. Prosigue con el estudio del sistema nervioso del grillo campestre y moderniza la fábrica. Su frente aplasta el último grillo. El brazo, en una última contracción, vuelca los tarros. Alexandre Yersin muere a la edad de treinta y ocho años. Un escarabajo verde recorre su mejilla. Un saltamontes se enreda en sus cabellos. Un escarabajo de la patata entra en su boca abierta. Su joven esposa Fanny está encinta. La viuda del patrón tendrá que abandonar el polvorín. Después de la oración, en medio de fardos de ropa y vajillas apiladas, nace un niño. Le ponen el nombre del marido muerto.

La madre adquiere la Casa de las Higueras en Morges, al borde del lago de aguas puras y frías, y la transforma en pensión para muchachas. Fanny es elegante y tiene buenos modales. Les enseña a mantener la compostura y a cocinar, y un poco de pintura y de música. Su hijo despreciará toda su vida esas actividades, confundirá el arte con las artes decorativas. Esas nimiedades de la pintura y la literatura le recordarán la futilidad de aquéllas a quienes en su correspondencia denominará los adefesios.

Todo eso le da a uno ideas de niño salvaje: colocar trampas, buscar nidos, prender

fuego con lupa, regresar cubierto de lodo como si se volviera de la guerra o de una expedición en la jungla. El muchacho está solo y recorre los campos, nada en el lago o construye cometas. Captura insectos, los dibuja, los atraviesa con una aguja y los clava sobre un cartón. El rito sacrificial resucita a los muertos. Hereda los emblemas del padre —como en los pueblos guerreros la lanza y la corona— y saca de un baúl del granero el microscopio y el bisturí. Es un segundo Alexandre Yersin y un segundo entomólogo. Las colecciones del muerto están en el museo de Ginebra. Ése puede ser un objetivo en la vida: consumir los días en austeros estudios a la espera de que le llegue el turno y una vena reviente en su cerebro.

En Vaud, dejando a un lado la tortura de insectos, hace generaciones que apenas hay nada con lo que distraerse. La misma idea de hacerlo resulta sospechosa. En estos lugares, la vida es el precio que se paga por el pecado de vivir, pecado que la familia Yersin expía a la sombra de la Iglesia Evangélica Libre. Esta iglesia, nacida de un cisma en el seno del protestantismo de Vaud, rechaza que el Estado pague a sus pastores y que mantenga sus templos. En su indignancia y rigor, los fieles se desviven por cubrir las necesidades de sus predicadores. Lo que es bien distinto que mantener a un cura de esos que tienen buen saque. Los pastores, para contentar a Dios —creced y multiplicaos—, son una especie que se reproduce a velocidad de vértigo. Tienen familias enormes que esperan en el nido con los picos abiertos, así que las faldas raídas de las madres ya no serán para las sirvientas. Los fieles se revisten con la bandera de su elitismo y su probidad, son los más puros y los más alejados de la vida material, los aristócratas de la fe.

De aquella altiva frialdad de azules domingos helados, el jovencito conservará la franqueza abrupta y el desprecio hacia los bienes de este mundo. El alumno bueno por aburrimiento se va convirtiendo en adolescente estudioso. Los únicos hombres admitidos en la Casa de las Higueras, en su pequeño salón florido, son los médicos amigos de la madre. Yersin tiene entonces que elegir entre Francia y Alemania, entre sus dos modelos universitarios. Al este del Rin, el curso magistral y teórico, la ciencia dictada ex cátedra por sabios vestidos de negro y con cuello de celuloide. En París, la enseñanza clínica a la cabecera del enfermo y en bata blanca, el modelo llamado patronal, cuyo inventor fue Laennec.

Al final irá a Marburgo, a causa de la madre y de los amigos de la madre. Yersin habría preferido Berlín, pero irá a la provincia. Fanny alquila para su hijo una habitación en la casa de un honorable profesor, una lumbrera que predica en la universidad pero que asiste a los oficios. Yersin acepta con tal de salir de tanta falda. Moverse. Sus sueños son los de un niño. Es el inicio de una correspondencia con Fanny que sólo terminará con la muerte de ésta. «Cuando sea doctor, te llevaré conmigo a vivir al sur de Francia o a Italia, ¿verdad?».

El francés se convierte en una lengua secreta, maternal, un tesoro, la lengua de las noches, la de las cartas a Fanny.

Tiene veinte años y a partir de ahora su vida transcurre sólo en alemán.

EN BERLÍN

Pero tendrá que esperar primero durante un largo año. En una carta escrita en julio, anota: «está lloviendo, como siempre, hace frío, definitivamente Marburgo no es la tierra del sol». La enseñanza doctoral le decepciona tanto como el clima. El pensamiento de Yersin es pragmático, experimental, necesita ver y tocar, manipular, construir cometas. La lumbrera que le acoge tiene un rostro tan austero que podría figurar en un billete de banco. Los norteamericanos tienen una palabra para eso: *dwem*. Viejos sabios blancos, selectos y doctos, con perilla y lentes.

Marburgo está dotada con cuatro universidades, un teatro, un jardín botánico, un tribunal y un hospital. Todo ello al pie del castillo de los nobles landgraves de Hesse. Un investigador, un escriba armado con un cuaderno de cubiertas de piel de topo, un fantasma del futuro que sigue la pista de Yersin, sale del Hotel Zur Sonne, caminando junto al río Lahn por las calles empinadas, tras las huellas de la juventud del héroe, y en el corazón de este apacible islote de cultura, bajo un cielo próximo y gris, encuentra sin dificultad la alta casa de piedra entramada en cuyo interior se aburría de esperar el muchacho de severos ojos azules e incipiente barba.

El fantasma atraviesa con la misma facilidad muros y tiempo. Detrás de las piedras de la fachada ve la madera de los muebles, el cuero oscuro de los sillones y de las encuadernaciones en la biblioteca. Negro y marrón, como en un lienzo flamenco. Por la noche, el oro de los velones para la bendición masculada, y la cena silenciosa. El péndulo del reloj atrapa un reflejo. Más arriba, el salto de un diente en la rueda hace resonar el engranaje. En el frontón del Rathaus, el ayuntamiento, la Muerte da vuelta cada hora a su ampolleta. Todos la ignoran. Este presente es perpetuo, poco ganaría el mundo si siguiera cambiando. Esta civilización está en su apogeo, quizá con algunos detalles que arreglar. Y con medicamentos que perfeccionar, por supuesto.

A la cabecera de la mesa se yergue un solemne y silencioso Júpiter, el profesor Julius Wilhelm Wigand, doctor en filosofía, director del Instituto de Farmacia, conservador del Jardín Botánico, decano de la Facultad. Por la tarde recibe en su despacho al joven de Vaud. Sus maneras son paternalistas. Le gustaría guiar a ese joven en su carrera académica y ahorrarle las equivocaciones, por eso le reprocha que frecuente a ese tal Sternberg, cuyo apellido es ya una advertencia. Le aconseja unirse a una hermandad. Pero resulta que Yersin, ese estudiante tímido que está sentado ante él en el sillón, nunca ha tenido padre. Y hasta ahora se las ha arreglado.

Tanto si se inscriben en medicina como en derecho, en botánica como en teología, nueve de cada diez estudiantes de Marburgo tienen en común el pertenecer a una hermandad. Tras los rituales de admisión y una vez proferidos los juramentos, la

actividad consiste en juntarse cada día, en la misma taberna de paredes cubiertas de blasones, para coger tremendas curdas y batirse en duelo. Las gargantas se protegen con bufandas, los corazones con petos, y los aceros salen de las vainas. Se para a la primera sangre. Nacen amistades indefectibles. Se exhiben las cuchilladas sobre el cuerpo como más tarde se hará con las medallas sobre el uniforme. Uno de cada diez alumnos es excluido de esa camaradería. Es el *numerus clausus* asignado a los judíos por la ley universitaria.

El joven vestido de negro elige la calma del estudio, las caminatas por el campo y las discusiones con Sternberg. Los cursos de anatomía y de clínica se dan en el anfiteatro, cuando estos dos querrían conocer ya el hospital. Hacer disecciones. Ir al meollo. En Berlín, donde Yersin pasa una temporada, asiste en una misma semana a dos amputaciones de pierna mientras que en Marburgo semejante operación sólo tenía lugar una vez al año. Por fin camina por las calles de una gran ciudad. En ese año, los hoteles están repletos de diplomáticos y de exploradores. Berlín se convierte en la capital del mundo.

Por iniciativa de Bismarck, todas las naciones colonizadoras se han reunido allí delante de un atlas para repartirse África. Es el Congreso de Berlín. El mítico Stanley, quien catorce años atrás había encontrado a Livingstone, está allí en representación del rey de los belgas y propietario del Congo. Yersin lee los periódicos, descubre la vida de Livingstone y éste se convierte en su modelo. Livingstone, el escocés explorador, hombre de acción, sabio, pastor, descubridor del Zambeze y médico a la vez, que estuvo perdido durante años en territorios desconocidos del África central y que, una vez que Stanley logró encontrarle, eligió quedarse y morir allí.

Un día, Yersin será el nuevo Livingstone.

Así lo escribe en una carta dirigida a Fanny.

Alemania, al igual que Francia e Inglaterra, se esculpe un imperio a golpe de sable y ametralladora. Coloniza Camerún, la actual Namibia y la actual Tanzania hasta Zanzíbar. En ese año del Congreso de Berlín, Arthur Rimbaud, el autor de *El sueño de Bismarck*, transporta a lomos de camello dos mil fusiles y sesenta mil cartuchos para el rey Menelik de Abisinia. El que fuera poeta francés promueve ahora la influencia francesa y se opone a las pretensiones territoriales de ingleses y egipcios dirigidas por Gordon: «Su Gordon es un idiota, su Wolseley un asno, y sus empresas una serie insensata de disparates y saqueos». Es el primero en subrayar la importancia estratégica del puerto que él escribe Dhjibouti, como Baudelaire escribía Saharah; redacta un informe de exploración para la Sociedad Geográfica, envía artículos de geopolítica al diario francófono *Le Bosphore égyptien*, de los que se hacen eco en Alemania, Austria e Italia. Relata los estragos de la guerra: «Los abisinios han devorado en pocos meses las provisiones de sorgo dejadas por los egipcios, que

hubieran alcanzado para varios años. La hambruna y la peste son inminentes».

El que propaga la peste es un insecto: la pulga. Pero aún no se sabe.

Desde Berlín, Yersin se traslada a la ciudad alemana de Jena. Compra al reputado fabricante Carl Zeiss un microscopio perfeccionado del que nunca se separará, un microscopio que le acompañará en su equipaje durante su vuelta al mundo y con el que identificará al bacilo de la peste. Carl Zeiss es una especie de Spinoza y para uno y otro pulir lentes fue una actividad propicia a la reflexión y la utopía. Baruch Spinoza también era judío, dice Sternberg. Ahí están los dos estudiantes de nuevo en Marburgo, encorvados por turnos sobre el ocular recién estrenado, jugando con el tornillo de enfoque sobre un ala de libélula. Yersin también ha visto la violencia antisemita, los escaparates rotos, los puñetazos. En la charla de los dos estudiantes tal vez se cuele la palabra peste.

Frecuentemente, siempre que no se haya contraído ni una ni otra, se confunde la peste con la lepra. Durante la gran peste de la Edad Media, la peste negra, fueron veinticinco los millones de muertos que contabilizar por la demografía. La mitad de la población europea diezmada. Ninguna guerra había causado todavía semejante hecatombe. La dimensión de la plaga fue metafísica, expresión de la ira divina, del Castigo. Los suizos no siempre han sido inofensivos zelotes de la tolerancia y la moderación. Cinco siglos atrás, los vecinos de Villeneuve, a orillas del lago, quemaron vivos a los judíos acusados de haber envenenado los pozos para propagar la epidemia. Cinco siglos después, si el oscurantismo ha retrocedido, el odio sigue siendo el mismo. Tampoco se sabe nada más sobre la peste, sobre el modo en que llega, mata y desaparece. Tal vez un día. Los dos estudiantes tienen fe en la ciencia, en el Progreso. Curar la peste sería matar dos pájaros de un tiro, dice Sternberg. Yersin le anuncia su partida hacia Francia.

El año siguiente proseguirá sus estudios en París. En este año del Congreso de Berlín, mientras Arthur Rimbaud gasta las piernas sobre la rocalla de los desiertos tras el culo de los camellos, Louis Pasteur salva al niño Joseph Meister. Curar la rabia con una vacuna es abrir una puerta. Muy pronto no se tratará de elegir entre peste y cólera, sino de curarlas. Yersin tiene la ventaja de ser bilingüe. Si Sternberg lo fuera, cuánto dudaría. París o Berlín, como elegir entre Caribdis y Escila. Tiene bastante de pesimista lúcido, este Sternberg, si es que eso no es un pleonasma. Diez años más tarde, al inicio del caso Dreyfus, no se verá el nombre de Yersin al pie de ninguna petición. Lo cierto es que todos esos horrores de Europa muy pronto le despiertan a uno la atracción por las antípodas. En el momento del proceso contra el capitán Dreyfus, Yersin está en Nha Trang o en Hong Kong.

EN PARÍS

Cuando Yersin descubre la otra capital, descubre sobre todo el antigermanismo. En París, en vez de las tonadas bávaras y el casco de pico, es preferible cantar a la tirolesa y llevar el curioso sombrero suizo.

Desde hace quince años y tras la derrota de Sedán, Francia es más pequeña y no lo digiere. Amputada de la Alsacia y la Lorena, se venga conquistando un vasto imperio en ultramar, mucho más grande que el de los alemanes: de las islas de la Polinesia a las del Caribe, de África a Asia. Aunque no más que sobre la británica Union Jack, el sol tampoco se pone sobre la republicana bandera tricolor. En este año, Pavie, el explorador de Laos, conoce a Brazza, el explorador del Congo. El encuentro tiene lugar en la parisina calle Mazarine, en La Petite Vache, donde se reúne también la pequeña banda de los saharianos. El marino francés hace dos años que se ha adueñado en la Cochinchina de las provincias de Annam y Tonkin. Yersin lee las narraciones, repasa los mapas. Ésos son hombres y no son de los que se irían a vegetar a un lugar como Marburgo. Está convencido de lo acertado de su elección. Es aquí donde hay que vivir.

Quizá por última vez en su historia, París es una ciudad moderna. Ya han terminado las obras de renovación emprendidas por Haussmann y se traza el plan del metro. «Entro en el museo del Louvre. Hoy visito las antigüedades egipcias», escribe Yersin, que lee la prensa en el salón del Bon Marché. La familia Boucicaut, propietaria del almacén, hará construir veinticinco años más tarde el Hotel Lutetia enfrente de él. Al final de su vida, Yersin adquirirá el hábito de alojarse allí varias semanas cada año, tras atravesar el planeta para hacerlo, siempre en la misma habitación de la esquina del sexto piso, a unos centenares de metros de su primera residencia como estudiante: un chamizo con forma de mansarda de la calle Madame, desde el que, según le informa a Fanny, estirando el pescuezo puede entreverse una torre de la iglesia de Saint-Sulpice.

En la calle de Ulm, Louis Pasteur acaba de conseguir una segunda vacuna antirrábica, tras la del pequeño alsaciano Joseph Meister: la de Jean-Baptiste Jupille, originario de la región de Jura. Muy pronto le llega gente de todas partes. Hasta entonces, en cualquier campo o en cualquier bosque de lobos y nieve, lo mismo en Francia que en Rusia, el tratamiento consistía a menudo en atar a los rabiosos y sofocarlos antes de que te mordieran a su vez. La aventura está a la vuelta de la esquina de la calle de Ulm, tanto como en las pendientes de las dunas saharianas. Es la nueva frontera de la microbiología. El estudiante extranjero de veintidós años, sentado delante del periódico, vive a expensas de su madre. Como todos los hombres,

lleva barba corta y chaqueta oscura, cena al fondo de cafetuchos en los que los proletarios apuran su trago y concluyen, al ver el vaso vacío, que ése tampoco será ya para los *boches*^[2] y que sería estúpido, patrón, dejarles el tonel. «Asistí a una violenta disputa entre unos obreros y un individuo de origen alemán, creo yo, que tuvo la mala idea de hablar en su lengua nativa: casi lo matan».

Por el momento, es él quien lleva una vida de privaciones. Se inscribe en el primer curso de bacteriología dictado por el profesor Cornil. Es una disciplina nueva. Durante toda su vida, Yersin escogerá cuanto haya de nuevo y de absolutamente moderno.

En casa de Pasteur, en pocos meses vacunan a manos llenas. En enero de 1886, de mil vacunados mueren seis, cuatro mordidos por lobos y dos por perros. En julio hay casi dos mil vacunados con éxito y no más de diez fracasos. Los cadáveres son enviados al depósito del Hospital, donde Cornil encarga a Yersin hacerles la autopsia. El veredicto del microscopio de Carl Zeiss es inapelable: la observación de la médula espinal demuestra que la vacuna ha sido inocua. Fueron tratados demasiado tarde. Yersin entrega los resultados al asistente de Pasteur, Émile Roux. Es el encuentro de dos huérfanos vestidos con bata blanca, de pie en medio del depósito del Hospital, entre cadáveres de víctimas de la rabia, y éste va a cambiarles la vida.

El huérfano de Morges y el huérfano de Confolens.

Roux lleva a Yersin ante Pasteur. El joven tímido descubre el lugar y descubre al hombre, escribe sobre ello en una de sus cartas a Fanny: «El gabinete de M. Pasteur es pequeño, cuadrado, con dos grandes ventanas. Cerca de una de ellas hay una mesita sobre la que están los tarros que contienen los virus para inocular».

Yersin se une pronto a ellos en la calle de Ulm. Cada mañana se forma delante del patio una larga fila de impacientes enfermos de rabia. Pasteur ausculta, Roux y Grancher vacunan, Yersin prepara. Él está contratado y le asignan un magro salario. Nunca más deberá nada a nadie. El huérfano de Morges y el huérfano de Confolens han encontrado a un padre en el austero sabio del Jura. Un hombre con traje negro de faldones y apellido bíblico, el apellido de quien guía los rebaños hacia los pastos y las almas hacia la redención.

Ante la Academia de Ciencias, Louis Pasteur, enfermo y todavía administrador de la Escuela Normal Superior, concluye su exposición: es conveniente crear un centro de vacunación contra la rabia. La villa de París pone provisionalmente a su disposición un desvencijado caserón de tres plantas de ladrillo y madera, en la calle Vauquelin, y la pequeña banda se instala allí. Ése es el inicio de su vida comunitaria. La sala de inoculación, las caballerizas y las perreras dan al patio. La banda de Pasteur va ocupando las habitaciones, piso a piso. Roux, Loir, Grancher, Viala, Wasserzug, Metchnikoff, Haffkine, Yersin. Este último es receloso y frunce el ceño cuando, como hace Haffkine, se le llama Yersine, feminizando su apellido con una e al final, a causa de su acento suizo. Cada mañana abandona la casa para seguir sus

estudios de medicina en la calle de Saints-Pères. Al mediodía almuerza en una pequeña taberna de la calle Gay-Lussac. Para su tesis escoge la difteria y la tuberculosis, a la que los poetas todavía llaman tisis. Lleva a cabo consultas clínicas en el Hospital de Niños Enfermos, toma muestras del fondo de gargantas inflamadas, extrae membranas, intenta aislar la toxina diftérica, lee en las revistas los relatos de los exploradores.

Se abre una suscripción internacional en el Banco de Francia a favor de Louis Pasteur. Los fondos afluyen. El zar de Rusia, el emperador del Brasil y el sultán de Estambul envían sus aportaciones, pero también lo hacen personas sin relevancia cuyos nombres aparecen impresos cada mañana en el *Journal Officiel*. El viejo Pasteur repasa esa letanía. Lloro cuando ve que el joven Joseph Meister le envía algunos céntimos. Compra un terreno en el distrito quince. Cada semana, Roux y Yersin inspeccionan los trabajos de la calle Dutot y regresan a la calle de Ulm, al apartamento de Louis Pasteur y de su mujer donde la pequeña banda extiende los planos. El anciano de levita negra ha sufrido ya dos ataques cerebrales, habla con dificultad, tiene el brazo derecho paralizado, arrastra una pierna. Roux y Yersin diseñan con el arquitecto una escalera interior, para el nuevo Instituto, cuyos escalones serán menos altos y más numerosos.

Para el viejo Pasteur se han acabado los descubrimientos. Tras él, el elegido será Roux, el mejor entre sus hijos, el heredero putativo. Su último combate es teórico. Enfrentados a él desde hace veinte años, los defensores de la generación espontánea brotan como por arte de magia. Él defiende que nada nace de la nada. Pero ahí está Dios. ¿Por qué todos esos microbios y por qué habérmolos escondido durante siglos? ¿Por qué tantos niños muertos, especialmente entre los pobres? Fanny se inquieta. Pasteur es como Darwin. El origen de las especies y la evolución biológica, del microbio hasta el hombre, contradicen los textos sagrados. Ante ello, Yersin y con él toda la banda sonrían. Muy pronto todo eso estará muy claro, bastará explicar, enseñar, reproducir los experimentos. ¿Cómo podrían imaginar que un siglo y medio más tarde la mitad de la población del planeta seguirá defendiendo todavía el creacionismo?

Durante los años en que se constituye la pequeña banda de los pasteurianos, sigue reuniéndose en la calle Mazarine la pequeña banda de los saharianos, mientras la pequeña banda de los parnasianos va desapareciendo. Los tres grupitos habrán cohabitado durante un tiempo. En la misma ciudad y en las mismas calles. Banville, el dulce poeta, anida aún en la calle de Buci, donde presta su habitación de servicio a Rimbaud antes de que éste se vaya con Verlaine a la calle Racine. Desde la partida del clarividente, la pequeña banda de los parnasianos se marchita, aunque frecuenta todavía por puro hábito las cantinas, que son sus laboratorios, donde se extraen del fondo de los alambiques otros elixires: hadas multicolores que se instalan en el fondo de los cerebros de los ahora deslucidos parnasianos para regar los escondidos versos

alejandrinos, que se replican sin cesar en dípticos, pero cada vez más anémicos. Es en ese tiempo absolutamente moderno, de microscopios y jeringas, cuando se extingue el alejandrino, muerto de un golpe magistral por el joven poeta que se ha ido a vender fusiles a Menelik II, rey de la meseta etíope de Choa y futuro emperador de Etiopía.

En cuanto a Yersin, él lo lee todo sobre ciencia y sobre relatos de exploraciones. Trabaja con calma y en soledad, con ritmo perezoso y ese aire de quien no da golpe que resulta tan elegante. A la noche, calienta sus caldos de microbios y prepara sus reactivos. Todo ese material a su disposición resulta fascinante. Por fin trabajos prácticos que hacer, cometas que volar. Abre los cajones de gallinas y de ratones, selecciona, inocula; después descubre, en un golpe de genialidad, una tuberculosis experimental de nuevo tipo en un conejo: la llamada tifobacilar o tifoidea.

El joven, preocupado, regresa al laboratorio y entrega la probeta a Roux. O quizá saca de su sombrero un conejo blanco sujeto por las dos orejas y lo deposita sobre la encimera. He encontrado algo. Roux ajusta el tornillo de enfoque del microscopio con el índice y el pulgar, levanta los ojos, gira la cabeza, mira desde abajo al estudiante tímido mientras frunce las cejas. La «tuberculosis tipo Yersin» hace su entrada en los libros de enseñanza médica, y de ese modo su nombre pasa ya a la posteridad de los generalistas y de los historiadores de la medicina. Pero el gran público olvidará pronto el nombre de quien, a pesar de la peste, sigue sin ser hoy muy conocido. El pobre conejo tísico tose, escupe sus pulmones y expira sobre la encimera. Algunas gotas de sangre roja manchan su pelaje blanco. Ese mártir le vale al joven una primera publicación en la revista *Annales de l'Institut Pasteur*, firmada por Roux & Yersin. Sin embargo, todavía no es médico, ni siquiera es aún francés.

A los veinticinco años de edad, tres después de su llegada a París, Yersin redacta su tesis y recibe una medalla de bronce que guarda en su bolsillo para dársela a Fanny. Esa mañana es declarado doctor en medicina y por la tarde toma el tren para Alemania. Pasteur le pide que se inscriba en el curso de técnica microbiana que acaba de crear Robert Koch, el descubridor del bacilo de la tuberculosis, en el Instituto de Higiene de Berlín. Yersin es suizo y bilingüe. No está muy lejos del espionaje. Aquél a quien llama en sus cuadernos «el gran lama Koch» ataca violentamente a Pasteur en sus escritos. Yersin sigue las veinticuatro clases, llena sus cuadernos, traduce a Koch para Pasteur, dibuja el plano de su laboratorio, redacta un informe y concluye que no resultará muy difícil hacerlo mejor en París.

A su regreso, sale una segunda publicación firmada por Roux & Yersin. Los edificios del futuro Instituto Pasteur son inaugurados con toda pompa por el jefe del Estado, el presidente Sadi Carnot, y por sus huéspedes internacionales. Yersin sigue siendo suizo. La ley reserva el ejercicio de la medicina tan sólo para ciudadanos de la república. Yersin comienza las gestiones, envía una carta a Fanny. Sus antepasados maternos son franceses y el expediente se resuelve enseguida: calvinistas que huyeron de los conflictos religiosos. Francia acoge a su hijo pródigo.

Una tarde, en la calle Vauquelin, dos hombres, a pesar de tener tantas otras cosas

que hacer, cuelgan sus batas blancas en el perchero del vestíbulo y se enfundan las chaquetas. Roux acompaña a su auxiliar al ayuntamiento del distrito cinco, en la plaza del Panthéon. Está a dos pasos. Ambos firman en el registro. El funcionario pasa el papel secante sobre la tinta y les entrega el certificado. No hay tiempo para festejarlo en la cantina como si fueran parnasianos. Vuelven a enfundarse las batas blancas, vuelven a encender los mecheros Bunsen, recogen su caldo de bacilos. Yersin es un sabio francés.

EL RECHAZADO

¿Y si él hubiera seguido siendo suizo o se hubiera hecho alemán? ¿Y si ese anciano de barba blanca y ojos azules, que dormita en el avión apaciblemente, hubiera elegido a Koch en vez de a Pasteur? ¿Dónde estaría hoy este hombre, a los setenta años, poseedor de un pasaporte del Reich? Ya se sabe que con frecuencia los genios se dejan engañar. Es conocida su ingenuidad. Esos que no le harían daño ni a una mosca inventan, por el solo placer de resolver un enigma, armas de destrucción masiva. ¿Y si él hubiera sido al inicio de esta guerra un viejo médico jubilado en Berlín? Si se hubiera casado con una alemana de Marburgo, ¿dónde estarían hoy sus hijos y sus nietos y con qué uniforme?

Ahora debe de estar sobre el Ródano, sobrevolando los viñedos y las uvas verdes bajo el sol de mayo de 1940. ¿Los movilizados estarán de vuelta para la vendimia? La de Yersin es una posición peligrosa, siempre ha querido lavarse las manos en política, ignorar la Historia y sus repugnantes festines. Es un individualista, como suelen serlo los altruistas. Sólo más tarde, a fuerza de tanto amar a los hombres, uno termina por convertirse en misántropo.

Es algo más fuerte que él: Yersin siempre necesita saberlo todo. Abre su cuaderno e interroga a la tripulación de la pequeña ballena metálica blanca. El hidroavión de Air France, el *flying-boat* que hace la ruta de Marsella, es un LeO, nombre que le viene de sus dos constructores: Lioré & Olivier. Un LeO H-242. Su fuselaje es de duraluminio anodizado. Yersin lo consigna en su cuaderno. El duraluminio anodizado es un material nuevo. Se pregunta qué es lo que podría construir de nuevo en Asia con ese duraluminio anodizado. Los once pasajeros que le rodean están sentados en confortables asientos de respaldo alto. Se sirven alcoholes a voluntad.

En medio de esos fugitivos ricachones, de esos privilegiados cobardes, que elegirán al azar entre las escalas un lugar de veraneo donde esconderse con sus ahorros a esperar que escampe, Yersin evita la promiscuidad gracias a sus cuadernos, simulando concentrarse. Su nombre y su rostro son conocidos. Es el último superviviente de la banda de Pasteur. Sabemos que irá hasta Saigón, el final del trayecto, donde llegará en ocho días. En paquebote habría sido un mes. Cada viaje le permite traer grandes cajas de material, cristalería para los experimentos, semillas para sus jardines. Con la guerra, las comunicaciones se verán una vez más interrumpidas. Después del 14 fue el mismo lío.

Hace ya cincuenta años que Yersin eligió abandonar Europa. Fue en Asia donde pasó la Primera Guerra Mundial y se dispone a pasar allí la Segunda. Solo. Como ha vivido siempre. O, más bien, en medio de una pequeña banda, en Nha Trang, una

aldea de pescadores: la banda de Yersin. Porque, al cabo de los años, el solitario se ha revelado como un conductor de hombres. Allá lejos, ha creado algo así como una comunidad, un monasterio laico retirado del mundo al que ahora va a reincorporarse. Como si hubiera hecho votos de frugalidad y celibato, también de fraternidad, su comunidad científica y agrícola de Nha Trang puede evocar una colonia anarquista, como la colonia Cecilia fundada en Brasil a fines del XIX, o un falansterio fourieriano del cual él sería el patriarca de barbas blancas. Yersin se encogería de hombros si esa idea se evocara en su presencia porque, un poco por casualidad, sin haberlo buscado realmente, mientras estaba ocupado en cosas muy distintas, hoy se encuentra en posesión de una fortuna bastante considerable.

En una sola ocasión, haciendo un esfuerzo por integrarse, por seguir las reglas y atenerse a la tradición de la Facultad, y dado que era un joven médico, un joven francés, un joven investigador, se dijo que debería ser también un joven casado. Después de todo, tal era el caso de Louis Pasteur y eso no le había impedido trabajar. A Yersin le gustaba cenar en el apartamento de la pareja, en la calle de Ulm. Los dos hombres se apreciaban, eran dos hombres duros y probos, silenciosos, de ojos de un azul de nieve y hielo. Él también se convertiría en un anciano sabio rodeado del tierno cariño de una esposa anciana. Había iniciado gestiones en ese sentido, utilizando el mismo método racional que había empleado para establecer su genealogía. Escribir a su madre, como siempre. Una carta a Fanny.

Ella, que acababa de localizar a sus antepasados, le encuentra enseguida una prometida. Mina Schwarzenbach, la sobrina de una amiga. Mina es bonita. Uno la imagina virgen y abotonada hasta el cuello de encaje blanco, pero bajo la larga falda negra quizá hay un fuego atizado cada noche con la yema del dedo. Yersin se pone a escribirle. Resulta más arduo que hacer una exposición sobre la difteria. Son muchos los borradores que terminan en la papelera. Querida Mina. Quizá él hace el elogio de la apacible y vieja pareja de los Pasteur, de las doctas discusiones en su casa con Perrot, el director de la Escuela Normal Superior, y los relatos de sus empresas arqueológicas en Asia Menor. Es una torpeza. Mina Schwarzenbach espera leer inflamados versos alejandrinos que le estén dedicados. Por la noche, sujetaría la carta con la otra mano para releerlos. Yersin mete la pata. Mina le da calabazas. No se volverá a hablar del asunto. Él se da perfecta cuenta de que tener una esposa pegada a sus faldones no habría tardado en ser un estorbo. Ya se verá más adelante, cuando le haya dado la vuelta al mundo y al asunto.

De momento, se iría con gusto a ver el mar.

EN NORMANDÍA

A Roux la idea le parece absolutamente peregrina. Irse al mar. Apaga el mechero Bunsen, se limpia las manos en la blusa blanca, levanta los brazos al cielo. Debe de estar soñando. Irse al mar. ¿Por qué no acabar sus días en una aldea de pescadores? Exactamente, dice Yersin... Pero dejémoslo así. Ya está, tiene una idea. Unir lo útil a lo agradable. Sacando partido de su relativa notoriedad como especialista en tuberculosis, el joven doctor Yersin acaba de conseguir que la Inspección Académica le envíe en misión a Grandcamp, en la región de Calvados. Pretende examinar los microbios de las bocas de niños que viven en un lugar salubre y aireado. Los comparará con los que encuentre en las bocas de los niños de las escuelas parisinas. Quiere saber si el cielo sucio por el humo de las fábricas puede ser un factor que agrave la enfermedad. Se acaba de comprar una de esas nuevas bicicletas con cadena y piñones fabricadas por Armand Peugeot.

Yersin cierra su maleta, envuelve su microscopio, sube al tren en dirección a Dieppe, llega a Le Havre en bicicleta, toma el transbordador de Honfleur y pedalea hasta Grandcamp. Por la mañana hace la ronda de las clases, donde los niños abren la boca delante de él; por la tarde pasea por el muelle y busca pescadores que acepten embarcarlo. Por la noche, en la pensión, lee *Pescadores de Islandia*, de Pierre Loti. Con éste tiene en común la soledad desde la infancia, la honesta y humilde familia de provincias, el estricto protestantismo y el padre ausente. Siendo muchachos crecidos en medio de mujeres, en los dos se engendra una misoginia latente y una sexualidad indecisa, también el sueño de atravesar mares y océanos. Una idea que, sin embargo, le llega a uno más rápidamente en Rochefort-sur-Mer, en el seno de una familia de marinos, que en Morges, en el cantón suizo de Vaud.

Yersin tiene veintiséis años y es la primera vez que ve el mar.

Pero no desde lo alto de un acantilado con los cabellos al viento como un poeta parnesiano, sino desde el puente barrido por los golpes de mar del *Raoul*, una embarcación dedicada a la pesca de bou, con botas e impermeable de hule, en medio de las jarcias del velamen y del trabajo bien hecho.

En su entusiasmo, redacta para Fanny, que es su única lectora, un pastiche de Loti o de exploradores y navegantes descubridores de pueblos. Describe un mundo de hombres, fraternal, algo entre Loti y *Los trabajadores del mar*, de Victor Hugo, aunque todavía ignora lo que es la obra muerta de un barco o que, a bordo, nunca se habla de cuerdas, al menos no más que en casa de un ahorcado: «De repente, el barco se detiene, la cuerda de la red se tensa y se rompe. Deprisa, cargad las velas, hemos dado con un arrecife de buen tamaño que desgarrar varios metros cuadrados de la red, traed también las lanzaderas y el bramante para cerrar los agujeros. La red no está de

nuevo en condiciones hasta las siete, pero el rodaballo sólo se pesca de día. De noche se pesca el lenguado, que también es muy solicitado, pero hace falta acercarse a tierra: el reino de los lenguados tiene fondo de arena, sin rocas». Por la tarde, asan salmonetes a bordo. Después, cada cual se va «a dormir en su coy», menos los dos hombres que están de guardia y el pasajero. Cuando Fanny lee esos correos, sentada en el saloncito florido de la Casa de las Higueras, se siente un poco decepcionada. Hay algo que no cuadra.

Como buen huérfano, Yersin ha colmado todos los deseos de su madre. Se ha hecho médico. Mi hijo es doctor, dicen las madres. Pero él es más que eso: es un sabio. Trabaja con Pasteur. Ella dice: es su mano derecha. Con eso basta. Que regrese a su lado y viva de su gloria, que abra una consulta al borde del lago y cuelgue su placa. Está inquieta, Fanny. Las madres siempre lo están. Quizá él tenga una vena en la cabeza que no funciona, como su padre. Ya se vio el resultado. Este hijo es insaciable. ¿Qué va a inventar ahora? Quiere irse donde los salvajes, como si no fuera bastante con los franceses. Ella relee la carta que acaba de recibir: «No me molestaría abandonar París porque el teatro me aburre, el mundo galante me da horror y todo esto no es más que una vida de no moverse».

Después de Normandía, todo se va a cerrar como un nudo marinero. Yersin no pasará el resto de su vida delante de las probetas, con el ojo fijo en el microscopio en vez de en el horizonte. Necesita aire, silencio y soledad. Y sin embargo es entonces, a su regreso, cuando Roux, quien decididamente comprende mejor a los bacilos que a los hombres, creyendo hacerle un honor, le encarga el curso de microbiología.

Para Yersin, que es adepto a una especie de mayéutica, nada de lo que se puede enseñar merece ser aprendido, aun cuando toda ignorancia es culpable. Toda su vida será un brillante autodidacta y no sentirá más que desprecio por los mediocres empollones. Basta con saber observar. Si no se sabe, no se sabrá jamás. Entre los dos hombres va creciendo la incomprensión. «Lo que ha dado lugar a una bronca de más de dos horas».

El huérfano de Confolens sermonea al de Morges, recordándole sus deberes de pasteuriano. Pero, por Dios, si hay miles que venderían a su hermana por ocupar tu plaza, y tú, Yersin... Le faltan las palabras ante ese joven tímido de porvenir tan prometedor, ante su mirada dura y azul. La investigación científica es para Yersin como tocar el violín. Es un diletante genial tocado por la gracia de tener buen oído o buen ojo y la suerte sin la cual el talento no es nada. Es Mozart eligiendo convertirse en leñador. O Rimbaud, en comerciante de café de Moca o de fusiles de Lieja. Y éste encima viene con la lata del relato de su viaje en bicicleta y sus salidas a pescar con red. Roux se dice que tal vez ha apostado por el caballo equivocado, que Yersin fue una estrella fugaz y que, a los veintiséis años, como sucede a veces con los matemáticos y los poetas, su luz ya se ha apagado.

UNA GRAN TORRE DE HIERRO EN EL CENTRO DEL MUNDO

Sin embargo, el curso es un éxito. Yersin pronuncia sólo las palabras indispensables, el resto consiste en saber observar. Un asistente coloca delante de cada cual una bandeja de zinc y, con aire de prestidigitador o de jefe de comedor, levanta la campana de cristal. Hay que manipular con guantes algún roedor muerto a causa de alguna de las infecciones que están en el programa. Las jeringas perforan la piel. Se extienden gotas de sangre contaminada sobre láminas que se colocan bajo el microscopio.

Roux ha impartido los dos primeros cursos de microbiología y Yersin se hace cargo de los dos siguientes. El anuncio ha circulado durante meses por revistas médicas y periódicos del mundo entero. Es la nueva época del cable submarino. Los médicos suben la escala real de los paquebotes y desembarcan en los puertos transatlánticos de Burdeos, Saint-Nazaire o Cherburgo. Toman el tren en las estaciones marítimas, rumbo a París. Estos cursos de verano coinciden con la Exposición Universal y con el centenario de la Revolución Francesa, que fue el apogeo de la Ilustración.

París se convierte en la capital mundial de la medicina y, en su centro, el recién estrenado Instituto Pasteur, con sus ladrillos rojos, es el faro del Progreso. Todo es nuevo, los parqués encerados y la loza refulgente de las encimeras de los laboratorios. La fachada es de estilo Louis XIII y de piedras moleñas. Nace la idea de crear Institutos Pasteur en el extranjero y de lanzar campañas de vacunación, tanto preventivas como curativas. Delante de Yersin, en la gran sala de altas ventanas cuadrículadas, se juntan médicos de hospital franceses y también uno belga, otro sueco, otro cubano, tres rusos, tres mexicanos, un holandés, tres italianos, un inglés, un rumano, un egipcio y un estadounidense. Si la cuenta no falla, hay doce nacionalidades, pero ningún alemán. Eso no presagia nada bueno.

A veces se ve en el patio de gravilla, plantado de castaños jóvenes, al anciano hemipléjico de levita negra y corbata de pajarita al cuello, convertido ya en leyenda viviente, que se sienta a tomar el sol en un banco. Hay quienes intentan sacarse una foto en su compañía, para colgarla después en la sala de espera junto al certificado de pasteuriano. Para Yersin es un fastidio. «Esto es muy aburrido y toma un tiempo inaudito. En mi primera lección estaban el señor Pasteur, el señor Chamberland y muchas otras personas intimidantes. El señor Pasteur, según parece, ha quedado satisfecho».

Después de las clases, el joven se va a pasear a solas por los muelles del Sena.

Con su barba negra y su mirada azul. Esa primavera acaba de aparecer su tercera publicación, versa sobre la difteria. El genio de Yersin no está en declive y su luz no se ha apagado. Como primer habitante del Instituto, ha escogido la habitación más hermosa, en la esquina, llena de luz, le gusta el confort cuando es posible tenerlo. Ha puesto en marcha las estufas y las autoclaves, se hace cargo de la recepción de las entregas de cristalería. En este verano se erige la escultura de Danton en el cruce del Odéon, con motivo del centenario de la revolución. En los Campos de Marte y a lo largo del muelle de Orsay se exponen los avances de la ciencia, de la técnica y de la civilización, que es tanto como decir de una Francia que despliega sobre el mundo las grandes alas blancas de su genio. Sobre la explanada de los Inválidos, los ministerios de la Guerra y de las Colonias han financiado la recreación de aldeas senegalesas o tahitianas, tunecinas o camboyanas, y han desplazado hasta allí población autóctona con el fin de evocar esos parajes lejanos y los confines del Imperio. Todo eso quiere ser universalista, pero revela un gran nacionalismo. Ésa es siempre, para un suizo, la paradoja de la universalidad francesa, que aparece ya en su Declaración Universal de Derechos del Hombre: esa ideología francesa que siempre resulta tan extraña para los extranjeros y que por eso mismo muestra bien que no es tan universal como pretende.

En la Galería de las Máquinas, Yersin abre su cuaderno y todo en ella le cautiva tanto como la medicina: las minas y la metalurgia, las máquinas-herramienta, el embotellado de aguas minerales, la ingeniería civil y las obras públicas. Así es como él concibe el estudio. Sólo hace falta observar y Yersin observa mucho. Más tarde, él se ocupará de las máquinas, como lo hacía con las cometas, para desmontarlas, volverlas a montar, mejorarlas. Eso es siempre más eficaz que leer las instrucciones de uso. Son tiempos de un resuelto optimismo. Los de Gustave Eiffel y Julio Verne. La primera novela de Julio Verne fue una denuncia del progreso, una novela de anticipación apocalíptica, *París en el siglo xx*, con el arte y la literatura destruidos y humillados por la ciencia y la técnica. Fracaso total. Sea más positivo, le aconseja el astuto Hetzel, se acabó el oscuro romanticismo, cante a la ciencia y a las máquinas. Es la hora de Jules Ferry, el introductor de la educación pública. La fábula del cartesianismo. Y llega el catorce de julio de ese año del centenario. Un siglo después de que tomaran la Bastilla e iluminaran el cielo de París con el incendio de los polvorines, los franceses han sentado cabeza y toman el ascensor para subir a contemplar París, desde lo alto de la gran torre de hierro que acaba de inaugurarse, y aplaudir desde allí los pacíficos fuegos artificiales.

Los médicos del mundo regresan a sus pampas o a sus tundras con una torrecita Eiffel de latón y la fotografía dedicada por Pasteur, quizá también con una liga, recuerdo emocionado del Moulin Rouge o del Folies-Bergère. Yersin cierra su cuaderno: «Terminé el curso ayer con un gran suspiro de satisfacción. Los alumnos aún pueden venir a poner en orden sus cacharros, luego el laboratorio permanecerá completamente tranquilo». Pasteur consigue que le otorguen la condecoración de las Palmas Académicas. Indiferente a esa baratija, se la mete en el bolsillo para

obsequiársela a Fanny.

No habrá Institutos Koch repartidos por todo el mundo, tampoco una gran torre de hierro en Berlín ni una Exposición Universal. Bismarck está enredado en sus sinsabores africanos. La presión sube de grado bajo los germánicos cascos puntiagudos sin que haya válvula de escape y se preguntan si ha merecido la pena haber ganado la guerra y capturado en Sedán al emperador de estos puñeteros. Porque entre París y Berlín, también en parte entre Pasteur y Koch, está Sedán.

A su regreso a Morges, al final del verano, Yersin es un héroe local, no tanto por sus trabajos sobre la tuberculosis y la difteria —temas de los que no se habla en la mesa, les explica Fanny a las jovencitas— como por haber asistido a las inauguraciones parisinas más comentadas en la Suiza romanda: la del Instituto Pasteur y la de la Exposición Universal. Fanny invita a los gacetilleros a la Casa de las Higueras, al borde del lago. Toman el té en el saloncito florido. En la pared está la medalla de bronce con las palmas. Ella aprovecha la ocasión para organizar un curso de conversación y un ejercicio de cotorreo para los adefesios. Yersin habla de pueblos del mundo entero, de máquinas, de los cuatro restaurantes suspendidos en cada uno de los cuatro pilares hechos de travesaños sujetos con pernos, y de cómo subió por cinco francos hasta el tercer piso de la gran torre de hierro. ¿Y la moda? ¿Ha traído folletos? Yersin deja su taza sobre el mantel bordado y añade con una voz dulce y enigmática:

—Y, sobre todo, he visto el mar.

Fanny se encoge de hombros.

El mar.

UN MÉDICO DE A BORDO

Pasteur y Roux tienen que rendirse a la evidencia: no van a conseguir atar a Yersin a la encimera del laboratorio. Más vale encontrar una solución amistosa y conservar al ardoroso investigador en el seno de la casa, dejándole que tome distancia. Que se le pase la juventud. Hasta que un día haga como Ulises. De mala gana, Pasteur dicta una carta de recomendación: «El abajo firmante, director del Instituto Pasteur, miembro del Instituto, Gran Cruz de la Legión de Honor, certifica que el señor doctor Yersin (Alexandre) ha cumplido las funciones de técnico auxiliar de laboratorio de química fisiológica en la Escuela de Altos Estudios y después en el Instituto Pasteur, desde el mes de julio de 1886 hasta el día de hoy. Quiero dejar constancia de que el señor Yersin ha cumplido con sus obligaciones siempre con el mayor celo y que ha publicado, durante su estancia en mi laboratorio, numerosos trabajos que han sido acogidos favorablemente por sabios competentes». La carta está dirigida a la oficina de las Mensajerías Marítimas de Burdeos y va acompañada de la candidatura de Yersin para el puesto de médico de a bordo.

La respuesta de la compañía es calurosa y espontánea y, aun a riesgo de tener que hacer movimientos entre su personal médico, le propone escoger la región del mundo que más le convenga. Yersin elige Asia. La compañía cuenta, por supuesto, con hacer de su reclutamiento un incentivo comercial:

—Sepa, querido amigo, que durante esta travesía fui atendido por uno de esos jóvenes pasteurianos y conversamos sobre el viejo y querido Pasteur...

Durante algunas semanas, Yersin frecuenta de nuevo los hospitales de París con el fin de prepararse y no dejar nada al azar. Adquiere conocimientos que hasta entonces había descuidado sobre enfermedades de la piel, sobre cirugía menor, sobre oftalmología. Compra un maletín de médico generalista y un baúl de mimbre, en el que embute sus libros y el microscopio de Carl Zeiss, unos prismáticos de marino y todo un equipo fotográfico: las bandejas, una ampliadora, los tubos con fijadores y con productos para el revelado. Toma el tren a Marsella, donde los antiguos parapetos discurren a lo largo de los muelles.

El curso de microbiología es confiado a Haffkine, hasta ese momento bibliotecario del Instituto, un judío ucranio, otro huérfano adoptado por la pequeña banda de los pasteurianos. Volveremos a encontrarnos con Haffkine, en Bombay, en medio de una de esas polémicas tan abundantes en el medio científico. Yersin se sienta en el tren que va a Marsella. Ha pasado cinco años en París. Volverá de vez en cuando, pero nunca más vivirá en esta ciudad.

EN MARSELLA

El espacio aéreo no es seguro en este último día de mayo del 40. Por la tarde, unos veloces Stukas, volando por encima de la pequeña ballena blanca, han venido a pavonearse haciendo picados con las sirenas aullando, antes de dar media vuelta sobre el Mediterráneo para retornar a su base. Aquí, cuatro años más tarde, al final de la guerra, bajo el cielo azul de julio y a los mandos de su avión Lightning, desaparecerá Saint-Exupéry, otro de los habituales del Lutetia, el último superviviente de la banda de Mermoz^[3].

La pequeña ballena blanca dibuja un arco antes de posarse en la albufera de Berre. Sus flotadores rayan la superficie del agua y abren un abanico de chispeante espuma. El habitáculo oscila y después se estabiliza. Por fin llegan al pontón. Las noticias no son buenas. El aeropuerto de París ha sido cerrado. La Luftwaffe machaca carreteras y puentes. La tripulación está inquieta. Se habla de los *stalags*, los campos alemanes de prisioneros de guerra. Algunos navegantes desertarán al final del trayecto, los más corajudos se convertirán en pilotos de caza y se unirán a las escuadrillas de Argel o de Brazzaville. Después de repostar carburante, el hidroavión despega rumbo a Corfú, que es la siguiente etapa en la ruta hacia Asia. La pequeña ballena blanca sobrevuela el puerto de Marsella al anochecer. Yersin ve más allá de las alas los navíos junto a los muelles, como largos peces. Cincuenta años antes, él recorría casi todos los días esos malecones de ahí abajo. Iba a embarcarse a bordo del *Oxus*.

Todavía no se podía imaginar, en aquel año de 1890, la explosión veinticuatro años más tarde del conflicto que se denominaría Gran Guerra y enseguida Guerra Mundial y al cabo de algunos días Primera Guerra Mundial. Tampoco se podía imaginar el auge que tomaría la aviación. Invención maravillosa que permite reducir las distancias y bombardear a la población. Antes de la Primera Guerra, Yersin había dudado si comprarse un avión. Se había trasladado ex profeso al aeródromo de Chartres para efectuar allí su primer vuelo y discutir los precios, había pensado en trazar una pista de aterrizaje en Nha Trang y, finalmente, había abandonado la idea y pasado a otra cosa. Yersin con frecuencia es así. Salta de un tema a otro. No será marino por mucho tiempo.

Mientras Clément Ader hace despegar el primer avión del mundo e inventa el nombre, Yersin desciende en la marsellesa estación de Saint-Charles del tren que viene de París. Tiene veintisiete años. Camina por el bulevar de la Canebière hasta el Puerto Viejo y ve el mar por segunda vez. El agua es más azul que en Dieppe, las olas más suaves. Camina por el puerto de Marsella, ni más ni menos: la puerta del vasto

mundo. Aquí, quince años antes, Conrad inicia su carrera de marino. Diez años antes, Rimbaud se embarca hacia el mar Rojo y Arabia. Y hace unos pocos meses Brazza vuelve a partir hacia el Congo. Al lado de Yersin, un porteador empuja una carretilla con el baúl de mimbre donde están embutidos el maletín de su instrumental médico, el microscopio, los prismáticos marinos y el material fotográfico. Yersin sube a bordo del *Oxus*, que zarpa rumbo a Extremo Oriente. Le entregan el *Reglamento de a bordo*.

En cada paquebote de la compañía de Mensajerías Marítimas, la consulta médica diaria se anuncia con un toque de campana. El médico sólo recibe órdenes del capitán y come en su mesa. Él gestiona la farmacia de a bordo, que aprovisiona en cada escala. También le compete comprobar la limpieza de la cocina y la frescura de los alimentos. Tiene un enfermero a su servicio que le abre su camarote de primera clase, en cobre y madera barnizada, y le entrega su uniforme blanco con cinco galones dorados, cuyos pliegues ajusta delante de un espejo. A Yersin le gustan el orden y el lujo, porque el lujo significa calma. Lo peor de la detestada miseria es ser siempre importunado, no poder estar nunca solo.

En el navío embarcan cientos de pasajeros, en esta ocasión viaja en la bodega una tropa de soldados rumbo a su guarnición de Tonkin, protectorado francés desde hace siete años. En segunda, monjes benedictinos y hermanas de la Caridad, a los que Dios ha llamado para que vayan a China. También el lote habitual, con billete sólo de ida, de cabezas locas, estafadores, inversionistas arruinados, rufianes e hijos de buena familia que parten para ver si su vida puede ser más soportable en las colonias. De nuevo en el muelle, Yersin pone su mano como visera en la frente y aprecia a contraluz las medidas del mastodonte. Nada que ver con un barco de pesca normando. Mira la alta muralla de hierro de ciento veinte metros de eslora, retenida junto al muelle por las guindalezas. Los fogoneros encienden las calderas y hacen subir la presión. Los oficiales que descendieron a tierra para una última velada se instalan en las terrazas soleadas. Recorriendo las dársenas, apartado del resto, un brillante joven vestido de uniforme blanco con cinco galones dorados respira a pleno pulmón el aire de los mares y de la aventura, es un milord al que sin duda alguna hija de la calle invita a descubrir en su cuartucho otros horizontes. Él se pregunta si Mina Schwarzenbach se imaginaba ya todo eso.

EN EL MAR

Hay pañuelos blancos, agitados quizá por esposas abandonadas y cargadas de críos. Suenan los metales de una filarmónica y los himnos de un coro como adiós a los misioneros. El gran paquebote, bajo empavesado multicolor de proa a popa, desatraca en el muelle y bornea en la rada. Yersin conoce el significado marítimo de ambos verbos.

Se hacen a la mar al final de la tarde. La basílica de Nuestra Señora de la Guardia va empequeñeciéndose al final de la estela. La luz del atardecer pinta de rosa el casco del barco y amarillea el plumaje de las gaviotas que lleva a remolque. El viento arrecia, la mar se riza. Los pasajeros se refugian en los salones. Se juega al mahjong en primera y a los naipes en la entrecubierta. Hay treinta días de navegación de Marsella a Saigón.

La primera escala es en Messina, después en Creta. Hasta allí se ha navegado casi todo el tiempo en cabotaje y por fin comienza la travesía de altamar hacia el sur del Mediterráneo, rumbo a Alejandría, donde, siete años antes, ha muerto el joven pasteuriano Thuillier mientras estudiaba la epidemia de cólera. Yersin ordena en su camarote su pequeña biblioteca, emplazada entre marcos de madera barnizada: libros de medicina y un diccionario de lengua inglesa. Abre sus cuadernos, escribe cartas a Fanny. Una mañana, desde el puente, observa la aproximación a unas tierras de arenas doradas y palmeras escuálidas, enseguida distingue un primer minarete y después un primer camello: al igual que Flaubert, en Egipto se da «un atracón de colores, como un asno que se harta de avena».

El *Oxus* se interna en el juego de esclusas. En el momento en que Yersin entra en el canal de Suez, en esa primavera de 1890, el explorador inglés Henry Stanley, héroe del Congreso de Berlín cinco años antes, el hombre que encontró a Livingstone y atravesó África de lado a lado, lleva tres meses encerrado en una villa de El Cairo. Allí escribe el relato de su expedición a Ecuatoria, en busca de Emin Pachá, y de su retorno a través de Zanzíbar, titulado *En las tinieblas de África*.

Miles de kilómetros más al sur, Brazza y Conrad, cada uno a bordo de un vapor, remontan el río Congo. Y el capitán inglés, que fue polaco antes de ser marsellés, situará su novela *El corazón de las tinieblas* justo al norte del río, en las cataratas de Stanley. En esta ciudad de El Cairo, tres años antes, Arthur Rimbaud, el renegado de la pequeña banda de los parnasianos, encerrado en una habitación del hotel de Europa junto a su sirviente Djami Wadaï, todavía le escribía a su hermana que Egipto no sería más que una escala: «Quizá me vaya a Zanzíbar, desde donde se pueden hacer largos viajes por África, y quizá a China, a Japón o quién sabe adónde».

Al salir de las monótonas riberas del canal, el navío embiste con el bulbo de su roda las aguas lisas y transparentes del mar Rojo. Es el descubrimiento de un calor terrible, el metal recalentado por el sol blanco, las montañas púrpuras del Yemen y, ya en la tarde, las balizas luminosas al aproximarse a Aden. Por la noche hay que salir a cubierta, bajo las estrellas resplandecientes, para buscar algo de frescor en medio del aire inmóvil. El cuaderno de Yersin se llena de frases como las que se podrían leer en las páginas de *Ultramarina*, de Malcolm Lowry: «De la ribera se desprenden grandes masas de sombras, vagamente alumbradas por el fuego de numerosas antorchas, y sobre esas balsas, que son arrastradas por un pequeño vapor, se eleva un canto rítmico compuesto por unas pocas notas. Son los carboneros, que vienen a rellenar los pañoles del *Oxus*». Y concluye su carta a Fanny: «¡Cómo se siente ya que estamos lejos de Europa!»

Los guripas se han enfundado el calzón corto colonial y se tocan con el gorro de campaña. Por la mañana hacen en el puerto sus ejercicios gimnásticos y sus desfiles militares. Al cabo de tres días llega el momento de zarpar hacia el trayecto más largo. Se leva ancla para emprender el lento descenso del océano Índico, con rumbo sudeste, en dirección a Colombo. Los pañoles están llenos de agua potable y de carbón, y en las bodegas se apila todo aquello que aún no se fabrica en Saigón: máquinas-herramienta, armas de fuego, trajes de noche, hectolitros de vinazo y de *pastis* y máquinas de hielo. Sobrecargado con todos esos bártulos, el buque hace sentir el peso de sus tres mil ochocientas toneladas sobre las aguas verdes, bajo el penacho de sus chimeneas y, a veces, bajo el breve azote de la lluvia, tras la cual el sol saca brillos a la madera mojada.

Atraviesan el trópico y de tarde en tarde aparece una isla virgen en medio de la nada, con su mechón de cocoteros, y tal parece que hubiera sido sacada del Baudelaire de los tiempos en que el verso alejandrino todavía brillaba. Una isla perezosa en la que la naturaleza ofrece árboles singulares y sabrosos frutos. Yersin ya le ha tomado la medida al lugar y a sus funciones, a los cientos de metros de los puentes y al kilómetro de crujías y escalas, también al ritmo de la campana de cobre de su consulta, que suena al inicio de la tarde. Es un elegante Barnabooth^[4] de uniforme blanco que asiste por la mañana al informe de los oficiales de guardia en la cámara del capitán.

Por la tarde reanuda sus lecturas médicas, estudia inglés. Los pocos ingleses con quienes se encuentra en el salón de primera clase descenderán en las escalas de India o en Singapur para dirigirse a sus plantaciones de Malasia o de Siam. Toma nota de la costumbre inglesa de construir adjetivos con iniciales, con acrónimos. En las líneas marítimas se inventa ese año la palabra «*posh*», que más o menos significa dandy o alguien que está muy a la moda, a partir de la frase «*port out, starboard home*» («babor ida, estribor vuelta»), porque queda muy chic cambiar la borda en la que se ha reservado plaza en función de la dirección que sigue el navío, con el fin de

disfrutar siempre a través del ojo de buey del camarote, tanto a la ida como al regreso, del paisaje cambiante de las costas, cuando los otros, los que no son *posh* y no han previsto el truco, no ven más que agua.

Mientras Yersin daba paseos entre el salón y su camarote, el barco ha entrado en los mares del Sur. Ha visto la jungla de Ceilán, la lluvia cálida sobre sus grandes hojas esmeraldas. Una tarde, en el salón, de camino hacia Singapur, los viejos colonos le han contado, delante de sus vasos de absenta, la historia de Mayrena, que fue rey con el nombre de Marie I. Un antiguo *spahi*, un soldado del cuerpo de expedición francés, que se convirtió en aventurero, huyendo a través de los bosques, y se hizo con un reino en alguna parte de Annam, no se sabe bien cómo, proclamándose rey de los sedangs antes de ser expulsado por los franceses. Se dice que hoy vive retirado por aquí, en la isla de Tioman, rodeado de una decadente corte de pistoleros a los que él ha hecho barones y de las ajadas y emperifolladas bailarinas de cabaret que se trajo desde Bruselas en su época de esplendor. Después de Singapur, la ruta gira al nordeste, costea el golfo de Siam a la altura de Bangkok, y evita el delta del Mekong hasta llegar, más al norte, al cabo Saint-Jacques.

La alta muralla del paquebote se adentra en el río de Saigón con la marea alta y lo remonta, bajo un cielo bajo y pesado, a una velocidad de dos o tres nudos, la de un hombre al caminar, para no volcar los juncos ni los sampanes ni destruir las cabañas sobre pilotes y las pesquerías levantadas en la ribera, en medio de los mangles. Una cañonera lo precede. Los inmigrantes, curiosos e inquietos, acodados en la borda con sus trajes pringosos, ven a los cormoranes volar en picado hasta sumergirse en ese caldo amarronado y erizado de cañas de junco. Se preguntan si encontrarán por fin aquí la fortuna o si su vida irá a pudrirse en el fondo de estos arrozales inundados. Quizá uno de entre ellos, más letrado y lector de Voltaire, que haya partido hacia las colonias como quien se alista en la legión, por una pena de amor o por un fracaso en las oposiciones, se pregunte por qué ese nombre de *Oxus*, por qué llamar a un barco con el nombre del río de Transoxiana^[5] que Gengis Khan tiñó de rojo con la sangre de los persas y llenó de cabezas cortadas.

«Poco a poco se ven palmeras cada vez más grandes, luego se distinguen pequeños bosques de cocoteros en los que juegan los monos. Al fin aparecen vastas praderas y después nos encontramos ante unas casas europeas. El *Oxus* hace un disparo de cañón y echa el ancla: hemos llegado». A lo lejos se ven almacenes, los depósitos de carbón y de algodón cubiertos con lonas, las hileras de toneles. El muelle está invadido por hombres que tiran de sus rickshaws y por carruajes victoria enganchados a pequeños caballos annamitas. Los guripas, formados en columna de a dos, se van hacia su cuartel provisional, antes de dirigirse a Tonkin, allá al norte, en la frontera con China. Del otro lado, los curas y las monjas toman la calle Catinat, que sube directamente desde el río hacia la meseta, hasta la plaza Francis-Garnier, donde se alzan los campanarios nuevos de Nuestra Señora y el nuevo edificio de Correos,

obra de Gustave Eiffel.

Sentados aparte sobre los fardos y con los mazos de naipes y los cuchillos en sus bolsillos, los chulos acechan a los indecisos rezagados, aquéllos a los que nadie espera, los recién llegados de Marsella, las nuevas perdices que desplumar en los burdeles y en los fumaderos del barrio chino. En compañía de los oficiales de a bordo, Yersin visita el Arsenal y se sienta en las terrazas del Rex o del Majestic. Los comerciantes, vestidos de blanco, beben a sorbitos sus vermús y sus vasos de *cassis* cada tarde. La ciudad de Saigón no ha cumplido aún treinta años, es blanca y de calles anchas sombreadas por algarrobos, trazadas según el modelo de Haussmann. En la agencia de las Mensajerías le entregan al joven médico sus papeles, constelados de tampones de la aduana marítima y de los servicios sanitarios: el doctor Yersin debe embarcar dentro de cuatro días a bordo del *Volga*.

Ha sido destinado a la línea Saigón-Manila.

VIDAS PARALELAS

El *Volga* es un viejo trasto mixto que navega a vela y a vapor, aparejado como navío de tres palos y con una sola caldera central, una modesta embarcación para setenta pasajeros y unas pocas toneladas de flete.

Cada mes, en el viaje de ida desde Saigón, los comerciantes habituales de la línea llevan productos de Europa para los filipinos ricos: vestidos de París y porcelanas de Limoges, jarras de cristal y vinos finos. A la vuelta, se traen a cambio, en el fondo de la bodega, productos fruto del sudor de los filipinos pobres: conos de azúcar, puros de Manila y vainas de cacao. De un puerto a otro hay tres días y tres noches de travesía por un mar amarillo y conradiano de oleaje apretado y débil, en el que la proa se abre camino como con desdén. El tranquilo vapor navega con la regularidad de un transbordador. En el puente está el capitán François Nègre, un perro viejo habituado a las embarcaciones de Asia. A partir de ese momento, la vida de Yersin adquiere, durante todo un año, la regularidad de un péndulo.

Un tercio de su tiempo lo pasa a bordo, el otro tercio está de descanso en Saigón, y el último, en la ciudad de Manila, una de esas ciudades de los españoles cargada de siglos y de un catolicismo recargado de oro y de estatuas de santos ensangrentados, de exvotos y de vírgenes policromadas cubiertas de flores y frutos y ofrendas de dulces. Todo eso resulta tan extraño a los ojos de un puritano de Vaud como los fetiches vudús. Sobre el mar se alza una ciudad fortificada, como las de San Juan de Puerto Rico o La Habana, con empinadas calles adoquinadas y una catedral blanca con dos campanarios en el frontón, ya devorada por el negro de la podredumbre y el verde del musgo mientras los franceses apenas acaban de levantar Nuestra Señora de Saigón con sus rojos ladrillos nuevos traídos de Toulouse.

Pero Yersin no tarda en recorrer ambas ciudades y en cada escala va alejándose más. Es un hombre organizado, ya se sabe. En Filipinas, regresa cada mes a estudiar astronomía con los jesuitas del Observatorio, aprende a utilizar el barómetro para medir la altitud, escala el volcán Taal y se dedica a trabajos prácticos, como cuando construía cometas. Dibuja a pluma el cráter del volcán: «En el fondo hay dos lagunas de un verde amarillento que exhalan un vapor denso y blanco. Por aquí y por allá se ven pequeñas columnas de humo saliendo de las grietas». Adquiere una de esas barcas que aquí llaman *bancas*, contrata a un piloto, remonta los ríos, asiste a peleas de gallos en los poblados tagalos.

Y cada mes Lord Jim o Yersin se adentra más en «un arroyo estrecho y tortuoso que corre en medio de una espesa selva tropical». Es para Fanny, su única lectora,

que redacta sus primeros textos de explorador. «Avanzamos bajo una catedral de verdor, suma a eso la luz de la luna, el silencio de la noche y el extraño encanto que dan a la escena las pequeñas piraguas de los pescadores, resguardadas en los rincones oscuros del río. Llevamos a bordo al comandante, a sus dos bebés y a un sargento español. Llegamos a Jala-Jala a la una de la mañana». Dan media vuelta al alba. Al día siguiente la *banca* es izada con una grúa a bordo del *Volga* y asegurada sobre cubierta. Se recoge la jarcia y se pasa al vapor. Yersin viste su uniforme blanco con sus cinco galones dorados y hace sonar la campana. Por la tarde, en la cámara de oficiales, relata sus andanzas al capitán Nègre y a los negociantes sentados delante de sus vasos de absenta. Y de nuevo el lento balanceo del vapor sobre un mar aceitoso. A veces se larga vela para economizar carbón o para honrar el recuerdo de los mayores. La doble vida de Yersin sólo tiene en común la frágil barcaza. Tres días más tarde, ésta es desembarcada en Saigón y echada al agua del puerto.

En Cochinchina, la *banca* filipina se convierte en sampán vietnamita. Yersin también consagra su tiempo a hacer cabotaje por los ríos. Sus dos guías, Choun y Tiou, cargan mantas, faroles, mosquiteros y uno de esos filtros de agua inventados por Chamberland, también arroz y algunos patos con las extremidades atadas. «Las montañas, que al principio estaban lejanas, van aproximándose y el río se encajona cada vez más. El sol es terriblemente caliente en el fondo de este barranco». Por la tarde acampan en la orilla, encienden fuego, degüellan y despluman las aves. El pequeño grupo remonta enseguida hasta Bien Hoa y aún más allá. Yersin se encuentra con Jorgensen, un solitario danés propietario de una plantación, y no tarda en acostumbrarse a su hospitalidad de oso viejo. Al partir, éste le entregará una lista de compras por las que tendrá que esperar un mes. Desde la terraza de la casa, hecha de madera de teca sobre pilotes, se contempla el oleaje verde de la plantación de pimenteros. A sus pies se ve «el agua que brama entre los peñascos», y sobre el horizonte, por las mañanas, las montañas azules. Hay gritos de monos y el escándalo de los pájaros, y elefantes que vienen a beber en el río. Es aquí donde habría que vivir, retirado del mundo. En dos días de marcha, sube con Jorgensen hasta las primeras aldeas de los mois.

En sus cartas, que Fanny, inquieta, comienza a sustraer a la mirada de las muchachas de la Casa de las Higueras, Yersin registra sus primeras anotaciones etnológicas. Escribe que los mois «son gente de gran talla, que no llevan más vestimenta que un cinturón. Su rostro es muy diferente al de los annamitas. Con frecuencia llevan barba y bigote, su aspecto es más orgulloso y salvaje. Las aldeas constan de una sola casa, pero enorme, levantada sobre pilotes. Cada familia habita en un compartimento de medios tabiques. Es la auténtica vida comunal. El dinero no tiene ningún valor entre los mois. Prefieren las perlas de cristal o cualquier anillo de cobre».

Yersin siente la fascinación de los solitarios irreductibles ante la vida en

comunidad, ante el igualitarismo del comunismo primitivo y la ausencia de moneda. Es por ahí por donde habría que seguir avanzando, abandonar el agua, enfangarse en la floresta, escalar y atravesar la cordillera annamita. Adentrarse mucho más allá, hacia los dominios de los sedangs o de los jarais, donde todavía nadie, ni siquiera Jorgensen, ha ido nunca; o, quizá, sólo aquel Mayrena que se convirtió en Marie I, pero lo que ése buscaba era oro y gloria. Con frecuencia, Yersin no baja hasta Saigón sino la víspera de la partida del *Volga*, para embarcar su sampán que tres días después volverá a ser su *banca*. Vuelve a encontrarse con el capitán Nègre y con los negociantes. En cuanto a la tripulación, «es un poco cosmopolita, en ella encontraréis chinos, malayos y cochinchinos». No se imagina pasando el resto de su vida en esa línea marítima, como hacen todos ellos, pero no acaba de ver qué otra cosa podría hacer. Muy pronto percibe las limitaciones geográficas de esas peregrinaciones, que podrían llegar a ser tan penosas como un curso de microbiología.

Yersin no es todavía un explorador, nunca ha echado a andar hacia delante sin retorno, no ha afrontado peligros ni puesto su vida en grave riesgo. Muy pronto, durante el combate con Thouk, una lanza le atravesará el cuerpo. Sus conocimientos médicos le salvarán la vida.

Durante la primavera de ese año, que Yersin pasa haciendo la ida y vuelta entre Manila y Saigón sobre el mar Amarillo, es cuando Rimbaud regresa por última vez al puerto de Marsella. La sierra del cirujano corta su pierna, después de semanas de travesía en camilla sobre roquedales, sin cuidados ni remedios pasteurianos. A bordo del navío, el médico de las Mensajerías Marítimas se ve imponente a su cabecera, con su uniforme blanco. Antes de la amputación, Rimbaud ha escrito a su hermana Isabelle: «¿Por qué no se enseña en los colegios el mínimo de medicina necesario para no hacer semejantes burradas?»

ALBERT & ALEXANDRE

La llegada de Calmette a Saigón sorprende a Yersin. Los dos hombres se encuentran por primera vez. Ha sido Roux, desde París y por consejo de Pasteur, quien ha organizado la cita.

Los dos han nacido el mismo año, pero sus trayectorias han sido inversas. Después de haber estudiado medicina en la Escuela de Salud Naval de Brest, Albert Calmette hizo la campaña de China, con el almirante Courbet, en la cual participó también Pierre Loti. Como médico de la marina, ha residido en Hong Kong, luego seis meses en Gabón, donde conoció a Brazza, dos años más en Terranova y después en el vecino archipiélago de San Pedro y Miquelón. Acaba de seguir un curso de microbiología en el Instituto Pasteur, que es quien le envía a la Cochinchina. Es el novato de la banda de los pasteurianos.

Yersin acepta la invitación por cortesía y por curiosidad. Todo eso pertenece a su vida pasada. Es como una parada de paso entre la navegación y la investigación. En el momento en que Calmette entraba con veinte años en el servicio de salud de la marina, Yersin estaba en Marburgo y no había visto nunca el mar. Ahora él es el marino. Hace un año que barloventea a bordo del *Volga*. Los dos hombres están sentados en el salón del Majestic, el palacio blanco que está al final de la calle Catinat, hoy llamada Dong Khoi.

Sillones estilo Imperio con dorados y mozos vestidos con librea. Una vista sobre el río y sobre los sampanes, la misma que tiene hoy, en 2012, ciento veinte años más tarde. Escojamos un sillón para el invisible fantasma del futuro, ese escriba del cuaderno de piel de topo que se alojaba en el Zur Sonne de Marburgo para seguir las huellas de Yersin. Ahora estira la oreja, espía y consigna la conversación de dos hombres de veintiocho años de edad y barba negra bien recortada. Con precaución de conspiradores tímidos, ambos evocan su gusto común por la geografía, por Pierre Loti y por la pesca del bacalao. Evocan en Saigón el frío y el hielo de Miquelón. Son un militar de civil y un civil vestido de uniforme blanco con cinco galones dorados.

La gran sombra del Comendador planea sobre los dos jóvenes médicos, la alta silueta de levita negra y corbata de pajarita al cuello, con las cejas fruncidas, hace sentir su peso en las palabras de todos los pasteurianos. Cada cual recuerda el día en que conoció al Viejo y cuenta una anécdota. Ellos conocen la vida y la obra de quien, sin haber sido nunca médico, acaba de cambiar de arriba abajo la historia de la medicina. El químico y cristalógrafo. Recitan las etapas de su éxito, desde la enfermedad de la mariposa del gusano de seda, la fermentación de la cerveza, la pasteurización del vino y de la leche y el descubrimiento del bacilo de la erisipela

porcina, hasta la vacuna antirrábica. El inventor de una realidad a tal punto insospechada en todas las lenguas del mundo que había hecho falta dirigirse a Littré^[6] para nombrarla, importunándolo en medio del trabajo de su gran diccionario, y éste había zanjado que «microbio y microbiología son palabras muy adecuadas. Para designar a los animálculos, yo utilizaría de preferencia microbios, de entrada porque, como usted dice, es más corto y además porque así se reserva microbiología, sustantivo femenino, para la designación del estado del microbio».

Al verlos así, inclinado el uno sobre el otro, se diría que son dos viejos militantes clandestinos de algún grupúsculo revolucionario, que murmuran en su lenguaje codificado los sueños de un mañana mejor. Eso debe ser la fraternidad. Sin duda, el más impresionado es Calmette. Tiene ante sí a Yersin, a quien el descubrimiento de la toxina diftérica ha colocado en la primera fila de los sabios. Roux le ha puesto en guardia en París. Yersin es un extravagante, un solitario que partió para hacerse marino o aventurero. Calmette le confiesa que se le ha enviado allí para crear un Instituto Pasteur y le propone trabajar a su lado. Yersin no había visto venir el golpe y se envara. La banda de Pasteur viene a atraparlo de nuevo. Calmette no tiene todavía un local en Saigón. Cuenta con instalar su laboratorio de investigación en un rincón del hospital.

Para poder hacerlo, acaba de integrarse en el Cuerpo de Salud colonial, que está bajo autoridad militar. Ésa es también una pequeña amenaza urdida por Roux y Pasteur en París. Yersin duda porque teme tener que ponerse en regla en cualquier momento con las autoridades francesas. Solicitó la nacionalidad, pero después no hizo el servicio militar. Sin embargo, todo eso ya se ha acabado para él. Es parte de su antigua vida. Yersin se levanta y los dos hombres se estrechan la mano. Puede que no se vuelvan a ver jamás, pero hay algo entre ellos que muy fácilmente podría transformarse en amistad, uno se da cuenta. «Él ha hecho los mayores esfuerzos para convencerme de entrar en su Cuerpo de Salud, pero los argumentos de ayer todavía existen hoy, y yo tampoco estoy decidido».

Yersin abandona el salón del Majestic y camina en dirección a la oficina de las Mensajerías, con las manos en los bolsillos. Están a dos pasos, al borde del río. Hay que pasar el mástil del semáforo, el Thu Ngu, tensado por los obenques, y cruzar un puentecito sobre el arroyo. Yersin embarca a bordo del *Volga* y se reintegra al servicio, hace sonar la campana. Calmette llega al piso donde está su habitación. Estos dos no saben todavía hasta qué punto sus vidas van a estar unidas, tampoco que van a mantener correspondencia durante más de cuarenta años. El capitán Nègre ha hecho izar sobre cubierta la *banca*. Yersin retoma su vida aventurera y sus esperanzas de buscalíos.

Por la tarde, en el mar, puede que aún tenga dudas. Se acuerda de los proyectos que le ha expuesto Calmette: estudiar la fermentación alcohólica del arroz, la acción analgésica del opio y los contravenenos para curar las mordeduras mortales de las

serpientes. Calmette obtendrá el éxito que conocemos. Más tarde, en la vacuna BCG, la C central será por su inicial. Hoy conocemos el hospital Calmette de Phnom Penh, no muy lejos del Vat Phnom y del Instituto Pasteur. Calmette trabajará para extender los Institutos por todo el planeta, como si se tratara de una segmentación o de una metástasis. Antes de abrir el de Lille, ya había creado los dos primeros Institutos fuera de Francia. O fuera de la metrópoli, porque entonces Saigón, como Lille o Argel, todavía era Francia.

EN VUELO

Ése sigue siendo el caso todavía en 1940, aunque resulta evidente que esta derrota en ocho días ante los ejércitos nazis es un mal augurio para la supervivencia del Imperio. Francia es invadida por tercera vez en menos de un siglo. El anciano de setenta y siete años, de barba blanca y ojos azules, dormita en el avión que sobrevuela el Mediterráneo. Dos días después de la partida de Marsella, el LeO H-242 despegó del aeródromo de Atenas. La pequeña ballena blanca vibra en medio de la inmensidad azul y bajo su ala izquierda deja atrás Chipre, en medio del zumbido de sus cuatro motores nuevo modelo Gnôme & Rhône, reunidos en lo alto de una torreta aerodinámica detrás de la cabina de pilotaje.

Yersin apunta la información: Gnôme & Rhône.

Acaba de asistir en París al que será el último congreso de los Institutos Pasteur en mucho tiempo. Ha recibido los calurosos adioses en el patio de gravilla donde se ve la tumba de Roux. Hace siete años que Calmette y Roux están muertos. Ha rendido homenaje a los desaparecidos y estrechado la mano del viejo portero Joseph Meister, el primer hombre salvado de la rabia, que ahora tiene sesenta y cuatro años.

Sin duda Yersin se pregunta por qué sigue vivo él todavía. Cuántas guerras tendrá aún que sobrellevar. Se acuerda de los dos hermanos Calmette, el primogénito Gaston, el periodista al que Proust había dedicado el primer tomo de *En busca del tiempo perdido*, y el joven Albert, a quien él había visto por primera vez en el Majestic de Saigón. Diez años después de eso, Roux le había escrito: «Calmette tiene que ingeniárselas para que nos encontremos en casa de su hermano con Sarraut». Entonces se pensaba que el ministro Sarraut sería el siguiente gobernador general de Indochina. En esa misma carta, Roux anotaba: «No hay nada nuevo en el Instituto. Aquí lo que preocupa son las negociaciones franco-alemanas acerca de Marruecos».

El hermano mayor, Gaston Calmette, fue abatido con una pistola en su despacho de director de *Le Figaro* por la esposa de otro ministro, Caillaux. Era la primavera de 1914, justo antes del asesinato de Jaurès y de la guerra. Una vez más, Yersin intenta huir de toda esa porquería de la política y estar solo. A pesar de que en su vida nunca ha logrado alejarse verdaderamente del Instituto y de la pequeña banda de los pasteurianos. Observa un trazo blanco y ocre sobre el azul uniforme del horizonte. Es la silueta de los montes de Líbano.

En la época de Mouhot, el descubridor de los templos de Angkor, en el año sesenta del siglo anterior —el año en que Pasteur emprende su gran combate contra la teoría de la generación espontánea y, desde la localidad alpina de Chamonix, llega hasta el glaciar que llaman Mar de Hielo para tomar allí sus muestras de aire puro—,

todavía había que dar la vuelta al cabo de Buena Esperanza para llegar a Asia. Tres meses de mar y vela. Treinta años más tarde, el viaje de Yersin a bordo del *Oxus* se había hecho a vapor y por el canal de Suez, y no había durado más que treinta días. En esta primavera de 1940, en avión son sólo ocho días. En lo que dura la vida de un hombre, la calabaza se había convertido en melón y después en mandarina.

Hace seis años que Yersin es un habitual de la línea de Air France y ya conoce el poema aéreo que desgrana: después de Atenas vienen Beirut, Damasco, Bagdad, Buchir, Djask, Karachi, Jodhpur, Allahabad, Calcuta, Rangún, Bangkok, Angkor y al fin Saigón. Una docena larga de despegues y aterrizajes desde la salida de París. Etapas como saltos de pulga. En plena forma, la pequeña ballena blanca de duraluminio anodizado avanza a doscientos kilómetros por hora. Es más lenta que los trenes de hoy. Pero entonces ésa era la increíble velocidad que, a poca altura, hacía rodar el globo bajo su carlinga.

Como siempre, Yersin necesita saberlo todo. Su memoria de lugares y nombres, al igual que la de los números, es insaciable. Apunta los horarios, los apellidos del piloto (Couret) y del oficial mecánico (Pouliquen), el estado del cielo y los fenómenos atmosféricos, relee viejos cuadernos o toma notas mecánicamente, por aburrimiento. Con esta manía de explorador y de investigador, Yersin ha llenado en el curso de su vida centenares de cuadernos. Sentémonos a su lado, cual fantasma del futuro provisto de estilográfica, leamos por encima de su hombro, copiémoslo en nuestro cuadernillo de cubiertas de piel de topo. Por ejemplo, esta página que parece el trayecto de un drone que espía en previsión de una invasión de Irán:

Djaks - salida 0h55. Vuelo a 1.000 m

1h50 - ¿Punta de los Piratas?, entrada al golfo Pérsico.

2h - Pequeños pueblos sobre peñas al borde del mar. Agua del mar verde esmeralda junto a la orilla. Palmerales. Barcas. Peñascos color gris.

3h - Península desértica con aldeas y palmerales. Barcos en el mar.

3h40 - Llanura al E. menos desértica. Numerosas aldeas (Chira), a media distancia poco más o menos, entre Djaks y Buchir.

5h - Sobrevolamos a 1.000 m llanuras y montañas vecinas. Numerosas aldeas. Río casi seco de N.O. hacia S.E. Vía de comunicación.

5h30 - Largo valle orientado al S.E. con gran río. Damerros de cultivos.

6h30 - Llegada a Buchir, $t = 27^{\circ}$.

En esos primeros días de junio del 40, busca con inquietud en cada escala novedades sobre la situación militar. Se entera de que los Aliados han reembarcado en Dunquerque sus tropas maltrechas. Los puertos franceses son machacados. En Saint-Nazaire, miles de refugiados han perecido durante el incendio del paquebote *Lancastria*, de la compañía marítima Cunard. Inglaterra está sola ante Alemania. Italia entra en guerra. Cada día, Yersin se aleja más de la hoguera de Europa. En

Calcuta, el día se desangra sobre el Ganges. Yersin ve la red de púrpura y oro del delta en el poniente. Está impaciente por llegar a Nha Trang. Podría perfectamente morir en vuelo, ser enterrado en cualquier escala. En lugar de una basílica, levantarían allí un Instituto. Cuenta los despegues y los días como un colegial antes del verano. Ya hace casi cincuenta años que regresa siempre a Nha Trang y es ahí donde quiere morir. Se pronuncia «Nia Trang», precisa él en sus correos. Y explica a sus corresponsales que Alexandre de Rhodes, autor en el siglo XVII del *Diccionario portuguésannemita-latín*, era un jesuita de Aviñón que utilizaba la lengua de oc y la h palatalizada propia de esa lengua. Nia Trang. Yersin necesita siempre saberlo todo.

Debe a la amistad con otro comandante de las Mensajerías Marítimas, el capitán Flotte, de Saint-Nazaire, haber podido descubrir Nha Trang.

Haber echado pie a tierra en el paraíso.

EN HAIPHONG

En la marina uno no escoge su destino. Para la compañía, el enlace con las Filipinas ya no es rentable. Después de un año a bordo del *Volga* en la línea de Manila, a Yersin lo cambian de servicio y lo envían como médico a la nueva línea de Haiphong, a bordo del *Saigon*, que es dos veces más pequeño que el *Volga*.

Es un modesto carguero mixto para treinta y seis pasajeros que efectúa su lento cabotaje por el mar de China. Nunca más de una jornada o una noche en el mar. Una sinecura. Al igual que a bordo de un inmenso paquebote en alta mar, la legislación marítima exige la presencia en la barcaza de un médico de uniforme blanco con cinco galones dorados. De vez en cuando ha de ocuparse de un uñero o una jaqueca. Sólo el capitán Flotte, con su tez cerúlea tras el humo de su pipa, podría preocupar a Yersin. El capitán se encoge de hombros. Él es infatigable, el tiempo que lleva ya barloventando por esos parajes es la prueba. Yersin está ocioso. «Recorremos la costa a una media de dos o tres millas, de manera que tenemos ante los ojos un paisaje que cambia continuamente. Me he entretenido haciendo un bosquejo del perfil de las montañas frente a las que pasamos, con el fin de poder reconocer la región en el próximo viaje. El comandante me ha dicho que haga este trabajito desde el puente de mando y me ha rogado que le entregue una copia porque las cartas marinas de estas costas están muy mal hechas».

Hace diez años que la flota del almirante Courbet, entre cuyos oficiales estaba Loti, se adueñó de Annam y de Tonkin por orden del primer ministro Jules Ferry, pero los franceses sólo conocen la banda costera. Para poder unir esas dos provincias por vía terrestre con la Cochinchina, estaría bien cartografiarlas algún día. Esta línea marítima comercial que se acaba de abrir es todavía la única manera de conectar las capitales coloniales de Saigón y Hanói. Cada mañana, el médico se echa al cuello la correa de los gemelos marinos y saca sus lápices y el papel de dibujar. Los pasajeros, igualmente ociosos, han adoptado la costumbre de los ingleses y los más ricos se han convertido en *posh*, reservando cabina a babor, sobre el costado izquierdo del barco, a la salida de Saigón, y después a estribor, de regreso de Haiphong. Tan sólo el capitán Flotte y Yersin disfrutan desde el puente de mando de una visión panorámica.

Tanto a la ida como a la vuelta, el navío echa el ancla en el fondo de una bahía calma y soleada. Se ponen a funcionar las poleas, se echan al agua los esquifes, se tira de remo y se entregan algunas cajas en una aldea de pescadores. «El primer punto en el que nos detenemos después de Saigón es Nha Trang, se necesitan veintiocho horas para llegar allí». Yersin dibuja los cocoteros tan verdes allí plantados y la arena brillante. «Somos el único navío que se detiene en esta magnífica bahía».

Desde Nha Trang se sube hacia el norte y, a medida que se remonta, el cielo se hace más gris hasta llegar a la desembocadura del río Rojo y al puerto de Haiphong. Allí los pasajeros se embarcan en juncos que los llevan a Hanói. Yersin compra una embarcación y, como en Manila y en Saigón, reanuda por los brazos del delta sus navegaciones de ida y vuelta en agua dulce. Una semana más tarde tiene que regresar al sur y al sol. Yersin hace sonar la campana de su consulta. «Los pasajeros son a veces bien pesados, pero ésa es una de las minucias de la existencia». A veces, algunas mujeres de colonos, blancas y altas como yeguas y perladas de sudor, se desmayan por el calor. Pero es el propio capitán Flotte quien no se siente muy bien y de vez en cuando tiene que agarrarse a la borda. El capitán no es remilgado, es más bien de los que se encogen de hombros y vuelven a encender su pipa. Si Yersin le declara enfermo, podrían desembarcarlo. Y, puesto a correr el riesgo de reventar, quisiera hacerlo en el mar. Los dos hombres se convierten en amigos y cómplices. Yersin equipa el *Saigon* con un filtro de agua Chamberland.

A fuerza de pasar cada vez delante de Nha Trang y a fuerza, cada vez, de maravillarse, Yersin consigue que se le autorice a bajar a tierra con los marineros encargados de hacer las entregas. Llega entonces el deslumbramiento ante la vegetación de las tierras interiores, dominadas por las cimas de las montañas brumosas que se alzan a cincuenta kilómetros de distancia a vuelo de pájaro. En la cámara de oficiales, los dos hombres retoman sus conversaciones. Nadie ha atravesado ni cartografiado nunca la cordillera. El capitán se da perfecta cuenta de que el porvenir del otro no está en el mar. Infringiendo las reglas, de vez en cuando le autoriza a quedarse en Nha Trang, aun a riesgo de privarse de médico. Yersin recorre los campos, aprende a marchar sin zapatos. Pero eso no es todavía una exploración. También se entrena en el puente de mando: el viejo capitán le enseña a utilizar el sextante y a encontrar el punto de estación. Por la noche, estudia en su camarote geodesia y acumula los conocimientos matemáticos necesarios para hacer observaciones astronómicas.

En esta monótona línea de Saigón-Haiphong, con su cabotaje fastidioso, Yersin prepara, gracias al capitán Flotte, su porvenir de cartógrafo y explorador. Rindamos homenaje a este bravo marino entre tantos miles de bravos marinos olvidados, celebremos al capitán Flotte. Toda una vida sobre el agua trabajando en todos los mares y todos los océanos para, al final, llegar desde el puerto de Saint Nazaire, donde nació, hasta el de Burdeos, en cuyo hospital para enfermedades tropicales muere.

UN MÉDICO DE POBRES

Después de Calmette, es el turno de Loir. Para Yersin está claro que no piensan dejarlo ir. Adrien Loir, el mismísimo sobrino de Pasteur, uno de los primeros en entrar en la pequeña banda de los pasteurianos. Son de la misma edad y estuvieron juntos como auxiliares de laboratorio en la calle Vauquelin, antes de la construcción del edificio de la calle Dutot. Por consejo de su tío, Loir le va enviando a la oficina de la compañía en Saigón telegrama tras telegrama, que él encuentra a cada regreso.

Han mandado a Loir a Australia para crear allí un Instituto Pasteur e intentar acabar con la invasión de conejos mediante el microbio del cólera aviar. También vacuna a perros y a dingos contra la rabia y a las ovejas contra el carbunco. No da abasto y llama en su ayuda a su antiguo condiscípulo. Ese que tantas ganas tenía de moverse. Le propone una vida más palpitante que el cabotaje por el mar de China, un salario superior al de un médico de a bordo, un laboratorio para desarrollar sus investigaciones. Australia es un continente en pleno desarrollo. Allí todo es moderno y uno ve canguros. Ha llegado al límite de los argumentos. Yersin pasa de largo el Majestic, sube por la calle Catinat, entra en la oficina de correos de Gustave Eiffel y pide en la ventanilla un papel azul. Guardando las formas, expresa su amistad a Loir y alaba la misión que desempeña, pero rechaza trasladarse a Sidney, de la misma manera que rechaza la renovada proposición de Calmette en Saigón. «Calmette me ha apretado las clavijas para que entre en la marina colonial, prometiéndome el oro y el moro».

Yersin está convencido de que los hermosos años de la bacteriología han quedado atrás. Se acabó el tiempo de los aventureros. Se acabó el tiempo del trabajo solitario de los artesanos geniales. «Sé que dado el punto al que ha llegado la microbiología, todo paso adelante será un asunto muy arduo y que habrá mucho desengaño y muchas decepciones». Él no quiere convertirse en uno de esos pobretones. Yersin todavía es joven y cuando se le presiona se harta enseguida. Ahora que sabe caminar a pie descalzo por la jungla no va a calzarse los zapatos de un investigador sedentario. Si abandonó París no fue para ir a encerrarse. Ha elegido un futuro de explorador. Lo había elegido incluso antes de convertirse en médico. Se lo había escrito a Fanny cuando estaba en Berlín y se lo recuerda ahora. «Veo que acabaré fatalmente en la exploración científica. Me gusta demasiado, seguramente recordarás que mi sueño más íntimo ha sido siempre el de seguir los pasos de Livingstone».

Y sobre Livingstone, muerto una veintena de años atrás, Yersin lo sabe todo. Su expedición desde África del Sur hasta Angola y la travesía del continente de lado a lado, hasta Mozambique. Su práctica de la medicina en las aldeas que atravesaba. El

descubrimiento del río Zambeze y la búsqueda incansable de las fuentes del Nilo. Su encuentro a orilla del lago Tanganica con el periodista Stanley, que había sido enviado en su busca. *Doctor Livingstone, I presume?* Su negativa a seguirle. Su muerte un año más tarde. Su cuerpo eviscerado por sus fieles Chuma y Susi, y sus entrañas enterradas al pie de un árbol. Los despojos, disecados y transportados por ambos sobre unas parihuelas hasta Bagamoyo, en la costa tanzana del océano Índico, para entregárselos a los ingleses en Zanzíbar. Los funerales en la abadía de Westminster y Stanley llevando las cintas del féretro. *Here rest David Livingstone. Missionary. Traveller. Philantropist.* A la espera de descubrir regiones desconocidas, en cada una de sus estancias en Nha Trang Yersin se convierte en médico de pobres, al igual que su héroe.

«Me preguntas si le voy cogiendo gusto a la práctica de la medicina. Sí y no. Me da un gran placer curar a quienes vienen pidiéndome consejo, pero no quisiera hacer de la medicina un oficio, quiero decir que nunca podré pedirle a un enfermo que me pague por los cuidados que haya podido prestarle. Considero la medicina un sacerdocio, como ser pastor espiritual. Pedirle dinero a un enfermo para sanarle es un poco como decir: la bolsa o la vida». Yersin sigue navegando en el *Saigon* y las Mensajerías Marítimas le pagan un salario que de momento le dispensa de cobrar las consultas. Toda su vida intentará permanecer ajeno a la economía, al igual que a la política. Un digno devoto de la Iglesia Evangélica Libre de Morgues y del ejemplo de Livingstone, también él médico, explorador y pastor.

Cuando al fin Yersin llega a Nha Trang, en esta primavera del 40, de regreso a la Punta de los Pescadores, Xom Con, después de ocho días de viaje, una docena de despegues y aterrizajes y el adiós a la pequeña ballena blanca de duraluminio anodizado, varada en el aeropuerto de Saigón, lo hace apeándose en la estación de ferrocarriles porque es en tren como el anciano de barba blanca regresa a la grandiosa y apacible bahía. Camina con paso lento por el espigón y los pescadores le saludan. Éstos son los nietos de los pescadores que le acogieron antaño. Es el último regreso del buen doctor Nam, así le llaman aquí, o del tío Cinco, como le dicen en honor a los cinco galones dorados del uniforme, aunque no haya vuelto a ponérselo desde el siglo pasado, desde el tiempo en que él era un apuesto marino, de barba negra y ojos azules, que curaba a sus abuelos.

Yersin entra en su gran casa cuadrada situada al borde del agua. Él fue quien la diseñó, hace mucho tiempo. Un cubo, racional. Sobre el tejado, la cúpula de su observatorio astronómico. Cada uno de los tres pisos está ceñido por una galería de columnas cubierta. Esta vez habían temido no volver a verle nunca. Él vacía su maleta y ordena los productos farmacéuticos, que tendrá que economizar. Está sentado en su mecedora al amparo de la veranda y mira el mar, el resplandor del sol entre las palmas y sobre la bahía suntuosa. Cerca de él están las pajareras ruidosas y multicolores y su loro. Por la mañana escucha las noticias de la noche de París. La

voz del Mariscal que se sacrifica por Francia y se apresta a firmar un armisticio. Francia, derrotada. Suiza, neutral. Alemania, victoriosa. La campaña de Francia ha causado en pocos días doscientos mil muertos, el balance de una epidemia, la de la peste parda. Sabe perfectamente que la guerra, dado que es mundial, acabará por alcanzar Nha Trang. Los japoneses, aliados de los alemanes, desembarcarán un día en la Punta de los Pescadores. Como viejo epidemiólogo, Yersin no olvida que lo peor es siempre lo más probable.

Envejecer es muy peligroso.

No está mal, para algunos, morir joven y hermoso. Arthur Rimbaud, si no hubiera sido por la gangrena, tendría dos años menos que el anciano mariscal Philippe Pétain. Yersin tiene setenta y siete. En Nha Trang retoma su vida monástica. No se moverá más de su gran casa cuadrada hasta la muerte, y eso va a tardar lo que tenga que tardar. Por primera vez, duda un poco. A qué aventura lanzarse con esta edad canónica. Sabe bien que tiene los días contados. Desde hace mucho tiempo le apremian para que escriba sus memorias. La banda de Pasteur. Sin aplicarse realmente a ello, pone un poco de orden en sus archivos, abre los viejos baúles. Pero no relee más que sus cuadernos de explorador, cuando una vez más lo que quisieran que contase es la gran historia de la peste.

Yersinia pestis.

LA LARGA MARCHA

Yersin tiene veintinueve años y quiere olvidar la ciencia, se acabaron la microbiología y la investigación, ha cambiado de vida, ha escogido el mar, ha conocido la dicha de los muelles y las grúas, de embarcar al alba, del movimiento de los navíos y el canto del atardecer sobre las olas suaves y amarillas de Asia. Pero lleva dos años de navegación y ya se aburre. Si bien es cierto que le gusta la precisión del lenguaje marino y también esa excitación de los grandes puertos marinos, que será descrita por otro suizo, el escritor Blaise Cendrars, no se imagina a sí mismo envejeciendo sobre cubierta, como el bueno del capitán Flotte. Pide la excedencia en las Mensajerías Marítimas. Se la conceden. Ahí está, liberado a la vez del Instituto y de las Mensajerías.

En cualquier empresa le habrían acusado de inconstante. Tras de sí deja sus trabajos sobre la tuberculosis y la difteria. Es un sabio moldeado por Pasteur, un excelente médico de a bordo. Yersin ha conseguido al fin que no vengán a jorobarle demasiado.

Ahora que tiene tiempo libre, abandona Saigón para instalarse en Nha Trang. De entrada se hace construir una casucha de madera en la Punta de los Pescadores, Xom Con, y abre algo parecido a un consultorio. El doctor Nam es el primer médico occidental de la región. Desprovisto de ingresos, intenta sin demasiada convicción cobrar las consultas médicas a los notables del lugar que tengan recursos, mientras continúa atendiendo gratuitamente a los pobres, pero no consigue distinguir entre unos y otros, y vuelve a sus andadas.

Recorre cientos de kilómetros por las colinas, se aloja en las aldeas de los mois, estudia un poco los dialectos de su lengua, practica con ellos la caza y la medicina. Proyecta organizar un día campañas de vacunación, le enseñan a manejar la lanza y la ballesta, a cambio él les inicia en el hilarante uso de su navaja suiza multiusos, y de vez en cuando regresa a Nha Trang. «Mis enfermos annamitas vienen de todas partes cuando no estoy de excursión. Es cierto que son ellos los más beneficiados por mi ciencia, sobre todo cuando, para corresponderme, tienen la gentileza de llevarse mi monedero. Pero qué quieres que haga, tienen la idea de que robar a un francés es una buena acción. Por otro lado, ¿a qué vinieron los franceses a Indochina, sino a robar a los annamitas?»

Antes de que se evaporen sus pocos ahorros, Yersin los destina a la compra de material y monta su primera expedición de verdad. Después del mar y luego del bosque, quiere atravesar la jungla, escalar montañas cada vez más altas. A falta de una orden que le encomiende esa misión, obtiene el apoyo de los mois, que aceptan

guiarle en las primeras etapas. Quiere partir de Nha Trang, del mar de China, para atravesar la cordillera y alcanzar al otro lado el río Mekong. No volverán a verle en un buen tiempo o puede que nunca. Se lleva consigo a un intérprete y cinco hombres para que abran camino. Su torso está abrazado por el cuero de los tahalíes en los que guarda su cronómetro de marino y el teodolito. A la espalda lleva un Winchester, con el que espera cazar algo. Compra algunos caballos y dos elefantes y toma el camino del noroeste. Las etapas serán de tres horas de marcha.

Esta vez sólo camina hacia delante, se ha prohibido dar media vuelta. El avance es mejor sobre las monturas, para evitar las sanguijuelas. Guían los caballos por los senderos y después los llevan por las bridas, cuando deja de haber senderos. A continuación, llega el bamboleo de los elefantes, para los que es necesario cortar a machetazos bambúes y matorrales. Hace mucho tiempo que los guerreros mois han vuelto sobre sus pasos. A su vestimenta se adhieren insectos cuya existencia incluso su padre ignoraba. De noche se permiten un poco de alcohol de arroz, a modo de cordial: encienden el fuego, cuelgan las mosquiteras, sacan las copas. Mañana, al aproximarse a una aldea y a diferencia de Mayrena, que se convirtió en Marie I a base de repartir plomo, ofrecerá pomadas y sus reservas de quinina. A partir de ese punto, los instrumentos y el material fotográfico son prudentemente embalados, protegidos de la lluvia por una tela impermeable. Apagan las brasas y cargan las albardas de los elefantes. Continúan siempre adelante, por territorios innombrados, hacia tribus violentas que no tienen violines ni alejandrinos. Yersin mantiene el rumbo con el compás marino. Todo esto se parece al fin a una vida verdaderamente libre y sin cargas. Abrir rutas, hacer camino en medio de lo desconocido, si no hacia Dios hacia uno mismo. El pequeño y risible enigma que él es. Ese que no supo resolver en las penumbras de un templo de su Vaud natal.

EN PHNOM PENH

Después de haber atravesado las cumbres, a más de dos mil metros, descienden hacia los fríos bosques de coníferas y después hacia la jungla, hacia el roto vitral de arrozales que se ve ahí abajo, en la llanura. El puñado de caminantes exhaustos llega al Mekong en los alrededores de Stung Streng, tres meses después de su partida de Nha Trang. Yersin revende los caballos y los elefantes y embarca a su pequeña tropa en una larga piragua. Ha recorrido todo el camino a pie, al frente de su caravana, para no desajustar su cronómetro, y al fin se sienta y se deja llevar por la corriente del inmenso río jade.

Lo que entonces era el muelle Piquier, situado a lo largo de una dársena de puesta a flote cegada desde hace mucho tiempo, se ha convertido en la calle 108, no lejos de la legendaria pagoda de Vat Phnom y del barrio francés, del Hotel Royal y del lugar donde hoy están el Instituto Francés y el Hospital Calmette. Pero, a la llegada de Yersin, Phnom Penh era todavía un pueblo. Después de tres meses de marcha, Yersin se presenta ante las autoridades francesas. Se organiza una recepción en la casa del alto comisario de Camboya, Louis Huyn de Verneville, una cena de gala, por supuesto, sentados bajo los ventiladores de techo. Viniendo de Vaud, Yersin no comparte el paradójico gusto de los regicidas franceses por esos residuos de la nobleza que se refugian en la banca o en la diplomacia. Se hunde en los sillones de piel de búfalo.

Yersin es el primer viajero en comunicar por vía terrestre la costa de Annam con Kampuchea. La única vía conocida de acceso hasta el reino de los jemeres era el río. Los criados, vestidos con trajes tradicionales, sirven el champán. Se le pregunta por su desconocido trayecto, por las tribus y las jóvenes salvajes. Pero la conversación de Yersin, cuando se aviene a ella, es tan científica como su correspondencia. «Allí donde me ha sido posible, he marcado punto topográfico: casi todas mis latitudes han sido determinadas por la medida de la altura de la estrella Polar, que es un procedimiento excelente porque la repetición de la observación da una gran exactitud a los resultados. Puedo garantizarles una exactitud de unos 20". Mis longitudes dependen, naturalmente, de la marcha más o menos regular de mi cronómetro: lo he revisado cada vez que me he visto obligado a permanecer varios días en un mismo lugar y me ha parecido lo bastante constante como para garantizar mis longitudes con una exactitud de 4" más o menos». Eso es poesía de lo útil, pero enseguida se vuelve una lata. Los invitados son herméticos a esta literatura sin rastro de romanticismo. Miran las aspas del ventilador o la punta de sus zapatos encerados, toman un poco más de champán, encienden un cigarrillo. A través de los ventanales ven las aguas doradas del Tonlé-Sap, en su confluencia con el Mekong, y la procesión de los

bonzos con sus togas naranjas que suben a la pagoda de Vat Phnom. Yersin también se aburre y la cena llega a su fin. Se pasa a la absenta. Se abandona la idea de organizar un baile en su honor.

Para él todo esto no importa y se impacienta. No entiende por qué le aplauden y le felicitan. Se trata de algo tan simple como la difteria. Basta con observar y caminar, basta con levantar el culo del sillón de piel de búfalo. Ya se sabe del asombro de los matemáticos al constatar que nadie a su alrededor sabe resolver ni siquiera una ecuación de tercer grado, ese asombro sincero que se suele tomar por orgullo cuando no es más que ingenuidad, el asombro de estos hombres ante el hecho de que no sea todo el mundo igual que ellos, cosa que mina los fundamentos de la República, cuando se acepta de buen grado que no todo el mundo puede correr los cien metros en diez segundos. Es también la irritación de los hipermnésicos, al tener que tomar nota de que por regla general todo se olvida demasiado deprisa.

Yersin y su pequeña tropa regresan a Saigón a bordo de un barco fluvial por el delta del Mekong. Él redacta su informe, consigna sus observaciones etnológicas y geográficas, las ilustra con cerca de ciento cincuenta fotografías, que revela en su casucha de Nha Trang. Traza mapas precisos de su recorrido, que envía a Luang Prabang, en Laos, donde son montados con planos obtenidos en la llamada Misión Pavie, la expedición de Auguste Pavie en la Cochinchina. El texto es expedido a París. Que no esperen nada pintoresco, es un texto preciso, como buena exposición de pasteuriano, una alabanza a la precisión de su cronómetro suizo marca Vacheron y a la de su barómetro «ajustado con el del Observatorio de Manila».

El relato es demasiado científico incluso para una revista de divulgación como *Le Tour du monde*. Ni ataques de tigres, ni lánguidas princesas indígenas de senos puntiagudos. Sin embargo, los diarios de la metrópoli anuncian su proeza, sin entrar en detalles. Yersin es invitado a París. Pasteur hace despejar su habitación en el Instituto, para su vuelta al regazo. El Hotel Lutetia todavía no existe. Su informe sobre la expedición se publica en la revista de la Sociedad Geográfica, que cinco años antes había publicado el relato de Arthur Rimbaud de su exploración africana titulado *Informe sobre Ogadine*, región del sudeste etíope llamada hoy Ogadén. En el bulevar Saint-Germain, Yersin atraviesa el porche de la Sociedad Geográfica, donde dos cariátides sostienen respectivamente el mar y la tierra.

A su conferencia asisten, codo con codo, la pequeña banda de la calle Dutot y la pequeña banda de la calle Mazarine, los sabios pasteurianos —entre ellos el propio Émile Roux, que acaba de apagar su mechero Bunsen y de colgar su bata blanca en el perchero del vestíbulo— y los geógrafos exploradores, entre los cuales está el mismísimo Auguste Pavie, que ha regresado de Laos y de su viceconsulado en Luang Prabang. Es asombroso el talento de este joven para mezclar así las dos pequeñas bandas, de igual modo que Paul Gégauff reunirá un siglo más tarde las pequeñas bandas de la *Nouvelle Vague* y del *Nouveau Roman* del cine y la literatura franceses.

Los periodistas, que en sus textos son siempre un poco caricaturescos y fisionomistas por razones de eficacia, sienten curiosidad por ver cómo es este tipo. Quedan decepcionados. Ni aspecto de sabio loco ni jeta de buscalíos: un joven apacible y determinado de mirada clara y azul y barba negra bien recortada. «Esta noche ceno en casa del señor Pasteur, que disfruta mucho con los relatos de viajes». Es el joven portero Joseph Meister, que tiene entonces dieciséis años, quien le abre la puerta y recoge su abrigo.

Yersin se queda en París tres meses y se inscribe en las clases del Observatorio de Montsouris. Como no tiene ingresos, se lanza a la búsqueda de apoyos y de dinero con que preparar nuevas expediciones y rechaza integrarse en la Misión Pavie. Ha leído a Julio César. Mejor primero en Nha Trang que segundo en Luang Prabang. De nuevo solicita el apoyo de Pasteur. Esta segunda carta es mucho más entusiasta que la dirigida a las Mensajerías Marítimas. «El Dr. Yersin me ruega que recomiende su solicitud ante el señor ministro de Asuntos Exteriores. Lo hago con entera confianza y con el mayor celo. El Dr. Yersin ha trabajado durante dos años en el Instituto Pasteur con grandísimo éxito. Realizó junto con el Dr. Roux un trabajo de primer orden sobre la difteria y sus conocimientos exhaustivos en medicina le han valido el título de doctor. Su futuro como sabio habría sido brillante, pero de golpe, después de numerosas lecturas, le embargó una ardiente pasión por los viajes y nada pudo retenerlo con nosotros. Puedo certificar que el Dr. Yersin es un hombre muy serio, de una honestidad a toda prueba, de un coraje extraordinario, que posee cualidades tan variadas como precisas, capaz, en pocas palabras, de hacer un gran servicio a nuestro país. Por lo demás, la sola lectura del informe adjunto sobre su reciente viaje al Mekong puede dar mejor y más inmediata idea de las grandes cualidades de viajero y de explorador del Dr. Yersin».

En el transcurso de esta primera estancia en Europa desde su partida hacia el mar, Yersin se traslada a Morges, abraza a Fanny, adquiere por cuatro perras, en el negocio de Vacheron, un nuevo cronómetro, un electrómetro y varios termómetros, y en el de Mayor compra dos fusiles de caza con sus correspondientes cartuchos. Sentado en el saloncito florido de la Casa de las Higueras, en medio de los plumíferos reunidos, abre delante de Fanny y de las muchachas de buena familia sus cuadernos de explorador, cuya lectura, según se ve, se torna pronto fastidiosa. Ellas quieren imágenes. Yersin les muestra las fotografías de mujeres mois y las jóvenes enrojecen en cuanto las ven, aunque Fanny se apresura a cubrirlas con un tapete. Pero el caso es que su Alexandre, el pequeño cantor de salmos de la Iglesia Evangélica Libre, ahora fotografía negras en cueros.

UN NUEVO LIVINGSTONE

Desde ese momento, la vida de Yersin será ésa. La de un explorador y agrimensor a sueldo del gobernador general, quien se inclina a su lado lápiz en mano, en un despacho de Saigón, sobre los enigmáticos y extravagantes portulanos de Annam, Tonkin y Laos. Están en un país conquistado pero desconocido. Como dos generales romanos, después de la victoria de César en Alesia, delante de un bosquejo de la Galia o de Germania. Se preguntan dónde podrán hallar minerales ahí adentro, quizá oro, dónde crear ciudades o acantonar las tropas. Son como nosotros y como todos los conquistadores, niños que sueñan con mapas de colores, con atlas, con el gran manto de Arlequín que se arroja sobre la tierra para nombrarla. Yersin viene de regreso de Phnom Penh y de París, ha consultado los manuscritos de la biblioteca de la Sociedad Geográfica, los escasos relatos alucinados de los misioneros, imaginando el trayecto de futuras expediciones. Por supuesto, echa un poco de menos la bacteriología, lo mismo que la navegación marítima. Su curiosidad es enciclopédica.

Durante dos años Yersin cumple la misión. Le procuran material y hombres, dinero y armas. A cambio se le pide estudiar durante su marcha el trazado de nuevas vías comerciales, señalar los lugares propicios para la ganadería, inventariar las riquezas forestales y minerales. Todavía se tiene la idea sansimoniana de hacer fructificar las riquezas del globo. Un día estaría bien inventar el neumático y el camión con su semirremolque a cuestas, para acelerar la explotación de los bosques. Todavía están en la época en que el hombre acaba de convertirse en dueño y señor de la naturaleza. Cuando la naturaleza no era aún una vieja frágil que hay que proteger sino un temible enemigo al que vencer.

De noche, en el vivac, Yersin traza croquis apoyándolos sobre sus rodillas e indica los riachuelos que, convertidos durante el monzón en torrentes de lodo, deben ser salvados por puentes. Penetra en la antigua civilización de Champa, llega hasta los pueblos cham, descendientes lejanos de los malayos anteriores a los jemerés y a los annamitas, pues los invasores, si dejan descendencia, terminan siempre también por ser invadidos. Durante dos años, conoce los amaneceres fríos y astringentes sobre los picos de la cordillera. Y durante la noche, en la jungla, los campamentos en medio de un círculo de fuego para alejar a las fieras. También la caza en la pradera y las crisis de paludismo, las fiebres frías bajo la lluvia tibia. Y las chácharas y el alcohol de arroz compartido, los amuletos y las sangres intercambiadas mediante cortes en los antebrazos, una práctica muy poco pasteuriana, pero Yersin transporta consigo los mágicos y antisépticos productos de los pasteurianos, elaborados por Calmette en Saigón.

La empresa de exploración avanza: con sus elefantes y pequeños caballos ensillados, las reses que serán asadas en el camino, las cestas con aves, los porteadores y los exploradores. A veces forman una fila de ochenta personas que serpentea bajo las copas de los árboles. En un retrato fotográfico se ve a Yersin tocado con un gran sombrero de safari y vestido con una chaqueta china abotonada hasta el cuello. Las palmas se apartan delante de él y por un momento interrumpe la marcha, instala sobre su trípode el gran cubo de madera barnizada. Stop. Detengamos la imagen. Detallemos los materiales que lleva sobre su cuerpo: fibra vegetal en la vestimenta, metal y vidrio en los instrumentos, cuero, piel de animal curtida en el cinturón y los tahalíes..., todo eso se usa desde la antigüedad, lo mismo que el caballo y el elefante, todavía no hay plásticos ni fibra sintética. Play. Yersin reemprende su marcha y la cortina de palmas se cierra detrás de él.

En el transcurso de esta segunda expedición, después de haber escalado una montaña erizada de coníferas, se abre ante sus ojos una vasta meseta de hierba verde que llega hasta el horizonte, a más de mil metros de altitud y bajo el frío. En medio corre un río. Es una visión helvética. Yersin evoca a su retorno que «su apariencia recordaba la de un mar agitado por un oleaje inmenso de ondulaciones verdes».

Es el descubrimiento de la meseta de Lang Bian.

Cuatro años más tarde y después de leer el informe de Yersin, Paul Doumer, el nuevo gobernador general, quiere hacerse una idea por sí mismo del lugar. Doumer busca dónde crear en Indochina una estación de altura para acoger a los colonos fatigados y a los palúdicos, una casa de reposo y un sanatorio. Los dos hombres, rodeados de una pequeña tropa, emprenden el ascenso.

Paul Doumer es la representación de los maestros de levita negra de la Tercera República y del igualitarismo democrático. Educado por su madre, viuda y asistenta, el hijo sin fortuna se convierte en obrero, después en profesor y en diputado. Se incorpora a las filas de la izquierda radical. Defiende el desarrollo de la ciencia y de la higiene. Decide levantar en el frescor de Lang Bian un bonito pueblo alpino.

Esos dos, el huérfano de Morges y el huérfano de Aurillac, serán amigos hasta la muerte de Doumer.

Amigos por mucho tiempo. Porque la carrera de Doumer será larga y brillante. Nombrado presidente de la República, será abatido a tiros de pistola en 1932 por un emigrado ruso, Pável Gorgulov. Eso es mucho tiempo después del asesinato con arma de fuego del hermano de Calmette, en su despacho de *Le Figaro*, y de Jaurès en su taberna. Toda esa porquería de la política.

EN DALAT

Y cuarenta años más tarde, a mitad de los años treinta, tres después del asesinato de Doumer, Yersin sigue vivo y el lugar se ha convertido en Dalat.

Al borde del lago hay villas al estilo de Normandía o de Biarritz. Sobre las colinas, chalets como los de Saboya. Hay macizos de flores, agapantos, capuchinas y hortensias, como en Dinard. Un ferrocarril de cremallera trepa hacia la meseta jade virgen y da servicio a una estación que, como la de Pointe-Noire en el Congo, es una copia de la de Deauville. El Instituto Pasteur gestiona el hospital. Se inaugura un convento en el que las monjas cantarán maitines y laudes, el convento de los Pájaros, así como un instituto para varios centenares de alumnos, al cual el viejo Yersin, descubridor de la meseta, ha aceptado que se le dé su nombre.

Se organiza una recepción para el nuevo gobernador, bajo los artesonados del Lang Bian Palace, en medio de un parque de cedros, pinos y araucarias que desciende en suave pendiente hacia el río. El emperador Bao Dai, cuya residencia de verano está justo al lado y en la que ocasionalmente reside cuando no está en el casino de Mónaco, aprovecha la ceremonia para entregar al viejo Yersin la Gran Cruz de la Orden del Dragón de Annam.

Sentado ante el curvo mostrador barnizado, enfrente de la biblioteca del hotel, del otro lado de las columnas de mármol, el fantasma del futuro escucha el discurso de ese emperador de pacotilla vestido de blanco y con botines bicolor de rufián. Hay un gran fuego en la chimenea. Y tapicerías, dorados, colgaduras y jarrones chinos, todo subido hasta la montaña desde la costa en el tren de cremallera que acaba de traer también a la delegación oficial y a los periodistas, entre los cuales se cuela de incógnito el fantasma del futuro.

Cuando se inaugura el instituto Yersin de Dalat, en 1935, Yersin tiene setenta y dos años. Han encontrado a algunos mois muy ancianos, de los que él conoció durante su exploración, cuando aquí no había más que hierba alta y animales de caza, y se les ha convocado. Yersin está incómodo en su traje negro ceñido por la banda rojo y oro del Dragón, un poco molesto también por no poder decir, delante del emperador Bao Dai y de las autoridades francesas y annamitas que le adulan, lo que en el fondo siente. Le gustaba más la meseta como era antes. El gran oleaje de hierba verde. Lamenta un poco haberla descubierto, o haberle indicado su posición a su amigo Doumer. Esa meseta habría que dejársela a los pueblos de las montañas.

Lee su discurso de agradecimiento ante el gobernador general y el emperador de pacotilla, pero en privado no es ni mucho menos eso lo que piensa. Así es Yersin, elogia el progreso cuando él es su instigador. Con la edad, la nostalgia le puede. Bajo

los brillos de cristal, cerca del piano, el anciano ceñido por una banda rojo y oro posa sus ojos azules sobre las aguas azules del lago. Una visión fugaz de Morges y de la Casa de las Higueras. Vuelve a ver a Doumer, muerto por la política. A mitad de esos años treinta, Europa va de nuevo hacia la guerra. Aquí fingen ignorarlo. Aplauden y levantan las copas de champán en ese lugar de veraneo despreocupado y *art déco* bajo los pinares. Él se lo había escrito ya a Calmette: «He encontrado Dalat cambiada y camino de convertirse en una ciudad mundana. Usted me conoce lo bastante para saber que esas mejoras, por otra parte necesarias, no me han seducido».

Él prefiere el sitio de Dankia, una aldea moi situada a una docena de kilómetros, «en la que las protuberancias desnudas están cubiertas de hierba verde, con un horizonte de bosques sobre la cresta de las colinas más elevadas; ese espectáculo me recuerda singularmente la región de los pastos alpinos y jurásicos». Yersin recuerda como un sueño su primera travesía de la despoblada meseta de Lang Bian, su incesante marejada verde de hierbas altas y salvajes. No había cumplido treinta años. Y en definitiva, si hubiera muerto en aquel momento, él, que no había escrito las *Iluminaciones*, si hubiera muerto entonces bajo los golpes del bandolero Thouk, su vida se resumiría en la historia de la medicina y de la geografía a esto: haber descubierto la toxina diftérica, haber logrado en un conejo una tuberculosis experimental, haber trazado el camino desde Annam a Camboya y haber encontrado un lindo rincón en Asia donde levantar una ciudad balneario helvética.

El fantasma del futuro, el escriba del cuaderno de piel de topo que sigue a Yersin desde Morges, que se ha alojado en el Zur Sonne de Marburgo, en el Lutetia de París, en el Royal de Phnom Penh, en el Majestic de Saigón y ahora en el Lang Bian Palace de Dalat, se dice que en el fondo es bastante agradable seguir a ese hombre. Los establecimientos son de altos vuelos. Esta tarde, pasea al borde del lago. La ciudad está ahí desde los años treinta, surgida de la nada sobre una meseta verde. Dalat ha ido cambiando de dueño y de gente, no de decorado. Como Bagnoles-de-l'Orne, en Normandía, o Cambo-les-Bains, en el País Vasco francés. Por aquí los treinta años de guerras vietnamitas han pasado como agua sobre pluma de pato, muy lejos de los combates. El escriba toma notas en su cuaderno abierto sobre el mostrador de madera barnizada, en medio de los periodistas llegados en tren de Hanói y de Saigón para asistir a la inauguración del instituto. Nadie le conoce. Él dice ser enviado especial de *Paris-Soir*. Le preguntan por las nuevas de la metrópoli, sobre Jean Gabin y sobre Arletty, y si el Frente Popular ganará las elecciones del próximo año. Él se muestra evasivo.

El fantasma del futuro no comete ningún error. Su atuendo es suficientemente atemporal. Pantalón de tela y camisa blanca, corbata azul y zapatos ingleses de buen cuero. Conoce la actualidad como si hubiera leído en los archivos los periódicos de la víspera. Sabe de los avances científicos y técnicos, emplea la lengua francesa sin ningún neologismo. Es un buen agente infiltrado en el tiempo de los años treinta. Sin

embargo, sacaría con gusto un Marlboro light de su bolsillo, pero sabe que esa marca todavía no existe. Y si, por exceso de confianza o por exceso de alcohol, ha olvidado apagar su teléfono móvil y éste establece comunicación...

De inmediato, una aglomeración en torno a su taburete en el bar, el tumulto, la llamada a la policía. Se le acusa de ser un espía al servicio del partido comunista indochino, fundado cinco años antes por Ho Chi Minh. Los guardaespaldas se acercan al emperador lacayo del imperialismo y lo rodean. El viejo explorador y su banda de Dragón son olvidados. En la comisaría es peor, el fantasma del futuro confiesa, explica, se hace un lío, profetiza, dice que la próxima guerra mundial será dentro de cuatro años, que llegarán los japoneses y que los franceses acabarán en campos de concentración. Profetiza al general Giap, jefe de los rebeldes, en una suite del Lang Bian Palace. Y la batalla de Dien Bien Phu y la victoria de Ho Chi Minh. La guerra del Vietnam y la derrota de los americanos. La llegada de los soviéticos. Le agarran, un pinchazo, la camisa de fuerza, muchacho, no creo que vuelvas a ver Pigalle...

ARTHUR & ALEXANDRE

El teléfono móvil no ha sonado. El fantasma sube a su suite. Llena la bañera de cuatro patas de león etíope, deshace el nudo de su corbata y enciende el ventilador de cobre amarillento. Sobre el buró, un libro de Leonardo Sciascia en el que hay una línea subrayada: «Sabido es que la ciencia, como la poesía, está a un paso de la locura».

Sobre la cama hay notas desparramadas. Cartas a las dos madres, Vitalie y Fanny. A las dos hermanas, Isabelle y Émilie. Cartas de escritura rápida en las que aparece siempre la cuestión de partir, de irse, en las que se habla de comprar un caballo o de hacer un pedido: un sextante, un teodolito, un barómetro aneroide o tratados de mecánica y manuales de excavación, de mineralogía, de trigonometría, de hidráulica, de astronomía, de química. Uno reúne la mayor biblioteca científica de Annam; el otro, la mayor biblioteca científica de Abisinia. El fantasma podría escribir en paralelo la vida de ambos. La larga vida de uno y la vida breve del otro.

El Lang Bian Palace es un islote de tiempo suspendido, hoy se llama Dalat Palace, sin que pueda verse ciertamente en ese cambio el paso del capitalismo al comunismo, quizá porque nadie osó, tras la independencia, rebautizarlo como Ho Chi Minh Palace, con el nombre de alguien que pasó una gran parte de su vida en campamentos precarios, ni tampoco con el del general Giap, quien sin embargo se alojó aquí durante las negociaciones con los franceses.

La grifería de latón verdeante, que pronto será centenaria, todavía aguanta. Las alfombras persas son propicias a los desplazamientos, tanto en el espacio como en el tiempo, y a las ensoñaciones geográficas y demográficas. Acostado dentro del agua caliente, el fantasma del futuro prende un cigarrillo y escucha al viento barrer los árboles del parque. Siete mil millones de hombres pueblan hoy el planeta. A principios del siglo xx eran menos de dos mil. Se estima que, en total, ochenta y cuatro mil millones de seres humanos han vivido y muerto desde la aparición del *Homo sapiens*. Es poco. El cálculo es simple: si cada uno de nosotros escribiera tan sólo la vida de diez personas a lo largo de la suya, nadie sería olvidado. Nadie sería borrado. Todo el mundo pasaría a la posteridad. Eso sería justicia.

Una tumba no es nada, pero un sepulcro... Escribir una biografía es tocar el violín con una partitura. Uno vivió desde el Segundo Imperio hasta la Segunda Guerra Mundial, el otro se cayó de un caballo a los treinta y siete años. En ambos, el mismo afán de saber y de partir, de abandonar las pequeñas bandas de los pasteurianos o de los parnasianos. Y el gusto por los amaneceres soleados y la navegación marítima, por la botánica y la fotografía. «Acabo de encargarme en Lyon un aparato fotográfico

que me permitirá intercalar, en esta obra, algunas vistas de estas extrañas comarcas». Pero el curioso álbum sobre la tierra abisinia de los gallas lo escribe Yersin sobre la tierra de los mois. A estos dos, cada cual en un extremo del mundo, se les ocurre una idea cada cinco minutos. Importar mulas de Siria a Etiopía o vacas de Normandía a Indochina. Es la aventura de la ciencia, «¡la nueva nobleza! El progreso. ¡El mundo avanza!». El gusto por las matemáticas: la suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos ángulos rectos. La poesía debería ser así. Un alejandrino que se le ocurre al final de una carta a Fanny. Un verso al final del cual podrían desfilar todos los verbos en infinitivo: Porque esta vida no ha sido sino...

Mientras Yersin prepara sus expediciones, se produce la caída del caballo en Diré Daoua. Righas, el amigo griego de Rimbaud, escribe que a éste «se le dislocó la rodilla y se desgarró con un pincho de mimosa». Tienen eso en común, la soledad y el irse a ver otros lugares y avanzar a la cabeza de caravanas, intentando hacer más y hacerlo mejor que sus padres ausentes. Ir más lejos, en la ciencia y en la geografía, de lo que fueron esos padres a los que no conocieron. Uno con el microscopio y el bisturí encontrados en el granero de Morges. El otro con el Corán y la gramática árabe encontrados en el granero de Roche. Se trata de ir más lejos que aquel capitán Rimbaud de la banda de los saharianos, y abrir la ruta de Entotto a Harar. Se trata de ir más lejos que el intendente de la fábrica de explosivos, y abrir la ruta de Nha Trang a Phnom Penh. Los calores atroces y la sed se los contarán a las mujeres, a las sedentarias madre y hermana que nunca han salido de Suiza ni de las Ardenas, y lo harán ocultando su nombre, firmando brutalmente con el apellido, como padres: uno, *Rimbaud*; el otro, *Yersin*.

No haber descubierto el bacilo de la peste hubiera condenado a Yersin a morir como un explorador desconocido en medio de miles de exploradores desconocidos. Bastó un pinchazo en la punta de un dedo, como en los cuentos de hadas. Pero la vida novelesca y ridícula de los hombres es siempre así. Ya curen la peste o mueran de gangrena.

HACIA LOS DOMINIOS DE LOS SEDANGS

Si el pinchazo de una espina o de un pincho de mimosa es la puerta abierta a la muerte, la roja herida abierta por una lanza enterrada en el torso excava en éste un vasto túnel por el que se precipitan millones de microbios. Yersin sabe medicina y cirugía y salva su pellejo después del combate con Thouk. Es raro que tales existencias no conozcan el paroxismo de la violencia.

Si durante todos esos años de exploraciones la práctica constante de cuidados médicos en las aldeas y las vacunaciones de niños asemejaron a Yersin a su héroe pacífico, el buen doctor Livingstone, su intransigencia y su humor sombrío le llevaron a comportarse a veces como el pendenciero Stanley y a liarse a tiros contra las partidas de bandoleros a los que entonces se llamaba piratas; bandidos de las grandes rutas, a la manera de Mandrin o Lampião, en los que se inspiraron más tarde las guerrillas de los primeros combatientes anticolonialistas.

Es el caso de Thouk, el enorme jefe de una partida de bandoleros, rabioso y arrasador, que opera en la campiña al mando de una cincuentena de hombres evadidos de prisión, acusados de asesinato y sin nada que perder, cuyas cabezas desquiciadas tienen precio. Llevan consigo fusiles arrebatados a los soldados, picas y machetes. Una noche, en el territorio de sus amigos mois, Yersin entra en un poblado saqueado donde las chozas de paja todavía humean. Los supervivientes le indican una dirección bajo los árboles y los más corajudos se unen a él. Es una persecución silenciosa en la noche. El peso del arroz robado y la lentitud del ganado retrasan la marcha de los hombres de Thouk, también la seguridad de que ningún puñado de campesinos desarmados osaría jamás importunarlos en medio de los malos espíritus del bosque. Hacen un alto y encienden hogueras para inventariar el botín. Yersin apunta su revólver. Las llamaradas levantan un teatro de sombras entre el ramaje. Con un brinco, Thouk se aparta del cañón. Yersin recibe en la pierna un violento golpe de maza que le rompe el peroné. Él se defiende, pero está en el suelo. Un machete le corta la mitad del pulgar de la mano izquierda. Thouk le clava una lanza en el pecho y la partida se escapa, dándolo por muerto. Y ése sería el caso, en efecto, para cualquiera de esos bandoleros desprovistos de los mágicos productos de los pasteurianos.

Los hombres de Yersin lo encuentran al alba, ensangrentado pero consciente, cerca de las brasas que se consumen. Atravesado por una lanza como un insecto sobre un cartón. Esta vez la expedición es corta y quizá la vida también. Las hormigas y otros bichos abrevan en la tierra enrojecida. Hay carreras de exploradores que son así, dejan a sus biógrafos plantados al cabo de pocas páginas. Hipnotizados ante un agujero rojo en el pecho. Carreras que se acaban con un titular en alguno de esos

periodicuchos coloniales que se abren delante de un vermú o de un vaso de *cassis*, en la calle Catinat: «El descubridor de la toxina diftérica muere atravesado por una lanza en territorio moi».

Yersin, que ha perdido demasiada sangre, sabe que tiene poco tiempo y dirige la operación. Por indicación suya, no le arrancan la lanza hasta que han cortado como han podido toda la zona alrededor. Separan lentamente la punta, sin arrancar las costillas, tratan asépticamente la úlcera, desinfectan las heridas, colocan una venda apretada sobre el torso y otra en la mano, también entablillan la pierna rota. Le acuestan en una camilla hecha con lianas y bambú, que será llevada a hombros durante varios días hasta Phan Rang. Allí vive un telegrafista que uno imagina agorafóbico, aislado en una cabaña, al pie del poste con su nudo de cables negros suspendidos. Avisan a Calmette en Saigón para que se aprovisione de fármacos. Yersin se recupera poco a poco. Su biógrafo respira. El herido permanece inmovilizado y al cabo de unos días reanuda la escritura de sus cuadernos. «De manera que el resultado de este asunto ha sido para mí la pérdida de un fusil y un revólver. No creo que me lo tengan en cuenta: el gobernador general estará muy molesto con este ensayo de rebelión en el sur, cuando él pregona a voces que Annam es un territorio absolutamente pacificado. Así que buscará cómo silenciar el incidente e incluso lo negará si es necesario. Por otra parte, no lamento lo que he hecho: está claro que era mi deber».

Es más fuerte que él, mientras sus heridas cicatrizan, Yersin empieza a estudiar el funcionamiento del puesto telegráfico. Le enyesan la pierna y lo transportan hasta Saigón, donde redacta un informe, traza mapas, indica dónde abrir posibles rutas y pasa a limpio los apuntes garrapateados en los cuadernos. El convaleciente lee revistas técnicas y envía a Francia pedidos de material nuevo. En el puerto, una vez que se halla en condiciones de viajar, le ayudan a descender de un victoria tirado por pequeños caballos. Deja sus muletas en un camarote del *Saigon*, que zarpa hacia Haiphong, y conversa con su sucesor a bordo, que luce su uniforme blanco con cinco galones dorados. Desciende en la primera escala y llega a su paraíso de Nha Trang, troca el barquichuelo de las Mensajerías Marítimas por su casucha de madera de la Punta de los Pescadores. Reanuda su actividad, cojeando en la cámara oscura, revela sus fotografías, prepara ya la próxima expedición, la más larga sobre el mapa, directo hacia el norte y, después, hacia el oeste. También la más ambiciosa. Quiere abrir un camino entre Tonkin y Laos diferente al abierto por Pavie a través de Dien Bien Phu. Manda cartas a Fanny. «Adjunto unas palabras para Mayor, con el fin de que me envíe nuevas armas cuyo pago efectuaré después de su recepción».

Justo antes de su partida, se entera de la detención de Thouk y tranquiliza a Fanny, o quizá la inquieta más: «Salgo mañana hacia el interior y no quiero hacerlo sin decirte que tengo la mano completamente cicatrizada y la pierna curada. Estoy pues en buenas condiciones para continuar mi viaje. Hoy le han cortado la cabeza a Thouk. Estuve presente para tomar algunas instantáneas. En realidad es algo horrible.

La cabeza cayó al cuarto golpe de sable. Sin embargo, Thouk no ha rechistado. Estos annamitas mueren con una sangre fría impresionante».

En Francia, ese año es el del centenario del periodo del Terror, que hizo rodar también no pocas cabezas al fondo del cestillo, pero prefieren no honrarlo con una segunda torre de hierro. Ese año, la flota francesa zarpa de Saigón para establecer el bloqueo de Bangkok, a petición de Pavie, que ha sido promovido a comisario de fronteras. No hay riesgo de que Yersin se convierta en diplomático. Toda esa porquería de la política. Él avanza a marchas forzadas hacia los dominios de los sedangs. Atraviesa una vez más los bosques templados, los pinares brumosos. Atraviesa el camino de esas columnas de millones de hormigas que nunca se desvían ni un metro y ante las cuales los campesinos tienen que ceder y desplazar sus aldeas. La tropa de guías y de bestias de carga trepa las montañas por senderos de cornisa, cruza torrentes. En silla de montar, hombro con hombro, van Yersin y el padre Guerlach, que acaba de efectuar las primeras anotaciones topográficas y antropológicas de la región, consignando las creencias y los idiomas de los cazadores-recolectores, con la vaga esperanza de salvar sus almas en vez de esclavizarlos como intentara, por demás vanamente, Mayrena, transformado aquí en Marie I.

Los refugios de los sedangs son nidos de águila en las cimas de los picos, protegidos por altas empalizadas. Una vez que Guerlach es reconocido, se accionan las puertas mediante poleas, confraternizan, intercambian objetos, bailan, comparten la comida. Yersin desembala sus instrumentos en medio de la plaza. Con las piernas separadas y la mirada en el cielo, toma latitudes y longitudes, busca en la noche la estrella Polar, mide la altitud con el barómetro. El padre saca los crucifijos y los incensarios, dice misa, masculla y alza los brazos hacia su dios, que parece no estar lejos de la estrella Polar. Es la primera vez que los sedangs se encuentran con alguien más salvaje que ellos y asisten a esos ritos tan graciosos. Se mondan de risa y se dan golpes en los muslos. Apartados, los brujos ponen mala cara, pero en el futuro no dejarán de integrar algunas variantes del show en sus ceremonias. En lo alto de las murallas, los guerreros blanden sus escudos cubiertos de piel de rinoceronte, gritan y agitan lanzas y sables, deseándoles a los blancos un buen regreso. La columna desciende la montaña y llega a Attapeu, en Laos, del otro lado de la cordillera. En esta ocasión la atracción son los caballos domesticados y enjaezados que los aldeanos ven por primera vez.

Los exploradores descienden por la jungla en una suave pendiente, rumbo a la orilla del Mekong. Hace un mes que se pusieron en marcha. Su progresión es silenciosa y agotadora. Ahí abajo todo es amarillo y verde, esmeralda y bermejo. El gran sol amarillo entre las ramas y las anchas palmas que se doblan bajo los chaparrones. Hay serpientes y ranas y pequeños genios tutelares espantadizos. Y el

griterío del vuelo de las cotorras rojas. Ellos remontan hacia el norte y atraviesan por segunda vez los pasos de las montañas, ponen rumbo al este, hacia el mar de China, para llegar a Tourane y después a Hanói, donde los dos antropólogos, el católico y el agnóstico, entregan sus respectivos informes al obispo y al gobernador. Yersin numera con tinta, escribiendo con la pluma directamente sobre el hueso, los cráneos de enemigos que les han ofrecido los sedangs y los dientes de elefante recolectados durante la misión. Llena cajas con bagatelas etnológicas para el Museo del Hombre en París.

Todo eso es como firmar el diario de a bordo en la cámara de oficiales, antes de bajar a tierra. Para Yersin esta actividad no es muy diferente de la navegación, aunque sí más excitante. No parece dar prueba de cansancio alguno. Se apresta a regresar a Nha Trang en la línea de las Mensajerías Marítimas.

Pero la larga marcha ha terminado también para él. Todo eso se acabó. Las horas bajo la lluvia, sobre la silla del caballo. Los croquis de los perfiles montañosos. El olor a estiércol y a cuero mojado. Las carnes en el fuego de los campamentos y los ladridos de los perros al aproximarse a las aldeas. Él todavía no lo sabe. Nunca más emprenderá exploraciones. Un telegrama de Calmette le espera donde el gobernador general, quien le explica que hay otros telegramas aguardándole en Saigón. Roux y Pasteur le piden que se dirija lo más rápido posible a Hong Kong. Se trata de la gran historia de la peste. Yersin cierra su último cuaderno de explorador, cuya tinta todavía está fresca y húmeda.

La vieja mano temblorosa y con el pulgar amputado cierra el último cuaderno de explorador, cuya tinta está seca y desvaída. El estilo también ha envejecido. Ahora es algo así como el de Vidal de la Blanche, el clásico de la geografía francesa. Yersin lleva gafas delante de sus ojos azules deslavados. Regresa al presente de Nha Trang, al presente del verano del 40. Yersin se encierra entre las arcadas de la gran casa cuadrada que ha reemplazado a su casucha de madera. El gran cubo racional. Con sus tres niveles de cien metros cuadrados cada uno y la escalera que lleva a la azotea y al observatorio astronómico. El doctor Nam tiene setenta y siete años. Durante dos meses, desde que regresó de Europa a bordo de la pequeña ballena blanca, ha releído sus cuadernos, por orden. Ha sido como estar todavía allí, en la jungla o en los dominios de los sedangs. Hoy sus piernas ya no le sostienen. Llega la noche. Él está sentado en su mecedora, bajo la veranda, delante de ese vasto mar que sirve de consuelo a nuestros trabajos.

Desde hace dos meses, la lectura de los viejos cuadernos le sustrae del presente de la Historia. Las frases sobre el combate con Thouk han despertado el recuerdo del dolor fulgurante, de la espera de la muerte tirado bajo los árboles, del resplandor de las llamas contra la fronda. Ha abierto su camisa para observar la cicatriz, para convencerse de que efectivamente todo eso le sucedió. Ya no tiene el coraje ni las ganas de escribir sus memorias. Él es y será el único que sabe todo eso, el único que

lo recuerda aún. Poco importa. Más que las pocas obras que ha publicado, será la inmensa correspondencia con Fanny y Émilie la que hable de su vida. Ellas no han perdido ni una carta. Esas cartas, escritas de un tirón, sin una tachadura y firmadas siempre con el apellido *Yersin*, sin el nombre del padre, y a veces irónicamente como *Dr. Nam*, serán encontradas en el cajón de un velador, a la muerte de su hermana. Pero hoy, en este verano del 40, Yersin no puede saberlo y piensa que su vida se borra. Cada noche escucha las radios del mundo en onda corta. Estamos en el verano del 40 y el mundo se viene abajo.

El régimen de Vichy nombra para el puesto de gobernador general de Indochina al almirante Decoux, que mandaba la flota francesa de Extremo Oriente. Aquí, como en la metrópoli, está prohibido escuchar la radio inglesa. Yersin va a estar incómodo. Sabe que los jóvenes han acudido a la llamada lanzada por ese curioso general de dos metros de alto que se alojaba antes de la guerra en el Lutetia. Escucha la radio alemana, con su propaganda y sus gritos de victoria. Otra vez una guerra con Alemania y de nuevo Alemania será derrotada, después de millones de muertos, como el clarividente Rimbaud había previsto a los quince años de edad, tras la batalla de Sedán y la caída del Segundo Imperio. Los nazis deberían haber leído al joven profeta que escribía que «una administración de hierro y locura va a acuartelar a la sociedad alemana, al pensamiento alemán, ¡y todo eso para terminar aplastada por una alianza!».

Cinco días después del llamamiento lanzado por el general desde Londres, el dictador de negro y gris que imita tan bien a Chaplin aterriza en Le Bourget. A las cinco de la mañana de un domingo. El viaje del Führer estaba previsto desde antes incluso de la ofensiva y ésa es la razón de que los Stukas de Göring respetaran la pista de Le Bourget y dejaran partir a la pequeña ballena blanca del último vuelo de Air France. En la radio, el locutor alemán describe con entusiasmo la partida de los tres mercedes descapotables, que llegan a París bajo la suave luz del alba de un día de junio, seguidos por una horda de fotógrafos y cineastas. El dictador de negro y gris va acompañado de su arquitecto, Albert Speer. Quiere hacerlo en Berlín todavía mejor que en París. Visita a la carrera la Ópera, la Madeleine, la Concorde, los Campos Elíseos, la torre Eiffel, Trocadéro. Ve París por primera vez, él, que proclamaba en *Mein Kampf* su talento para la pintura, «que sólo sobrepasa mi talento de dibujante, particularmente en el dominio de la arquitectura».

Ese entusiasmo estomagante no es el que va a reconciliar a Yersin con todas esas nimiedades de la pintura y la literatura. Es como si esos dos, Hitler y Göring, condujeran la guerra mundial con el único objetivo de enriquecer sus colecciones de pintura y disputarse los cuadros entre sí. Yersin se pregunta qué habría sido de Louis Pasteur si de joven, en lugar de químico, se hubiera convertido en pintor de retratos, un proyecto que había alimentado en su lejana región del Jura. Pasteur el artista, que seguiría enseñando en la Escuela de Bellas Artes de París, en medio de sus

investigaciones científicas.

Cuando los primeros alemanes se presentan en el Instituto, en el verano del 40, poco después de la última partida de Yersin, piden visitar la cripta donde reposa Pasteur. El viejo portero, Joseph Meister, el primer hombre curado de rabia, les prohíbe el paso. Los soldados le empujan a un lado. Los oficiales penetran en la cripta. El viejo alsaciano se suicida en su cuarto con la pistola que le dieron en la guerra del 14.

Yersin escucha en la radio alemana que la bandera de la cruz gamada ondea sobre la azotea del Lutetia, justo encima de la habitación que hace esquina en el sexto piso. El hotel se convierte en la sede de la Abwehr, el servicio de espionaje del ejército. Sentados en torno al piano, los oficiales de negro y gris agotan las reservas de coñac. Después de la batalla de Francia viene la guerra con Inglaterra, machacada por los aviones de Göring, el otro amante de la pintura que, a espaldas de Hitler, envía dotaciones para que recojan en las ciudades ocupadas las obras localizadas por sus propios equipos de historiadores del arte.

Dos meses después de la visita de Hitler a París, Trotski es asesinado el 20 de agosto en su refugio de México por los hombres de Stalin, el aliado de Hitler que es aliado de los japoneses. Todas las piezas de un rompecabezas de dimensión planetaria ocupan su lugar. Y diez días más tarde, el 30 de agosto, las tropas japonesas desembarcan en Tonkin y ocupan Haiphong y Hanói. Los oficiales colocan sus sables sobre las mesas bajas del Hotel Metropole y agotan las reservas de coñac. Indochina es invadida. Sentado en su mecedora, delante del mar, Yersin espera a que los oficiales de la Kampetai vengan a instalarse en su casa y hagan de la gran casa cuadrada su comandancia en Nha Trang. Buscarán en vano una botella de coñac.

Estas querellas entre Yersin y los japoneses son ya viejas.

EN HONG KONG

El anciano que cierra su viejo cuaderno vuelve a verse a sí mismo vestido de explorador a su regreso del país de los sedangs, con la chaqueta de tela verde y el tahalí de sus instrumentos. Yersin se despide del padre Guerlach. Tiene treinta y un años de edad. Baja hasta Saigón, lee el telegrama de Roux, a quien no ha vuelto a ver desde su conferencia en la Sociedad Geográfica. Los telegramas. Eso es porque Roux y Pasteur son fulminantes. Y bombardean a las autoridades con sus mensajes. Los pasteurianos consideran a Yersin uno de los suyos, siempre en la reserva de la ciencia. Enviaron mensajeros a Nha Trang, donde supieron que Yersin estaba en el monte. El monte, dice Roux con irritación, encogiéndose de hombros.

Faltan veinte años para la Primera Guerra Mundial, pero ya la batalla científica es también política y las alianzas son las mismas. Una epidemia de peste en China se extiende hacia Tonkin y llega a Hong Kong en mayo. El terror a su guadaña se levanta sobre el horizonte y enseguida llega la hecatombe, el pánico entre los ingleses de Kowloon, entre los franceses de Haiphong y en todos los puertos que mantienen relaciones comerciales con China.

En la época en que los desplazamientos eran a pie, a caballo, en carros de bueyes de ruedas chirriantes o en barcos de vela, la peste avanzaba al paso, llevándose su cosecha por delante. Veinticinco millones de muertos en Europa en el siglo XIV. Los médicos, vestidos con togas, usaban máscaras blancas con un largo pico de ave relleno de hierbas aromáticas para filtrar los miasmas. El terror es proporcional a la aceleración de los medios de transporte. La peste estaba esperando por el vapor, la electricidad, los ferrocarriles y los grandes navíos de casco de hierro. Con el gran terror negro, ya no se trata de la hoz y su silbido sobre los tallos, sino del petardeo de la segadora-trilladora lanzada a todo ritmo en medio del trigo. No hay terapia. La peste es imprevisible y mortal, contagiosa e irracional. Siembra la desgracia y la muerte, extiende por el mundo el jugo negro o amarillo de los bubones que abre en los cuerpos. La descripción médica de entonces se puede encontrar en el tratado de enfermedades infecciosas del profesor Griesinger, de la Universidad de Berlín, citado por Mollaret, aparecido veinte años antes y en el cual se menciona que la peste proviene de «poblaciones miserables, ignorantes, desaseadas y bárbaras hasta extremos increíbles».

En Saigón, Yersin pide prestado un poco de material médico, que guarda con precaución en un baúl, probetas, láminas y una autoclave para esterilizarlas. Regresa a Hanói y se reúne con el doctor Lefèvre, médico de la Misión Pavie que acompañará al explorador desde Laos hasta Muang Sing con el fin de delimitar la frontera china.

Lefèvre es un político y no le oculta, querido colega, que la partida con los ingleses no será sencilla. Desde Bombay hasta Hong Kong, el dominio británico, el Raj, como se le llama, dispondría de un inmenso territorio ininterrumpido si no fuera por esa insoportable espina de la Indochina francesa. Por esa razón, los ingleses recurren a los médicos japoneses, que es lo mismo que decir alemanes, moviendo al Instituto Koch contra el Instituto Pasteur.

Sin embargo, añade Lefèvre, hay un italiano francófilo, el padre Vigano, un honorable académico, antiguo oficial de artillería condecorado en la batalla de Solferino antes de vestir hábito, un topo católico entre los protestantes, dice sonriente Lefèvre, pero que está dispuesto a ayudar a la Tercera República en agradecimiento al Segundo Imperio por haber unificado Italia. Para la mentalidad de Yersin eso es algo más extravagante que la vida de los mois. El suizo y el italiano son llamados al servicio de Francia. Yersin desembarca en Hong Kong a mediados de junio y acude al hospital de Kennedy Town, que dirige el doctor Lawson.

Desde su llegada al puerto, bajo una lluvia torrencial, ha visto cadáveres de apestados por las calles, entre los charcos, en medio de los jardines, a bordo de juncos fondeados. Los soldados británicos se llevan a los enfermos a la fuerza y vacían sus casas, lo amontonan todo y lo queman, echan cal y ácido sulfúrico, levantan muros de ladrillos rojos para impedir el paso a los barrios infestados. Yersin toma fotografías, escribe durante la noche sus primeras visiones de ese infierno bajo el cielo gris y el diluvio de los aguaceros. Los hospitales inundados se colman en vano. En una antigua fábrica de cristales o en un matadero en construcción, en chozas de paja requisadas, Lawson abre por aquí y por allá lazaretos que se tornan morideros. Allí se echan sobre el suelo esteras que acabarán quemadas junto con sus ocupantes. La muerte llega en pocos días. A través de las cortinas de lluvia cálida de la borrasca, ruedan al paso las carretas cargadas de cadáveres apilados. «Me he fijado en que hay muchas ratas muertas que yacen en el suelo». La primera nota garrapateada por Yersin esa misma noche se refiere a las cloacas desbordadas y a las ratas en descomposición. Desde Camus es algo evidente, pero entonces no lo era. He ahí lo que Camus le debe a Yersin cuando escribe su novela justo cuatro años después de la muerte de éste.

Por telegrama y con cuidado diplomático, el gobernador inglés, Sir Robinson, ha autorizado a Yersin a estudiar la peste en Hong Kong. Pero la mala voluntad de los ingleses es evidente y todavía peor la de los japoneses, la del equipo de Shibasaburo Kitasato, que pretende reservarse las autopsias. Kitasato y su asistente Aoyama han seguido el curso de Koch. Kitasato y Yersin llegaron a Alemania el mismo año, Yersin a Marburgo y Kitasato a Berlín, donde permaneció siete años al lado del descubridor del bacilo de la tuberculosis. Cuando el doctor Lawson les presenta a Yersin, que se dirige a ellos en alemán, se parten de risa sin responderle: «Parece que durante el tiempo transcurrido desde que estuve en Alemania he olvidado un poco la

lengua porque, en lugar de responderme, se han reído entre ellos».

Kitasato no puede ignorar el nombre de Yersin y su descubrimiento, junto con Roux, de la toxina diftérica. Kitasato comparte con el lama Koch una total hostilidad hacia Pasteur y sus institutos. Hay que comprender también, en esta competición, que son conscientes de que esta vez es la de verdad. El microbio de la peste, si es que es un microbio, va a ser descubierto: no tiene escapatoria. Y nunca volverá a presentarse en la historia de la Humanidad la ocasión de haber sido el vencedor de la peste. En varias semanas de devastación hay varios miles de cadáveres más que estudiar. La única oportunidad para el microbio sería una parada brutal y misteriosa de la epidemia. Yersin y Kitasato saben bien que deben su estancia allí a Koch y a Pasteur, dos genios tan absolutos como Galileo. Ambos saben que son enanos encaramados a hombros de dos gigantes. Kitasato tiene la ventaja sobre el terreno. Ningún cadáver será puesto a disposición de Yersin.

Éste podría darse por vencido y regresar al mar. Pero el padre Vigano es un adepto a esos métodos vaticanos un tanto pícaros que un austero protestante de Vaud normalmente reprueba. Hace construir para Yersin, en dos días, una choza de bambú recubierta de paja, cerca del Alice Memorial Hospital. Ahí la tiene, como residencia y como un laboratorio en el que instala una cama de campaña, abre su baúl y coloca el microscopio y las probetas. Vigano unta a los soldados ingleses encargados de la morgue del hospital, en la que se apilan los cadáveres a la espera de la hoguera o del cementerio, y les compra algunos. Yersin tira de bisturí. «Ya están metidos en sus féretros y cubiertos de cal, yo retiro un poco de cal para descubrir la zona crural». Yersin vuelve a sentir el regocijo parisino de las probetas, como volar cometas. «El bubón está muy definido. Lo extraigo en menos de un minuto y lo subo a mi laboratorio. Hago rápidamente una preparación y la pongo bajo el microscopio. Identifico a primera vista un verdadero puré de microbios, todos parecidos. Son pequeños bastoncillos rechonchos con las extremidades redondeadas».

Todo está dicho. No hay ninguna necesidad de escribir un libro de memorias. Yersin es el primer hombre que observa el bacilo de la peste, como Pasteur había sido el primero en observar los de la pebrina del gusano de seda, el carbunco de las ovejas, el cólera de las aves o la rabia de los perros. En una semana, Yersin redacta un artículo que aparecerá en septiembre en los *Annales de l'Institut Pasteur*.

Kitasato, que tomaba muestras en los órganos y en la sangre, despreciando los bubones, describe el neumococo de una infección colateral al que toma por el microbio. Sin la casualidad y la suerte, el genio no es nada. El agnóstico Yersin está bendecido por los dioses. Como mostrarán los estudios posteriores, Kitasato disfruta de un auténtico laboratorio de hospital y de una estufa regulada a la temperatura del cuerpo humano, temperatura en la que proliferan los neumococos, mientras que el bacilo de la peste se desarrolla mejor en torno a los veintiocho grados, temperatura media en Hong Kong en esa temporada, y temperatura en la que Yersin, privado de

estufa, lleva a cabo sus observaciones.

Yersin, al mismo tiempo que envía sus resultados a París, se los entrega a Lawson, quien se apresura a comunicarlos a los japoneses. Yersin se queja, pero no se fustiga por ello. «Debería haber sido más reservado. Ha sido él quien, después de haber visto mis preparados, ha aconsejado a los japoneses que buscaran el microbio en el bubón. Él mismo me ha asegurado, así como otras muchas personas, que el microbio aislado al principio por los japoneses no se parecía en absoluto al mío». Kitasato se atribuye el éxito y lanza una polémica científica y política. Pero se presentan las pruebas y Yersin, que nunca conoció a su padre y nunca será padre, ve al menos cómo se le atribuye la paternidad definitiva del descubrimiento:

Yersinia pestis.

Sigue encerrado todavía durante dos meses en la choza. Inclinado sobre las ratas muertas, establece su papel en la propagación de la epidemia. Siguiendo el ejemplo de Pasteur en Beauce durante la investigación del carbunco, toma muestras de tierra en el barrio contaminado de Taypingshang y se las describe a Calmette. «Usted sabe que buscar un microbio en el suelo no es cosa fácil y que, incluso si no se lo encuentra, tampoco se puede concluir definitivamente que no esté ahí. Emprendo pues esta tarea con la íntima convicción de que no encontraré nada». Prepara la tierra negra diluida y siembra tubos con agaragar en el que remoja un hilo de platino. «Y bien, figúrese que he obtenido en los dos tubos numerosas colonias de peste y ningún otro tipo de microbio».

Ahora los ingleses quieren conservarle, a título de agente sanitario. Los japoneses se han ido. Está claro que los muros de ladrillos rojos a la entrada de las calles, si bien bloquean a los chinos, dejan pasar al bicho. Pero Yersin decide abandonar Hong Kong. Escribe al gobernador general de Hanói. «Considero que el objetivo de mi misión en Hong Kong está conseguido, dado que he podido aislar el microbio de la peste, hacer los primeros estudios sobre sus propiedades fisiológicas y enviar a París un material de trabajo suficiente». A mediados del mes de agosto se despide en el puerto del buen monje-soldado Vigano y regresa a Saigón para escribir su informe de la misión, como hacía con el de las exploraciones, y para devolver el material prestado. Yersin consigna en un cuaderno sus conclusiones: «La peste es pues una enfermedad contagiosa e inoculable. Es probable que las ratas constituyan su principal vehículo, pero he constatado que también las moscas contraen la enfermedad».

En dos meses Hong Kong y la gran historia de la peste están listos. Él tiene otra idea. Yersin siempre está apremiado. Es como si hubiera identificado el bacilo de la peste para darle gusto a la pequeña banda de los pasteurianos, así, en dos patadas, ustedes pueden rematar la faena, que yo tengo cosas mejores que hacer; comparte sin reservas sus muestras del bacilo, que envía aquí y allá para ir más deprisa en la

obtención de la vacuna, y escribe a Calmette: «No me cabe duda de que usted y Roux llegarán pronto a obtener resultados».

Para él se han terminado tanto las exploraciones como las navegaciones. Quiere fijar su base en Nha Trang, criar ovejas o dedicarse a la agricultura, la verdadera vida, una realidad rugosa a la que agarrarse. No volverá a la vida monótona de los marinos y ya no tiene edad para ser explorador ni para combatir con Thouk. Además, ha recuperado el gusto por la investigación, por las probetas y los microscopios, sus cometas. Para todo eso hace falta conseguir algunos fondos, mendigar cuatro perras, y su renombre puede avalarle delante de las autoridades. Para impresionarlos, tal vez cite a Molière y la réplica de La Flèche.

La peste se lleve a la avaricia y a los avariciosos^[7].

EN NHA TRANG

A su regreso, Yersin emprende la creación de un modesto centro de estudios de epizootias, las enfermedades contagiosas animales, imagina cómo serán las construcciones y la crianza. Una misión gubernamental le asigna cinco mil piastras, con ellas equipa un pequeño laboratorio de medicina veterinaria. Pretende llevar a cabo las investigaciones él solo y a su ritmo. Comienza junto a la casucha de madera de la Punta de los Pescadores, Xom Con, cerca de la arena y de la oscilación de los cocoteros, frente a la escollera donde por la mañana los pescadores abren a machetazos el interior magenta de los grandes pescados azules y los evisceran al borde del agua.

Yersin quisiera no moverse más, alimentar en sus jaulas de bambú a ratones, cobayas, monos y conejos, los animales para sus experimentos. No tiene espacio para los búfalos y para otros bovinos. Está demasiado cerca del mar. En la época de los monzones, con sus palmeras desgredadas, la punta a veces se inunda. Yersin busca un lugar más seguro donde levantar los establos y las caballerizas. Ninguna carretera lleva tierra adentro. Remonta en piragua el río Cai, que desemboca allí en el mar, y adquiere la antigua ciudadela de Khanh Hoa, a una docena de kilómetros, en la que instala una veintena de caballos y otros tantos bueyes y búfalos. Le falta un veterinario.

Yersin contrata en Nha Trang a hijos de pescadores, a los que convertirá en los ayudantes de laboratorio de su pequeño establecimiento. Con ayuda de Calmette consigue el material y la cristalería y los desembarca con cuidado del *Saigon* durante la escala del barco, llevándolos a tierra en botes; también revistas científicas y su nueva bicicleta Peugeot, encargada al ingeniero artesano en Francia. Por la mañana, en la terraza, traza los planos, por la tarde supervisa los trabajos de construcción del laboratorio y, por la noche, escribe en su casucha su libro *En los dominios de los mois*, del que hará imprimir quince ejemplares por cuenta del autor. Yersin nunca ha buscado honores y nunca los ha rechazado. Por consejo de Calmette, recluta a un veterinario militar, Pesas, que llega de Saigón y que muy pronto caerá en el campo del honor de la microbiología.

A Yersin le gustaría quedarse aquí, en la Punta de los Pescadores, delante de las aguas brillantes de la bahía y de los bosquecillos de arecas en los que se enredan las lianas de betel, con los cocoteros, los niños, las redes que las mujeres zurcen en la playa y, al anochecer, el vuelo de los murciélagos, lejos de la furia de las ciudades epilépticas, en medio de la verdadera vida. A veces, durante la noche, se acuerda del capitán Flotte, a quien a fin de cuentas debe todo esto: Nha Trang y las exploraciones

y el renombre. «Aunque las cintas de las condecoraciones me sean en general por completo indiferentes, estoy muy contento de haber obtenido la Legión de Honor, pues va a facilitarme muchas cosas». También aquí, como en la demografía y en la esperanza de vida, conviene evitar todo anacronismo. Entonces no se daba esa condecoración a los futbolistas.

En ese año, un joven oficial de caballería, Hubert Lyautey, un heredero de la pequeña banda de los saharianos y del capitán Rimbaud, que acaba de pasar dos años en Argelia, donde se mostró un tanto crítico con el sistema colonial, viene a visitar al sabio Yersin en su retiro. De su encuentro en la casucha de madera da cuenta Noël Bernard, el primer biógrafo de Yersin. Están hechos los dos de la misma pasta.

Lyautey, que regresa de una misión en Madagascar, admira el espíritu emprendedor del pasteuriano, quien como descubridor del bacilo de la peste bien podría estar brillando en los salones de París. Visita los establos, las caballerizas y el pequeño laboratorio al borde del agua. «Naturalmente comenzó sin recursos, se procuró por su cuenta veinte caballos a quince piastras cada uno, así como animales para la vacuna, se asoció a un veterinario, Pesas, al que adiestró y entusiasmó, y ahí está, en marcha. Uno pasa horas reconfortantes en este establecimiento, todavía tan rudimentario, con este joven sabio sin aspiraciones personales, únicamente poseído por su obra».

Hace varios meses que París vive el caso Dreyfus. De igual modo que antaño se acusaba a los judíos de propagar la peste, hoy son sospechosos de haber propiciado la derrota y traicionado a Francia. Yersin lamenta la falta de información. «Tú me pides mi opinión sobre el caso Dreyfus, pero no puedo dártela porque nadie conoce los detalles del proceso. Es probable que si los generales no han querido divulgarla sea porque su divulgación presentaba graves inconvenientes». Lyautey es de los que de entrada presuponen la inocencia del capitán. Se ha arriesgado a expresar por escrito sus dudas sobre la sentencia del tribunal militar. «Lo que viene a unirse a nuestro escepticismo es que nos parece distinguir en ella una presión de la llamada opinión pública o mejor de la calle, de la turba». Ambos comparten la animadversión hacia la opinión pública y la vulgaridad, hacia la jauría. «Aúllan pidiendo la muerte de este judío porque es judío y porque hoy el antisemitismo es lo que se impone». Pero quien defiende al judío es un marica. Como la historia del ciego y el paralítico. Eso le valdrá a Lyautey una involuntaria presentación en sociedad y una frase de Clemenceau, también él sin embargo dreyfusista defensor de la inocencia del capitán, fingiendo admirar su coraje: «He aquí a un hombre admirable, corajudo, que siempre ha tenido los cojones pegados al culo, incluso cuando no eran los suyos». La vida política era todavía cosa de los más viriles y los discursos en el Parlamento a veces acababan al alba, sobre un prado. Yersin sabe que haga lo que haga no le resultará fácil alejarse de toda esa porquería de la política.

EN MADAGASCAR

No es ésta una vida de no moverse.

Yersin tenía veintisiete años cuando escribió en París esa frase rimbaudiana, ese alejandrino, al final de una carta a Fanny. Bien se ha movido. Ahora tiene treinta y dos. Una vez más se trata de un telegrama, que le ha llegado al hacer escala el *Saigon* y cuyo papel azul despliega Yersin en su casucha de madera, quizá empezando a maldecir el invento. Le ruegan «salir lo antes posible hacia Diego Suárez, para estudiar el microbio de la fiebre biliosa». La República le envía en misión y el vapor le saca de Nha Trang rumbo a Saigón.

Su situación financiera ha mejorado. Luce un traje color hueso de buen corte, lleva consigo a un joven de quien resulta difícil definir no ya sus funciones sino el nombre que les atribuye: ayudante de laboratorio, secretario o asistente. En adelante, Yersin se hará acompañar en todos sus viajes, uno tras otro, por un reducido número de aquéllos a quienes llama mis servidores annamitas: la pequeña banda de Yersin, los hijos de pescadores a los que él ha convertido en técnicos auxiliares de laboratorio y también en mecánicos de sus aparatos y, muy pronto, de sus automóviles. Delante del Arsenal, los dos hombres se embarcan, en primera, en la línea de las Mensajerías Marítimas rumbo a Aden.

Esta vez, Yersin desembarca en Yemen. El cónsul de Francia le transmite durante su escala las instrucciones del ministerio. Yersin descubre el infernal caldero de la antigua provincia romana de la Arabia Pétreá, justo en el límite del gran erg, esa inmensidad arenosa del desierto de Rub al-Jali, con su sol abrasador: «Los alrededores son un desierto de arena absolutamente árido. Pero aquí las paredes del cráter impiden entrar el aire y nos asamos en lo hondo de este agujero como en un horno de cal». Yersin es recibido en las casas de los blancos vestido de blanco como una vedette, como un heraldo de la modernidad. Le invitan a la terraza del Grand Hotel de l'Universe, en Steamer Point, cerca de la casa del negociante Bradey en la que se enriqueció el poeta muerto cuatro años antes, de quien aún se cuenta allí la leyenda de los ocho kilos de oro que llevaba en la cintura y que lastraban su paso. Sin duda, Yersin nunca llegará a ser tan rico como Rimbaud.

Después de Arabia es el turno de África y los dos hombres se toman su tiempo. Cabe imaginar que el sirviente no se siente decepcionado con el viaje. Son como el inspector Fix y Phileas Fogg. Muy *posh*. Yersin llega a Egipto y va a ver las pirámides y los templos, remonta en falúa las aguas verdes del Nilo, sabe que Livingstone murió en Tanganika al ir a buscar allí sus fuentes. Se embarca hacia Zanzíbar y después hacia La Reunión, donde se detiene, se informa sobre su

agricultura, sobre las flores y la canela, y todo eso está ahí delante de él como en los versos de Baudelaire: bajo la tutela invisible de un ángel^[8]. El niño desheredado se emborracha de sol. Y en un lento descenso del océano Índico, a través de la línea del ecuador, el navío va deslizándose sobre dorados reflejos de moaré por el canal de Mozambique, entre las Comoras y Madagascar. Después de tres meses de peregrinaje, los dos hombres se instalan en Nossi-Be. Se quedan en la isla «en lugar de ir a Majunga porque en Majunga como en Nossi-Be no hay fiebre biliosa y Nossi-Be es infinitamente más grata para vivir». Yersin ama estar a orillas del mar.

Sentado en una mecedora bajo una veranda, apaga su sed con un vaso de agua fresca pasada por un filtro Chamberland o con una limonada, en este país sin invierno ni verano, donde la primavera y el verdor son perpetuos, y la existencia, libre y gratuita. Está convencido de que se desplaza para nada, pero acata la orden, recorre un poco la región, toma muestras, prepara el microscopio y las jeringas, estudia la vegetación y la arboricultura, descubre árboles singulares y frutos sabrosos. Por primera vez tiene delante un árbol de la goma, el jebe.

Yersin hace rodar entre las palmas de sus manos una bola viscosa de látex, la atraviesa con el dedo, la estira y modela una corona: un neumático para su bicicleta Peugeot. Admira la intuición y el ingenio del inventor del neumático. Está seguro de que el nombre de Dunlop quedará más claramente inscrito en la memoria de los hombres que el del descubridor del bacilo de la peste. Porque la peste va a desaparecer y los neumáticos proliferarán. Puede que no imagine, sin embargo, que en un siglo los ingenios con neumáticos, las bicis y luego los autos, las motos, los camiones y los aviones, provocarán tantas muertes violentas como el gran terror negro.

Su misión en Madagascar es más política que científica, Yersin no se engaña. Es la gran historia de la colonización. Lo que se le encarga difundir es la imagen de Francia, tal y como se enviará a Lyautey a difundirla en Marruecos. En las detenciones en comisaría se suceden el policía bueno y el malo, así que si la presencia de Yersin no basta para convencer a los malgaches, se les enviará a Gallieni.

Y como los malgaches ponen mala cara, mandan a Gallieni^[9].

LA VACUNA

En cuanto a Yersin, ese verano se le hace regresar a París. Han pasado cinco años desde su partida. Un año desde su estancia en Hong Kong y su famoso descubrimiento. El gobierno de la República le pide que vuelva al Instituto Pasteur y se haga cargo de su jodido bacilo. Las autoridades comienzan a tener pesadillas cada noche con la peste adormecida en frascos de cristal en pleno corazón de París. Porque después de un año de cultivar y mimar a su jodido bacilo, apenas se ha avanzado. Para decir la verdad, sólo dan vueltas al asunto. ¿Por qué continuar cultivando en frágiles frascos nuevas proliferaciones de esa bomba bacteriológica que —por torpeza de un ayudante de laboratorio o por obra de un desequilibrado, de un investigador irritado o cabrón, o de un comando terrorista japonés o alemán— es susceptible de propagar la plaga y de resucitar en el distrito quince el gran terror negro, exterminando a la población de la capital?

Yersin se instala en el Instituto, dado que el Lutetia todavía no ha sido construido. A qué estarán esperando esos Boucicaud... «Me alojo de nuevo en el Instituto Pasteur, de lo que estoy muy contento porque me permitirá realizar más fácilmente mi trabajo, y, además, ¡estoy tan acostumbrado a ese lugar!» Se pone a la tarea junto con Roux y Calmette, promete a Fanny que pasará por la Casa de las Higueras cualquier día para verla.

Se había llamado al domador y resulta que lo que éste se encuentra en la calle Dutot es una fiera anémica, al borde de la depresión, sentada en pijama todo el día, mal afeitada y fumando pitillo tras pitillo. «Necesito devolver la virulencia a mi microbio, que ha estado un poco abandonado en mi ausencia. Después sembraré un buen número de matraces para preparar la toxina. Mientras ésta se forma sobre la estufa espero poder hacer una breve aparición en Morges». El saloncito floreado no podrá dar cabida a toda la prensa. El renombre de Yersin en este momento es mundial.

Como todo el mundo sabe, en el interior de una gallina hace calor. Cuarenta y dos grados. Mucho más caliente que el interior de una oveja, protegida por su lanita.

Pasteur, a base de enfilar el termómetro aquí y allá, por cloacas y anos, fue el primero en constatar que la temperatura elevada de ciertas aves impide a los virus desarrollarse en ellas. Si se le inocular el carbunco de la oveja a una gallina, a ella le da lo mismo y se ríe. Le hace cosquillas. Si se la introduce en una bañera de agua fría, deja de hacerse la lista y muere de carbunco. Si a la gallina mojada se la saca a tiempo, contrae la enfermedad pero se cura sola, bate las alas para calentarse mientras insulta al auxiliar de laboratorio. Yersin decide probar con la paloma.

La paloma es algo así como la rata del cielo, una rata a la que se le hubieran atornillado unas alas antes de pintarla de gris. Un ave volátil que no obstante pasa la mayor parte del tiempo en el suelo, con frecuencia cojeando, renqueante sobre sus muñones como un leproso sin muleta. Entre ambas criaturas hay, sin embargo, una notable diferencia: el pájaro, al contrario que el roedor, está naturalmente inmunizado contra la peste.

Yersin hace desfilar todo el circo de fieras de la calle Dutot, de la más pequeña a la más grande. De Molière pasa a La Fontaine, con los animales enfermos de peste, luego, a salto de cabra, al cuento de los hermanos Grimm de los apilados animales músicos de Bremen. Intenta atenuar la virulencia del bacilo con el fin de obtener de un lado una vacuna y del otro un remedio antipestífero. En dos meses y como si fuera tan fácil y bastase con filmarlo todo a cámara rápida delante de su encimera del laboratorio, manipula, toma muestras, calienta, va a mear, se lava las manos, pone inyecciones y garrapatea en sus cuadernos. Yersin en acción, con bata blanca, y los animales del laboratorio cada vez más gordos, aunque no las tienen todas consigo, pues cada vez les clavan jeringas más grandes. El látigo del domador restalla en medio de la pista y cada bestia sube a su taburete para la inyección y pone la nalga.

En cada etapa, el redoble de tambor y el golpe de platillos de la orquesta: ¡Yersin inmuniza al ratón! ¡Yersin inmuniza a la cobaya! ¡Yersin inmuniza al conejo! ¡Yersin inmuniza al caballo! Yersin no tiene elefantes a mano. Da una palmada sobre la grupa del caballo, apártenmelo, saca una estilográfica, desenrosca el capuchón y redacta para los *Annales de l'Institut Pasteur*, junto con Calmette, *La peste bubónica, segunda nota*: «Estos experimentos de seroterapia merecen, pues, ser continuados. Si los resultados obtenidos en animales siguen siendo satisfactorios, habrá lugar para intentar aplicar el mismo método a la prevención y al tratamiento de la peste en los humanos». Vuelve a enroscar el capuchón, se quita la bata blanca, tiende la hoja a Roux, listo, y anuncia su partida, ahí les dejo el fregado. Roux presenta la vacuna de la peste a un viejo Pasteur ataviado con levita negra y corbata de pajarita, ya lisiado, y los dos hombres, al levantar los ojos del microscopio, saben que han tenido razón, que si Yersin les pidiera una carta de recomendación para construir un cohete para la luna, ellos le tomarían prestada la estilográfica y desenroscarían su capuchón.

Yersin está ya impaciente por regresar al mar, pero multiplica las gestiones: ante el Ministerio de Asuntos Extranjeros y ante el de las Colonias, también ante la Sociedad Geográfica. Quiere instalar en Nha Trang un laboratorio idóneo para preparar el suero en grandes cantidades y donde proseguir sus experimentos con monos antes de pasar a humanos. «Me tienen un poco de envidia, cosa que me es absolutamente indiferente».

A primeros de agosto está a bordo del *Melbourne*, que enfila hacia Asia a dieciséis nudos por hora. Yersin consigna el récord en un cuaderno. Durante esta travesía de Marsella a Saigón, vigila los frascos de bacilos depositados en la farmacia

de su colega de las Mensajerías. En París los ministros duermen como bebés, ahora que se encontró el remedio para el caballo. Pasteur muere en septiembre y se le organiza un funeral de Estado. Su alegría ha sido haber dejado su Instituto en las manos de su pequeña banda, esos jóvenes que hace años que son sus ojos, sus brazos y sus piernas y que continuarán después de él su obra. Roux y Calmette permanecerán al timón durante casi cuarenta años.

Yersin ha embarcado también un nuevo aparato fotográfico, la cámara prismática, un ingenioso sistema de pequeños cuadros despleables que inciden en el paralaje y dan a la copia fotográfica la ilusión de relieve. Toma fotos en cada escala. A su llegada publicará un artículo allá lejos, en la *Revue indochinoise illustrée*, que se imprime en Hanói.

En Colombo compra una pareja de mangostas.

EN CANTÓN

Antes de que los chinos, que se creen que todo les está permitido, se permitieran poner nombres chinos a sus ciudades e incluso a su país, se podía andar por aquí con una china en el zapato sin necesidad de consultar un atlas. Así que es en Guangzhou donde desembarca Yersin.

Es una ciudad de casi dos millones de habitantes, de los cuales la epidemia de peste acaba de matar a ciento cincuenta mil. Yersin trae consigo la vacuna de París y la de los caballos, elaborada por el veterinario Pasas en Nha Trang. Se propone aplicar a los chinos el remedio para el caballo, busca su propio Joseph Meister y encuentra al cónsul de Francia en Cantón (o Guangzhou). No le oculta que la inocuidad de la vacuna no ha sido probada más que con caballos.

El cónsul se rasca la sien. Mire usted, los chinos no tienen una memoria corta, le explica. Aunque han pasado treinta y cinco años desde el saqueo del Palacio de Verano por Francia e Inglaterra, treinta y cinco años desde que esas dos naciones ganaron la segunda guerra del opio y obligaron a China a abrir las puertas al comercio en sus fumaderos, tanto los franceses como los ingleses son apenas tolerados y están confinados en determinados barrios. Sería de mal gusto que un narizón viniera a aplicar a algunos enfermos la eutanasia a jeringazos. El cónsul de rasca la sien. Felicita a Yersin por su descubrimiento y por su notoriedad, que ha llegado hasta aquí, pero le previene de que se la está buscando al correr ese riesgo y le recuerda, en el anticuado lenguaje diplomático, que la roca Tarpeya está muy cerca del Capitolio.

Si Yersin fuera católico le habrían hecho santo, canonizado en el acto como vencedor de la peste, a tal punto parece ser esta historia de inspiración sobrenatural.

La historia se basa, no obstante, en tres testimonios concordantes e independientes. El del propio Yersin, conservado en el Instituto Pasteur, el del obispo, que sin duda está en los archivos de la Santa Sede, y el del cónsul, guardado en los del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el muelle de Orsay. El diplomático envió su informe a los pocos días: «El viernes 26 de junio, hacia las once, recibí la visita del doctor Yersin, quien me expuso el propósito de su misión y me preguntó si yo creía que podría entrar en los hospitales chinos para apestados y probar allí el suero curativo que había descubierto. No le oculté al doctor que me era imposible autorizarle a intentar los experimentos que pretendía hacer, unos experimentos que, debido a la hostilidad de la población cantonesa contra todo lo que es europeo, podrían resultar muy peligrosos para nuestros residentes. Le propuse al doctor que, antes de abandonar Cantón, fuera conmigo a la misión católica».

Los dos hombres fueron recibidos allí por monseñor Chausse, que precisamente iba a buscar a un médico. Está preocupado por el estado de salud de Tisé, un joven seminarista de dieciocho años que desde hacía algunos días se quejaba de dolores de cabeza y de un fuerte dolor en la ingle. Esa mañana se había presentado la fiebre y el joven estaba en cama. A monseñor le fastidia que, teniendo tan pocos conversos, Dios se lleve a éste vaya usted a saber por qué. Acaba de darle la extremaunción. Ha convencido al joven chino de que, después de los siglos que hace que los jesuitas evangelizan por estos pagos, ha habido tiempo suficiente para que se abra un barrio chino en el jardín del Edén en el que los letreros de las casas de té sean bilingües: mandarín-latín. Reza a su cabecera y espera a que le crezcan las imaginarias alas blancas.

Yersin: «Monseñor Chausse me conduce junto a él a las tres de la tarde: el muchacho chino está soñoliento, no puede tenerse en pie sin sufrir vértigos, manifiesta una lasitud extrema, la fiebre es alta, la lengua está blanca. En la ingle derecha hay una hinchazón muy dolorosa al tacto. Tenemos delante un caso claro de peste y por la virulencia de los primeros síntomas se lo puede clasificar entre los más graves».

El cónsul: «No me opongo a que se lleve a cabo la inoculación del suero contra la peste, a condición de que en cualquier caso la operación tenga lugar sin la presencia de chinos y los detalles sean mantenidos en estricto secreto hasta el completo restablecimiento del enfermo. De suerte que nos evitemos los problemas que podrían surgir si se fracasa».

Yersin: «A las cinco, seis horas después del inicio de la enfermedad, aplico una inyección de 10 cm³ de suero. En ese momento, el enfermo tiene vómitos y delira, signos alarmantes que muestran el rápido avance de la infección. A las seis de la tarde y a las nueve, nuevas inyecciones de 10 cm³ cada una. De las nueve a la medianoche no se produce ningún cambio en el estado del enfermo, que permanece soñoliento y se agita y se queja con frecuencia. La fiebre sigue siendo alta y tiene un poco de diarrea. A partir de medianoche, el enfermo va calmándose y a las seis de la mañana, en el momento en que el padre director viene a recibir noticias del apestado, éste se despierta y dice que se siente curado. La fiebre, en efecto, ha bajado por completo. La lasitud y otros síntomas graves han desaparecido. La región de la ingle ya no le duele al tocarla y la hinchazón casi no se nota. La curación es tan rápida que si varias personas, además de mí, no hubieran visto al paciente la víspera, casi dudaría de haber tratado un auténtico caso de peste. Se entenderá que esta noche, pasada junto a mi primer apestado, ha estado para mí llena de ansiedad. Pero por la mañana, cuando con el día ha llegado el éxito, todo ha quedado olvidado, incluso la fatiga». Yersin es el primer médico que salva a un apestado.

El cónsul y el obispo se comprometen a atestiguar cada uno por su lado la extraordinaria curación. Casi milagrosa, murmura el obispo, en quien la palabra es

digna de fe. Los caminos del Señor son a veces tan oscuros como para que un protestante suizo resucite a un beato chino. Sin embargo, no habrá un San Yersin, cuyos dedo del pie o rótula, a modo de reliquias, sean llevados de rodillas en Morges por una procesión de peregrinos. Por supuesto, a uno le gustaría saber qué fue del joven, tener noticias suyas, escribir una *Vida de Tisé*, el primer hombre salvado de la peste. ¿Se hizo monje católico? ¿Se suicidó, como Joseph Meister, en el momento de la invasión japonesa? No lo sabremos. El cónsul aconseja a Yersin abandonar Cantón e ir a Amoy, hoy diríamos salir de Guangzhou e ir a Xiamén, un modesto puerto dotado de un lazareto para marinos, situado enfrente de Formosa, hoy Taiwán. Marineros, ¿a quién le importan? Si son casi fantasmas. Ya conocemos la frase de Platón.

La vejez de los barcos, como la de los hombres, es una lenta rodada cuesta abajo. Yersin, que está en pleno entusiasmo por su vacuna y no es persona que pierda el tiempo como nosotros en consultar los archivos marítimos, tan novelescos, tan llenos de coincidencias, seguramente no se fija en que junto al muelle de ese puerto de Xiamén está la vieja carcasa de su viejo *Volga*, el bravo navío que en otro tiempo le llevó con una regularidad de péndulo entre Saigón y Manila, y que ha sido desarmado y vendido ese año a precio de chatarra a la China Merchants Company, para terminar transformado aquí en pontón.

En cuanto al *Saigon*, a cuyo puente se sujetaba el capitán Flotte cuando estaba en las últimas, ha encallado ese mismo año, empujado por un tifón contra las arenas de la isla de Paulo Cóndor. Yersin no conoce esas nostalgias marítimas. Él inocula en pocos días su suero contra la peste, absolutamente moderno, a veintitrés enfermos, de los cuales sólo dos, tratados demasiado tarde, sucumben a pesar de todo a la enfermedad. Después, para ningunear a los ingleses, se traslada a Macao, donde están los portugueses. Sabe perfectamente que la noticia de sus exitosas vacunaciones cruzará la bahía.

Que llamen a su amigo Kitasato, que no puede hacer nada.

EN BOMBAY

En cuanto llega a Nha Trang, Yersin le pide a Pasas que acelere la producción de la vacuna y Pasas, erguido sobre sus botas de veterinario militar, le promete apresurarse. Yersin se embarca después rumbo a Marsella y se va a recoger los laureles. Llega a París en noviembre, acompañado de su auxiliar, se encuentra con Roux y Calmette y los cuatro tienen un momento de recogimiento delante de los restos de Louis Pasteur, depositados tras el funeral de Estado al fondo de un panteón en Notre-Dame, a la espera de que la cripta en el Instituto esté lista. Es en el *Bulletin de l'Académie de médecine*, y en unas pocas páginas, donde Yersin pone punto final a la gran historia de la peste. Le habrían dado el Nobel, si el Premio Nobel hubiese existido ya. El primero será concedido cinco años más tarde, pero aún no se sabe. Alfred Nobel muere en diciembre y todo eso está en su testamento.

Después de un mes por mar y tres semanas en tierra, ahí están, en los muelles de Marsella. Una vida a cien por hora, un torbellino. Como Phileas Fogg y su inspector Fix, con los ojos fijos en los relojes de los trenes y los paquebotes, corriendo sobre las pasarelas de abordaje y saltando a los estribos de los vagones. Y uno se asombra de que el viejo Julio Verne, autor de una biografía de Livingstone, no consagre una novela a las trepidantes y rocambolescas aventuras de Yersin, no lo pinte como un héroe positivo susceptible de contribuir al desarrollo moral de los jóvenes lectores. Durante la escala en Colombo, una delegación inglesa, quizá a lomo de elefante, se acerca hasta el puerto acompañada por el marajá local. Un alto oficial sube a bordo del *Melbourne* y pide hablar con Yersin. La peste está en Bombay.

Yersin no dispone en su camarote de suero ni de animales para la vacuna. Esperen, que vuelvo. Cuando desembarca en Nha Trang, veinticuatro yeguas acaban de morir de carbunco. Yersin le pide a Pasas que se concentre en las supervivientes de la manada. «A mi llegada, hemos extraído sangre a las dos que me parecen mejor inmunizadas. Si su suero es bueno, tomaré grandes muestras de sangre y partiré de inmediato para la India».

De inmediato quiere decir, de todas maneras, al cabo de varias semanas y sólo hay un barco cada mes. Producen suero hasta febrero. Yersin se lleva en sus maletas cientos de dosis, cuando harían falta decenas de miles. Durante ese tiempo, Pasas sigue dándose prisa, quizá demasiada. Como en todos los oficios de precisión, el riesgo está en la rutina. Él está en misa y repicando, corriendo del laboratorio a la casa de fieras, que es una locura. Los monos haciendo travesuras, las yeguas caprichosas que dan una coz y vuelcan los cubos, las mangostas que chapotean en sus comederos y los derraman. Yersin está en el mar y Pasas es víctima de un accidente

de laboratorio.

A la oficina de las Mensajerías Marítimas de Colombo le llega el telegrama que le anuncia la muerte de Pesas por contaminación. Yersin está ya en ruta hacia el estado indio de Tamil Nadu, llega a Madrás y atraviesa en tren el subcontinente rumbo a Bombay. En marzo instala su cuartel en el consulado de Francia, vacuna a la comunidad francesa y cura de propina a la hija del encargado de negocios, ya afectada por la enfermedad. Los inconvenientes comienzan con los ingleses.

Bombay es un gran puerto de ochocientos mil habitantes cuyo tráfico con Londres es de una importancia vital. Los imperios coloniales se disputan las fronteras por todo el planeta y sus tropas están cara a cara. Es el Gran Juego que describe Conolly. Un año antes, en Muang Sing, los franceses han obligado a los ingleses a abandonar el norte de Laos y a cruzar el Mekong hacia el oeste. Dentro de un año, éstos se tomarán la revancha en Fachoda y los franceses deberán abandonar las orillas del Nilo. Loti no ha escrito todavía *La India sin los ingleses*. Da la impresión de que esa idea no le disgustaría mucho a Yersin.

Desde todas las partes, las misiones médicas se abalanzan sobre los apestados indios: médicos rusos, austriacos, alemanes, egipcios, ingleses e italianos. Se disputan los moribundos y los secretos médicos en una atmósfera de complot y de impericia. La actitud de las autoridades sanitarias pone todavía más dificultades y obstáculos que la de los chinos en Hong Kong. La población local se niega a quedarse en los hospitales de cuarentena y en los lazaretos, donde no se respeta el sistema de castas. A pesar de tanto roedor como pulula, la desratización choca con el principio budista del respeto a la vida. Entre los mismos pasteurianos surge la polémica llamada de «la linfa de Haffkine».

Éste, que había sucedido a Yersin al frente del curso de microbiología, acaba de dejar el Instituto y de abrir su propio laboratorio en Calcuta, donde produce esta linfa a la que se acusa de los peores efectos secundarios. El doctor Bonneau es enviado desde París. El inspector general de medicina colonial y sus inspectores asistentes llevan a cabo su propia investigación. Es la banda de Bonneau la que viene a arreglar las desavenencias de la banda de Pasteur. El inspector general redacta su informe: «Aunque estamos convencidos de la posibilidad de crear vacunas contra la peste para humanos, con la ayuda de caldos de cultivo, reprobamos el procedimiento de Haffkine por ser demasiado somero y demasiado rápido como para producir una inmunidad real, y los riesgos que presenta, comparados con sus ventajas, son más que suficientes para desautorizarlo».

En cuanto a Yersin, la confusión es tal que su acción resulta absolutamente obstaculizada por los bribones de los ingleses: «El doctor Yersin ha tenido a este respecto numerosas dificultades. Sus casos están en manos de hospitales dirigidos por médicos ingleses y él carece por completo de la libertad de acción necesaria: se han aplicado inyecciones de yodo en los bubones de sus enfermos, se les ha prescrito

estricnina, belladona, estrofantina, todos ellos medicamentos inútiles cuando no perjudiciales, de modo que la estadística que se establezca sobre semejantes casos no tendrá el valor que hubiera tenido si esos casos se hubieran dejado a su cuidado». Yersin se siente agotado por esas disputas, sabe perfectamente que necesita abstraerse, huir, irse a su Oriente, como Rimbaud a su ciudad de Harar.

Yersin recibe la bofetada en Bombay y de mano de los ingleses. Ésta es recíproca. Los ingleses soportan mal a esos jóvenes franceses que ni siquiera lo son, o apenas, un suizo como Yersin y un ucranio como Haffkine, y que ya se han contagiado en París de lo más execrable que para los ingleses tienen los franceses: esa audacia de dar lecciones a todo el mundo e incluso a los ingleses, esa actitud imperial o pasteural. Yersin ha abandonado Bombay para huir de la comunidad médica. Está solo en Mandvi, en el extremo norte del estado de Gujarat, en la península de Kutch, donde la epidemia mata cien personas al día. Enseguida se queda corto de suero y decide que ya basta. Le escribe a Calmette diciéndole que se va. Tiene ya una merecida reputación de ser un ogro y un puñetero. A uno le gustaría saber si en la estación compra los dos tomos de *El libro de la selva*, que Kipling acaba de publicar. Éste recibirá muy pronto el Nobel que nunca tendrá Yersin. La peste llega ahora a Suez.

El Instituto Pasteur envía a Paul-Louis Simond a Bombay para sustituir a Yersin. Calmette le pone en guardia por escrito: «Este bravo de Yersin es verdaderamente demasiado salvaje. Su actitud en Bombay ha molestado mucho y temo que usted tenga alguna dificultad para rectificar la desagradable impresión que él ha producido». En efecto, Simond es acogido con frialdad y la imagen dejada por Yersin y Haffkine es un poco la de una banda de jóvenes pretenciosos, altaneros y seguros de sí mismos, que se limitan a encogerse de hombros sin responder cuando se les da un consejo. Simond se queja de ello a París y Calmette le responde que, «por lo que concierne a Yersin, no me sorprende en absoluto lo que me dice. Con su temperamento salvaje ha debido de cometer no pocas incorrecciones con sus colegas ingleses». Simond tardará todo un año en limar asperezas con los ingleses. Finalmente logrará ser aceptado, al descubrir que la pulga es la transmisora de la epidemia.

Yersin lee el informe en Nha Trang. Sacude la cabeza, él había pensado en la rata, olvidando la pulga. La pulga es un insecto pterigoto, como sin duda sabía su padre. El experimento de Simond es simple, consiste en encerrar a una rata infestada en una caja con rejas y rodearla de otras cajas enrejadas que contengan ratas nuevas, que es como se llama a los animales de cría en los laboratorios. De inmediato Yersin, que es un buen jugador, felicita a Simond por haber cerrado así, con ese codicilo, la etiología de la enfermedad.

Simond también se ha movido bastante. Yersin se pregunta dónde puede estar hoy

su viejo amigo. Estamos a principios de 1941. Yersin tiene ahora setenta y ocho años.

Las comunicaciones entre Europa e Indochina son prácticamente imposibles o aleatorias, sometidas aquí a la censura de la ocupación japonesa y allí a la de la alemana. Desde que descendió de la pequeña ballena blanca, hace casi un año, Yersin está en una forzada ociosidad y piensa en sus viejos amigos que están bajo la trituradora de la guerra. En el caserón cuadrado de Nha Trang, escucha la radio francesa y percibe de inmediato la ideología del régimen de Vichy, escucha la radio inglesa y comienza a admirar a los ingleses, que resisten solos. La radio alemana alaba todavía, de cara a la galería, el pacto Molotov-Ribbentrop, la connivencia entre nazismo y estalinismo; después, de golpe, los tanques Panzer invaden la Unión Soviética en junio. Yersin no se hace ninguna ilusión y quizá se dice que la guerra es a la política lo que la fornicación al amor, y que hace falta disponer de tiempo para pasar por eso. ¿Merece la pena vivir siendo tan viejo?

¿Merece la pena todo ese progreso del que él ha sido heraldo? Ya los físicos encerrados en Los Álamos están inventando las armas atómicas. Por todos lados, los descubrimientos de los pasteurianos sirven para fabricar armas bacteriológicas. Se entera por una radio suiza de la muerte en Zúrich, el pasado enero, de Joyce, el escritor irlandés que era su vecino en el Lutetia y que estaba convencido de que la guerra mundial era una vasta conspiración contra la aparición de su libro *Finnegans Wake*, que acababa de terminar. Todo eso le llega en medio del desorden y la confusión. El ejército tailandés, aliado de los japoneses, invade Camboya y Laos y destruye el aeródromo francés de Angkor, donde hacía escala la pequeña ballena blanca de Air France. Se entera por un correo del gobernador general de Hanói, el almirante Decoux, de la muerte de Loir, el sobrino de Pasteur, y recuerda el tiempo en que la pequeña banda estaba todavía en la calle Vauquelin, antes de la partida de Loir hacia Australia. Las últimas noticias que tuvo de él son que estaba en Le Havre. No es bueno habitar en los puertos durante los conflictos. ¿Qué sabe Yersin del Gulag o de Treblinka, sentado a solas en la noche, delante de su puesto de radio?

Él sabe que los judíos de París llevan la estrella amarilla. Hace mucho tiempo que no tiene contacto con su antiguo discípulo Sternberg. ¿Acaso se habrá convertido en un viejo médico jubilado, en Marburgo, que escapa a la prohibición de ejercer, puesto que ya no ejerce? Cuando se cruza en la calle con los arios, ¿tendrá que bajarse de la acera? Yersin se acuerda de aquellas esperanzas y de sus conversaciones sobre la peste. Como en la fábula de La Fontaine, quien quiere matar a su perro dice que está rabioso. Yersin sabe que a la entrada del Square Boucicaut, debajo del Lutetia, han colocado el cartel que dice: «Jardín de juegos. Reservado a los niños. Prohibido a los judíos». Después de Pearl Harbor, en diciembre, estalla la guerra del Pacífico y los americanos envían su armada hacia las Filipinas. Los meses pasan y las noticias siempre son malas. Es el año 1942. Exiliado en Brasil, Stephen Zweig, que al igual que Yersin pasa las noches delante de la radio, se suicida en Petrópolis cuando se anuncia la caída de Singapur, convencido de que todo está perdido. Yersin tiene

setenta y nueve años.

El almirante Decoux, refugiado en Dalat, le incordia de nuevo para que redacte la gran historia de la peste en Hong Kong y las primeras vacunaciones en China. Yersin sabe perfectamente que lo quiere utilizar con fines de propaganda, convertirlo en soldado de la guerra ideológica, para que en esta Indochina bajo ocupación japonesa se recuerde la victoria del Instituto Pasteur sobre el Instituto Koch, de Yersin sobre Kitasato, y que no fue un sabio del Eje el vencedor del gran terror negro, sino un genio que está del lado de los Aliados.

Como ha releído sus cuadernos, Yersin escribe los recuerdos de sus exploraciones de forma un tanto chapucera. Aparece en los diarios. Una vez más es consciente de que se está utilizando su prestigio y que ser el último superviviente de la banda de Pasteur no es más que un azar genético. Algunos vietnamitas conspiran con el ocupante para expulsar a la Francia vencida. Ante esta ingratitud de los *viets*, Vichy les dice: todas esas carreteras, esas líneas de ferrocarril, esos depósitos de agua, esos hospitales... ¿los hicieron acaso los nipones, eh?

LA VERDADERA VIDA

Al igual que todos, Yersin busca la felicidad.

Sólo que él la encuentra.

Después de Bombay, se acabó. Que la peste se lleve al cuerpo médico. Yersin pretende, a los treinta y cinco años, gozar del privilegio de sustraerse a la política y a la Historia. Escoge una hermosa soledad propicia a la indagación poética y científica. Está en la plenitud de la vida. Con su barba negra y sus ojos azules. Finalmente, la suya no es una vida de moverse todo el tiempo. Ahora son los desplazamientos incesantes los que le molestan. Ya ha tenido su dosis de ellos, hasta el hartazgo. Conoce el paraíso, Nha Trang, y no quiere volver a abandonarlo, sino hacerlo aún más bello, crear aquí un Instituto Pasteur para terminar con las chapuzas y los métodos artesanales que le costaron la vida a Pesas.

Sentado en un sillón de mimbre, en su despacho, con las revistas científicas delante, Yersin estudia arquitectura y se hace constructor. Abandona la casucha de madera de la Punta de los Pescadores, diseña una casa que es un cubo de ladrillos de tres plantas, rodeado por una galería de dos metros de ancho con balaustrada y arcadas. Abajo está la cocina, en el primer piso la habitación y en lo alto el despacho y la biblioteca, donde se amontonan las revistas científicas. La vista circular desde allí es un deslumbrante continuo de belleza, con las barcas de pesca que al anochecer bajan por el río y, encendiendo sus lámparas en la punta de las varas, se hacen a altamar. Al alba, el viento las trae de vuelta. Descargan sobre la playa peces y camarones, cerca del astillero, donde los carpinteros aseguran las cuadernas de los nuevos sampanes. Después de los aguaceros, el perfume de las flores y el olor a tierra suben hasta el despacho donde Yersin diseña ahora las casas para los veterinarios y para los ayudantes de laboratorio, con muros encalados y carpintería pintada de verde claro, techos de tejas marrones y verandas del estilo de las de esas villas balnearias normandas que vio en Cabourg.

Alejado de la costa, levanta el edificio del Instituto propiamente dicho, de cincuenta metros de largo por seis de ancho, donde estarán los laboratorios y las salas para la toma de sangre de los animales; éstas lindan con los hangares para la estabulación de los bueyes y de los caballos a los que se está inmunizando frente a diversas infecciones. El proyecto cuenta con el apoyo de su amigo Paul Doumer, todavía gobernador general, el huérfano de Aurillac, el fundador de Dalat. Yersin contrata labradores y palafreneros, desarrolla la cría y la agricultura para alimentar a su cabaña. «Estoy levantando un molino de viento destinado a sacar agua».

Sentado en un sillón de mimbre, en su despacho, con las revistas científicas delante, Yersin estudia física, mecánica, electricidad. Hace traer de París, en el barco de las Mensajerías, un armario estufa, un horno para flamear y una máquina de hielo que funciona con gas, de la marca Pictet. Una bomba de agua y una turbina aprovisionarán de electricidad tanto al Instituto como a la aldea de pescadores. Intenta rebajar los costos poniéndose él mismo manos a la obra. Además, todo esto es como sus cometas: «Esta parte de la física siempre me ha interesado y sé lo suficiente de ella como para hacer la instalación por mí mismo, sin que sea necesario llamar a un ingeniero eléctrico especializado». Encarga al constructor Serpollet su primer automóvil de vapor, un Serpollet 5-CV que alcanza los veinticinco kilómetros por hora.

Yersin es un demiurgo que sueña despierto un sueño que consigue alcanzar. Muy pronto se convierte en comprador de una concesión de cinco hectáreas de monte bajo y maleza, en Suoi Giao, que hoy se llama Suoi Dau, a una veintena de kilómetros de la costa. Un río, afluente del que vierte sus aguas en el mar de China delante de su casa, permite acceder hasta allí en sampán. Yersin desbroza, prepara los pastizales y los cultivos de cereal, da forma a un pequeño planeta autárquico, una metonimia del mundo, un arca de salvación, un jardín del Edén prohibido a los virus, que son relegados al infierno. Sanea las charcas a golpe de guadaña. Muy pronto cuenta con centenares de bueyes, búfalos, caballos y vacas, más trescientos borregos y otras tantas cabras. Las bestias están repartidas en majadas con cincuenta cabezas cada una, aisladas por un doble cercado vigilado, que las protege de las grandes fieras y de los pequeños bacilos.

La nueva misión que él mismo se atribuye es propia de un sabio supremo, de un multiplicador del progreso. Está rodeado de hijos de pescadores convertidos en pasteurianos y de pasteurianos venidos de París y de Saigón. En los laboratorios se ponen en marcha investigaciones sobre el impétigo, el tétano, el carbunco, la surra, la fiebre aftosa, la pasteurelisis, la bobita y la piroplasmosis. Yersin hace traer desde Suiza, vía Marsella, cajas con cencerros. «Desde que nuestras vacas tienen cencerros, los tigres las atacan mucho menos y ahora parece que buscan a nuestros caballos». Y después, como si nada, suavemente, cambiamos de siglo.

Se entra en el xx, del que todavía no se sabe que será el peor, el de la barbarie infinita después del siglo del progreso infinito. Sin embargo, éste comienza con la fanfarria de la Belle Époque. Todavía hay el optimismo de la ciencia y de la técnica y de las enfermedades erradicadas, las vacunaciones preventivas y las curativas.

Sentado en un sillón de mimbre, en su despacho, con las revistas científicas delante, Yersin estudia agronomía y química. Intenta sustituir en la alimentación de los caballos la avena por arroz con cáscara, hace preparar cultivos en terraza sobre las colinas para aprovechar los diferentes climas. Después de fracasar con la variedad arábica, planta dos mil cafetos de la variedad libérica y plantas medicinales, entre

ellas mil pies de *Erythroxylum coca* para la preparación de la cocaína utilizada entonces en farmacia.

Después de la frialdad india derivada de sus cambios de humor, las relaciones con París se han vuelto más cálidas. «Mi querido Calmette, es increíble pero cierto: ¡He recibido una carta de Roux fechada en Ceyzérieu! Un verdadero regalo para mí porque cuando el amigo Roux se decide a tomar la pluma es siempre para escribir cosas interesantes». Yersin viaja a París. «Contaba con tomar el transiberiano, pero temo que para entonces haga todavía demasiado frío». La labranza y el pastoreo no entran dentro de las misiones del Instituto Pasteur, no son sus dos ubres^[10]. Se crea una sociedad privada a nombre de los «Señores Yersin, Roux & Calmette».

Las comunicaciones que siguen a su regreso quizá parezcan, vistas en la distancia, un extracto de las escuchas telefónicas a un cártel. Roux escribe a Yersin: «La primera ocupación de Bertrand después de su partida ha sido procurarse el ácido túngstico. Lo ha encontrado en Inglaterra y hemos apalabrado una tonelada al delirante precio de seis mil quinientos francos. No hay modo de encontrarlo por menos. Será expedido desde Hamburgo hacia Saigón. El ácido sulfúrico vendrá de Marsella, al igual que el silicato. Como ve, hemos hecho un gran sacrificio. No está claro que en esas condiciones la cocaína dé muchos beneficios. Más aún después de la reciente aparición en el mercado de un serio competidor, la estovaína, un anestésico que, bajo la forma de un nuevo cuerpo compuesto por síntesis, resulta menos tóxico que la cocaína e igualmente activo si se usa una dosis doble». Curioso correo que no menciona que el inventor de la estovaína, pocos meses antes de esa carta, había sido un pasteuriano del Instituto, Ernest Fourneau, químico como Pasteur.

Yersin desarrolla su producción y elabora minuciosamente un concentrado líquido que, si lo hubiera patentado, le podría haber convertido en el millonario inventor de una bebida negra y chispeante. Le da el nombre de Cola-Canela, que podría abreviar en Co-Ca. Desde Nha Trang, escribe a Roux: «Le he expedido por paquete postal una botella de Cola-Canela. Tómese un centímetro cúbico y medio, aproximadamente, en un vaso con agua azucarada cuando se sienta fatigado. Espero que este “elixir de vida larga” tenga sobre usted la misma acción estimulante que tiene sobre mí».

Yersinia coca.

Yersin cultiva tabaco, asimismo en vía de prohibición, y yuca, que está menos amenazada. También se pueden contar los fracasos, cuyos nombres consigna Yersin en un cuaderno. La vainilla, la nuez moscada, la gutapercha y el maíz nunca se aclimataron. El dominio abriga una comunidad agrícola y científica, y un dispensario para los habitantes de la aldea. Por la noche, Yersin cierra sus cuadernos y sus revistas, sueña con el porvenir de su reino de paz y prosperidad, se preocupa por la lluvia. Sabe de la avidez de los prados bajo el aguacero.

Uno piensa en el general Sutter, el héroe de la novela *El oro*, de su compatriota helvético Blaise Cendrars, y en su reino de California. Durante la noche, si Yersin se

aburre diseña los planos de un depósito de agua. Y al día siguiente se pone a construir un depósito de agua. Durante cuarenta años escogerá en cada rincón del mundo lo más hermoso que haya allí, para llevárselo a Nha Trang: plantas y animales, árboles y flores. En ese momento sus ingresos no son todavía de origen agrícola. Todas esas plantaciones son un pozo sin fondo. Como Pasteur con la rabia, Yersin no registra su vacuna. Un poco al modo de esos monjes que satisfacen las necesidades materiales de su vida con la elaboración de algún licor, aquí es el suero contra la peste bovina el que permite la supervivencia. En poco tiempo vende a los criadores dos millones de dosis al mes.

De vez en cuando, Yersin envía algún texto a los *Annales de l'Institut Pasteur* cuyo título siempre es lacónico. «Estudios sobre algunas epizootias de Indochina». Como un poeta parnesiano jubilado que enviara todavía algunos versos a las revistas. En Francia, la poesía modernista sucede al alejandrino. Yersin desconoce a Apollinaire y a Cendrars y sus poemas a la gran torre Eiffel sideral. Ignora que en Montparnasse, no lejos del Instituto, pronto se codean Diego Rivera y Soutine, Modigliani y Picasso. Él, Yersin, ignora todas esas nimiedades de la pintura y la literatura. Él está encerrado en Nha Trang, con el ojo pegado al microscopio o recorriendo los pastizales a zancadas, bastón en mano.

Como todos, Yersin procura hacer de su vida una bella y armoniosa composición. Sólo que él lo consigue.

EN HANÓI

Después llega el contratiempo. Un correo de Paul Doumer, el huérfano de Aurillac y todavía gobernador general. Hace ocho años que Yersin ha descubierto el bacilo de la peste, cuatro que vive tranquilo en Nha Trang. El nuevo siglo tiene dos años. Es un bebido. Monísimo.

Pero se trata de Doumer y Doumer se va. Emprendieron juntos la ascensión hasta la meseta de Lang Bian, donde Doumer hizo edificar el sanatorio de Dalat. Remontaron juntos el Mekong, desde su delta hasta Phnom Penh. Y Doumer abandona Asia. Se va para retomar en Francia su carrera política, para arrojarse de nuevo a la jaula de las fieras. ¿Dónde está en ese momento el chiflado ruso de Gorgulov? ¿Dónde los manejos del destino que, exactamente en treinta años, pondrán a ambos cara a cara, y en la mano de este último una pistola *browning* que descargará contra el pecho del otro?

Antes de venir a ocupar en Hanói el puesto de gobernador general de esta región que los geógrafos, hasta Jules Ferry, llamaban la India transgangética, después Indo-China y finalmente Indochina, Doumer había sido, en París, un joven ministro de Finanzas procedente de la izquierda radical que había ideado y hecho votar el primer impuesto sobre la renta, para sangrar a los ricos. Él quiere dejar una huella en la historia colonial y antes de su partida pone la primera piedra de un vasto proyecto sanitario cuya dirección quiere confiar a Yersin. Una escuela de medicina y un laboratorio vinculado al Instituto Pasteur, un hospital y un centro de higiene. Se trata de Doumer, así que Yersin deja Nha Trang para ir a Hanói.

Yersin no ha visto la ciudad verde y brumosa desde hace mucho tiempo, desde su regreso de los dominios de los sedangs en compañía del padre Guerlach y su entrevista con Lefèvre, antes de su partida hacia Hong Kong. La ciudad nueva de Hanói tiene veinte años menos que la de Saigón. Los franceses de Tonkin han trabajado por cuatro. En veinte años y para mayor tranquilidad, como si fueran a quedarse allí durante siglos, con la seguridad, el aplomo y la ceguera de unos romanos perdidos en las Galias, han levantado el Hotel Metropole y el palacio Puginier, han abierto el hipódromo y el mercado central, y han saneado y drenado los dos lagos. La ciudad cuenta ya con setenta mil habitantes. Yersin ha hecho embarcar el Serpollet 5-CV en la Punta de los Pescadores. Desde Haiphong, un junco lo ha transportado por el río Rojo. Es el primer automóvil de la capital. A su volante, Yersin sube a poca velocidad las largas avenidas sombreadas por los plátanos.

Sus hermosos barrios son los primeros en Asia que están equipados con

electricidad, agua corriente y alumbrado público. Repartidas en calles apacibles, se ven villas con columnas y frontones, blancas u ocre, al fondo de jardines abiertos a lo largo de paseos rastrillados. También villas con entramado de madera, cuyos aguilones puntiagudos se elevan tras las rejas, por encima de una vegetación abundante y oscura. Es una ciudad proustiana, con nostalgias de Cabourg o de Deauville en ciertos lugares.

Los rickshaws ceden el paso a su ingenio petardero. Los cocheros ajustan las orejeras de los caballos. Los vendedores, bajo sus sombreros cónicos y con una vara de bambú sobre los hombros, observan la máquina, demasiado ancha para la red de callejuelas del barrio de los gremios. En el límite entre la ciudad vieja y la de los franceses, no lejos del Pequeño Lago en el que se alza la pagoda roja de la Espada Restituida, Yersin aparca delante de la entrada del Metropole, que todavía hoy es, un siglo después de que Yersin se instalara entre sus muros, el hotel más agradable de la actual capital de Vietnam. El fantasma del futuro, el hombre del cuaderno de piel de topo, aquel que sigue a Yersin desde Morges, el que se ha alojado en el Zur Sonne de Marburgo y en el Royal de Phnom Penh, y ha acompañado a Yersin en sus encuentros, con Calmette en el salón del Majestic de Saigón, con el emperador Bao Dai en el Lang Bian Palace de Dalat y con Roux en la brasserie del Lutetia, ese fantasma es el que se sienta en el bar del Metropole mientras Yersin firma la ficha de entrada en recepción.

Doumer le está esperando allí, delante de una copa y de unos planos extendidos.

Yersin nunca da pruebas de masoquismo. No es de los que se apuntan a un *trekking*. Soporta sin rechistar la incomodidad cuando es necesario, la de los vivacs y las noches frías en la montaña. Conoce las chozas de paja y las salas invadidas de insectos. Pero, cuando es posible, prefiere el confort tan *posh* de los paquebotes y los palacios.

Escribe desde el Metropole a Simond, el hombre de la pulga, que ha abandonado la India para irse a Brasil. Le gustaría convencerle de que venga a secundarle, léase reemplazarle. «Para la nueva escuela de medicina, el arquitecto estima que los trabajos costarán ¡millón y medio de francos! Sin embargo, es mucho menos cara y mucho más útil que el teatro de Saigón». Yersin le deja tiempo para reflexionar y para llevar a cabo sus investigaciones en América sobre la fiebre amarilla. «Me he quedado muy interesado por los detalles que usted me ha dado en su carta sobre su toma de posesión en Petrópolis y el comienzo de sus trabajos».

Tras la inauguración de los edificios de Hanói, Yersin se encarga de la gestión del complejo sanitario, de la contratación del personal y de la admisión de candidatos médicos y enfermeros. Diseña los programas según el modelo francés, con consultas hospitalarias por las mañanas, a la cabecera del enfermo, y por las tardes teoría. Decide impartir él mismo los cursos de física, química y anatomía. Y uno se imagina la sorpresa de Roux, recordando su antigua bronca con el joven Yersin para que

volviera a hacerse cargo del curso de microbiología. Pero se trata de Doumer y Yersin le ha dado su palabra.

Al término del primer año, una promoción de once aspirantes a médicos aprueba los exámenes. «Nuestros alumnos de medicina han trabajado mucho, los hay que son excelentes y que valen tanto como los mejores estudiantes de Francia. Lo que resulta interesante es que incluso los tipos inteligentes trabajan enormemente. Casi se puede decir que no hay perezosos». De vez en cuando, Yersin se da un salto a Nha Trang, donde continúa agrandando su dominio y supervisa el crecimiento de sus jebes y la producción de las vacunas. En verano abandona su habitación en el Metropole y compra un billete para Marsella. Se lleva consigo a Qué, el hijo de un pescador al que ha convertido en mecánico. Tienen una cita con el mismísimo Léon Serpollet, el primer productor mundial de coches automóviles. Por la carretera de París a Beauvais, los tres hombres, con los cabellos al viento, alcanzan los cien kilómetros por hora a bordo del nuevo modelo Serpollet 6-CV, un bolido absolutamente moderno. El entusiasta Yersin encarga uno, que hace enviar directamente a Hanói.

Después de dos años de dirección y administración, todo funciona y Yersin estima que puede al fin dimitir.

De ese modo, habrá pasado dos años como investigador en el Instituto Pasteur de París, dos años como médico a bordo para las Mensajerías y dos años como director del hospital de Hanói. Él se cansa pronto de todo menos de Nha Trang. Doumer se ha ido. Más tarde pondrán su nombre al gran puente sobre el río Rojo, el puente Paul-Doumer, hoy llamado Long Bien.

Yersin tiene cuarenta años, una edad que ya no es para vagabundear. En la serenidad de la edad madura, se dedica a desarrollar otros dones. Su vida en Hanói no habrá sido más que un paréntesis, cuando otros la querrían como inicio de una carrera hospitalaria hacia un porvenir de gran patrón de bata blanca. Todavía emplea algunos meses en arreglar su sucesión. Después de casi tres años en Hanói, regresa a Nha Trang tras una nueva estancia en París y un último paso por Morges. Por última vez besa a la anciana Fanny, en el saloncito florido de la Casa de las Higueras, al borde del lago. Ella muere al año siguiente.

El nuevo siglo tiene ya cinco años. Un siglo golfo. Hasta ahora todo va bien. Hay que aprovechar. Es difícil imaginar que los torturadores y los verdugos fueron niños sonrientes. El futuro monstruo tiene cinco años. Fanny muere el mismo año que Julio Verne y que el explorador Brazza, cuyos restos son enviados de Dakar a Marsella. Ese año, el siglo muestra ya preocupantes tendencias que Yersin consigna: «Uno puede preguntarse si la guerra entre Inglaterra y Alemania no es inminente. ¡Ojalá Francia no se vea mezclada en eso!». Llega la primera revolución rusa y Trotski se pone a la cabeza de los sóviets de San Petersburgo. Conceden el Premio Nobel al gran lama Koch. Diez años después de la muerte de Pasteur. En París, Yersin vuelve a encontrarse con Paul Doumer, cuya carrera progresa hacia su trágico destino. Se ha

convertido en presidente de la Asamblea Nacional.

Yersin escribe a su hermana Émilie, en primer lugar para anunciarle que renuncia a su parte de la herencia, al dinero de los adefesios. A veces las hermanas son tan cuidadosas como las madres y todavía disponemos de su correspondencia. No obstante, esas cartas son menos numerosas, menos extensas, menos íntimas y menos detalladas, salvo cuando hablan de pollos.

La hermana soltera, la Yersina, después de sus estudios de piano y con las buenas maneras adquiridas en la Casa de las Higueras, lo que quiere, más que un buen matrimonio, es hacerse construir con su dinero un chalet en Bellevue, sobre el lago. Piensa en criar marmotas o abejas, pero se decide por la avicultura. Tiene cuarenta y cinco años. Yersin, el solterón, después de algunos años de medicina en Hanói, vuelve en Nha Trang a sus caprichos. De tal palo tal astilla: los caprichos de los dos hermanos son como los de su padre, el profesor de levita negra y sombrero de copa, del tipo industria de explosivos o sistema cerebral del grillo campestre.

LA CONTROVERSIAS DE LOS POLLOS

La Historia de las ciencias se muestra frecuentemente como un bulevar que conduce directamente de la ignorancia a la verdad, pero eso es falso. Es una red de vías sin salida en las que el pensamiento se extravía y se enreda. Una compilación de fracasos lamentables y a veces divertidos. Una historia comparable a la de los inicios de la aviación, que fueron contemporáneos a su vez de los inicios del cine. En esos acelerados filmes en blanco y negro se ve cómo se rompen las maderas y se desgarran las telas. Ícaros soñadores enjaezados con alas como faldillas que corren con los brazos abiertos como bailarinas hacia el borde de un acantilado, que se lanzan al vacío y caen como piedras, estrellándose abajo contra la playa de arena.

Émilie dilapida en gallinas el dinero de los adefesios. Invierte sus modestos ahorros en la construcción y equipamiento de una granja avícola modelo en Lonay. Yersin intenta disuadirla. Es como hablarle a un árbol. Los dos son de caracteres gemelos y su testarudez no tiene límites. Émilie se convierte en la primera importadora en Europa de un alimento granulado americano para aves absolutamente moderno: el Full-o-Pep. Lleva a cabo pruebas y cada día apunta los resultados en un cuaderno: el número de huevos puestos y el peso de los pollos para el consumo. Publica crónicas en *La Vie à la campagne* y en *La Terre vaudoise*.

Aunque le gustan particularmente los huevos de gallina, que constituyen junto con las verduras la base de su alimentación, hasta ese momento Yersin había prestado poca atención a su corral, con sus pequeñas gallinas annamitas, grises y anónimas, que escarban la tierra delante de la casa y a las que él impide el paso a la huerta. Ahora las mira con otro ojo y ellas a él también. Ellas le miran guiñando los párpados, con una cascada de pequeños meneos mecánicos de sus cabezas ladeadas: se dan cuenta de que él está empollando algo y de que ellas van a convertirse en gallinas científicas. Los pasteurianos, como todo el mundo sabe, le deben mucho a la gallina. Yersin decide mejorar mediante cruces la variedad local. Su hermana le envía un gran gallo de Vaud para sus pollitas annamitas. Y sobre esto, sobre esa incestuosa procuración, a quien habría que preguntar, sin duda, es a la pequeña banda de los freudianos. Todas desgredadas, las pollitas, que no han visto venir la cosa, le toman gusto a la investigación científica.

Sin embargo, todo eso no basta y hay que acudir una vez más al microscopio, a las revistas científicas. Sentado en un sillón de mimbre, en su despacho, con las revistas científicas delante, Yersin estudia embriología y el principio de Haeckel, según el cual el desarrollo de un solo ser, la ontogénesis, recapitula el de toda la especie, la filogénesis, y así en el interior del huevo, de forma acelerada, el embrión

recorre la evolución desde el reptil hasta las gallináceas. Como le gustan los huevos y ama a su hermana, Yersin querría saber cómo de la clara y la yema de un huevo se obtienen un pico, plumas, patas y, acto seguido, un ala o un muslo sobre un plato, a veces con patatas fritas. Cuando se mete en algo, nunca deja las cosas a la mitad, así que se arremanga la bata blanca. Yersin siempre tiene que saberlo todo. Es más fuerte que él. El vencedor de la peste no va a tirar la toalla delante del pollo.

La correspondencia aumenta, cada uno prosigue con sus experimentos en un lado y otro del planeta. Émilie se entusiasma con uno de esos ingenios que se presentan en el parisino concurso Lépine de inventos, el xografo, cuyo creador, un Nostradamus de la avicultura, pretende que permite determinar el sexo del futuro polluelo desde el momento de la puesta. Yersin menea la cabeza. «Ese aparato me parece del género de los tableros mágicos y otras bromas parecidas. Habría que saber en qué principio se basa». Encarga dos unidades y emprende su estudio científico junto con su asistente zólogo, Armand Krempf, siguiendo el método de las estadísticas.

Eso le lleva a interesarse por la incubación. Como siempre, él no hace las cosas a medias: diseña una pajarera de doscientos metros cuadrados y diez metros de altura. Importa pollitas azules de la raza leghorn y gallos indios, también una incubadora eléctrica Spratt, y diseña los ponederos y los palos de gallinero.

Los dos hombres anotan cada día el número de huevos y su peso, los miden con un calibrador, describen las malformaciones de algunos polluelos durante la eclosión. Y el inmenso sabio que Roux y Pasteur no pudieron conservar a su lado, el genio científico que en dos patadas, cada vez que se ha dignado consagrarse a ello, ha resuelto los enigmas de la microbiología, está ahí, confinado en su gallinero, con las botas de caucho hundidas en la paja y los excrementos. Por turnos, Yersin y Krempf, con las cejas fruncidas, hacen girar el péndulo encima del huevo numerado, consignan en un cuaderno la predicción del Nostradamus de la avicultura y después depositan el huevo con precaución en la incubadora Spratt, como en el pesebre de los cristianos.

Y cada veintiún días llega el alegre escándalo de las cáscaras rotas a picotazos. Los dos reyes magos pasteurianos atrapan a los polluelos antes de que se dispersen y olviden qué número les dieron. ¿Qué buscan los doctos sabios de bata blanca, con su lupa, es esas bolas de mimosa? Un pito de polluelo o dos tetillas de pollita, quién sabe. En todo caso, no funciona. El xografo es un camelo, no reconocería ni a la gallina de los huevos de oro, ya lo había dicho; y el cacharro acaba en un armario u ofrecido a los niños de la aldea, que le darán mejor uso.

Mientras él chapotea entre la mierda de gallina en Nha Trang, comienzan a llover premios Nobel sobre los pasteurianos de París. Se lo dan a Laveran por sus trabajos sobre la malaria. Y a Metchnikoff, por sus investigaciones sobre el sistema inmunitario. Yersin pone fin al experimento aviar y consigna sus conclusiones, de las que envía una copia a Émilie. Para obtener gallinas que sean mejores ponedoras en

Indochina, preconiza cruzar la raza annamita y la wyandotte. Inventa una alimentación equilibrada para las gallináceas, mucho mejor que la americana Full-o-Pep, más económica y adaptada también para Suiza, una mezcla a base de harina de alubia, sangre seca y polvo de hojas de sensitiva, escribe una nota sobre eso, pero no es algo con lo que obtener un Nobel.

UN ARCA

La hermosa locura de Yersin quizá sea bíblica. Hunde sus raíces en lejanos recuerdos de lecturas canónicas en la Iglesia Evangélica Libre de Morges. Hay un momento en que el nómada interrumpe su carrera y se hace sedentario, el cazador-recolector se vuelve ganadero o agricultor. Abel o Caín. A la edad en que su padre aplastó con la frente el último grillo, Yersin pensó seguramente que había llegado su turno. O quizá enuncia un nuevo principio de Haeckel, según el cual en el curso de su vida repite aceleradamente la historia de la Humanidad. El aneurisma no es hereditario. Ahora es más viejo que su padre. Él fondeará aquí, en Nha Trang, el ancla de su arca durante los muchos años que le quedan por vivir. Pero lo ignora.

Sentado en un sillón de mimbre, en su despacho, Yersin examina revistas de mecánica o de veterinaria. Escribe a París o a Suiza. Un día importa conejos normandos u holandeses; otro día, un telescopio de tránsitos, una lancha a vapor Serpollet, un fonógrafo y decenas de rollos de música, o bien un cronómetro-registrador de Ditisheim. Y, en cada escala del navío en la bahía, se descarga la bodega de Alí Babá. Los marineros se acercan a remo a la Punta de los Pescadores, a contraluz del atardecer púrpura, y los porteadores en fila, con los paquetes y las cajas sobre sus cabezas, avanzan por la escollera hacia la casa del doctor Nam, que les espera bajo la veranda. La reseña de sus bártulos, con sólo una excepción, la encontramos al final de una carta firmada *Rimbaud, Aden, Arabia*: «Quiero el conjunto de lo mejor que se fabrica en Francia (o en el extranjero) en instrumentos de matemática, óptica, astronomía, electricidad, meteorología, neumática, mecánica, hidráulica y mineralogía. No me interesan los instrumentos de cirugía».

Sentado a la mesa, bajo la veranda, delante de la munificencia de la bahía soleada, Yersin, que se alimenta lentamente de huevos, verduras y un poco de carne, y que no bebe más que agua, aparta su servilleta. Los platos seguramente tendrán el sabor maravilloso de las hojas de *rau ram*, el cilantro vietnamita. El resto de la jornada se ocupa del ganado y de la agricultura. Merece el honorable título de campesino y vive en un paisaje, lejos del mundo bufo y de la muchedumbre impura. Con la minuciosidad de su padre entomólogo y la desmesura de los constructores de imperios, Yersin trabaja la extensión de su dominio según el modelo de las *roças* portuguesas, esos latifundios en las laderas de las montañas que todavía se ven en Santo Tomé y Príncipe. Éste forma ya una ancha franja de terrenos en pendiente, desde los contrafuertes de la cadena montañosa annamita hasta Nha Trang, un abanico de climas, una hacienda vertical, un gran tapiz que Yersin querría un día desenrollar desde la cima hasta el mar. Cada vez se acerca más a la cumbre de la

montaña, sigue agrandando, abre nuevos puestos. Una parcela ganada al bosque es sembrada de inmediato con hierba para las manadas.

Los equipos agrícolas son cada más numerosos. Traza el plano de una aldea nueva en Suoi Giao, ahora a mitad de camino entre el Instituto y las nuevas plantaciones, allí donde nadie ha venido aún a instalarse. En el espacio virgen se levantan casas sobre pilotes, hangares, secaderos de tabaco y un laboratorio de química con un apartamento para los investigadores. Yersin se hace construir un bungalow, diseña una aldea modelo, una república antigua, propone a los cazadores-recolectores convertirse en agricultores o ganaderos. Abel o Caín. Yersin pone a su disposición un centenar de hectáreas roturadas para el cultivo del arroz de montaña. También planta lino para hacer tejidos.

Y vestir a los salvajes de cándida probidad.

UNA AVANZADA DEL PROGRESO

Empiezan a acusarle de dispersión. Verdaderamente, no faltan razones. Yersin es el descubridor del bacilo de la peste y el inventor de la vacuna contra la peste. Debería estar en París o en Ginebra, a la cabeza de un laboratorio o de un hospital, en la Academia. En suma: ser un mandarín. Se le sabe retirado en una aldea de pescadores al otro lado del mundo. Los periodistas, que él se niega a recibir, se ven obligados a inventar, a trazar su leyenda negra. Se dice que a veces está solo al fondo de una cabaña, caminando sobre su propia barba de eremita. Se le describe como el rey loco de un pueblo embrutecido con el que él practica experimentos crueles y difícilmente imaginables. Un nabab, un ricachón que saca provecho de la ciencia y de sus juegos malabares ante ingenuos guerreros de los que se proclama jefe enviado por el cielo. Un tirano que toma como pretexto la magia del gas y de la electricidad para sojuzgar a unas tribus sanguinarias que le rinden culto y le sacrifican vírgenes. Un Kurtz o un Mayrena, solitario y de espíritu tan extraviado como su reino. Es verdad que la primera barra de hielo triturada a martillazos en Nha Trang debe de producir su efecto. En la salida de la máquina de gas Pictet está ese lecho, blanco y resplandeciente de destellos desconocidos que queman las manos, sobre el cual los pescados se mantienen frescos hasta el día siguiente, algo ciertamente tan fuerte como multiplicarlos al borde del Jordán.

Yersin alía los milagros de la modernidad con el gusto por la mecánica; el lubricante y la llave inglesa, con la jeringa y el microscopio; la bata blanca, con el mono azul. Porque le hace buena falta, como primer automovilista, abrir una estación de servicio. «Acabo de terminar los nuevos arreglos de mi Serpollet 6-CV. Lo probé ayer y marchaba perfectamente. Hoy he comenzado la puesta a punto de la canoa, que me llevará una buena docena de días, después habrá todavía que montarle el motor fijo poniendo en marcha la bomba de agua del laboratorio, luego está la reparación de mi viejo Serpollet 5-CV y por fin la de mi motocicleta y la del molino de agua: aquí estoy, convertido de golpe en ingeniero».

Contrariamente a la patraña del sabio loco perdido en la jungla, la actividad de Yersin durante los años que preceden a la Primera Guerra Mundial es apacible e incluso poco atractiva a los ojos de un profano. Pone su sentido de la observación, su precisión extrema, su gusto por las cifras, su puntualidad maniaca, al servicio de los trabajos de construcción de la línea de ferrocarril que unirá Nha Trang con Phan Rang. Esos trabajos tienen la reputación de ser matadores. Es el viejo dicho de un muerto por traviesa.

A su llegada al Congo, Conrad, que escribirá allí *Una avanzada del progreso* y

luego *El corazón de las tinieblas*, describió el horror de los trabajos del ferrocarril que los belgas hacían construir desde Stanley Pool hasta el Atlántico. Daguerches describió en su novela *Kilómetro 83* la hecatombe de los trabajos de los franceses en el *railway* Siam-Camboya. Yersin se entrevista con el médico encargado del servicio sanitario, Noël Bernard, quien más tarde dirigirá el Instituto Pasteur de Saigón y, más tarde aún, será su primer biógrafo y también el de Calmette. Junto con su asistente y discípulo el doctor Vassal, que acaba de vacunar a los apestados de la isla de La Reunión, trata a los enfermos de las obras de Nha Trang. Los dos hombres toman muestras y estudian el tifus y el paludismo. «Estamos de nuevo en plena epidemia del cólera. Mi mecánico se está muriendo de esta maldita enfermedad contra la que tenemos muy pocas armas».

Y además, una vez al año, mientras las cosechas crecen y los jóvenes investigadores de su equipo prosiguen sus trabajos químicos, zoológicos, bacteriológicos y agronómicos, Yersin emprende la escala real del *Paul-Lecat*, que es la nueva joya de las Mensajerías Marítimas, y llega al confort del Lutetia. Se va para estar un poco en París. El sabio misterioso, el explorador retirado en su jungla, camina anónimo por las calles. Sólo sus amigos pasteurianos lo saben, así como su amigo Serpollet. El constructor genial, el poseedor del primer permiso de conducir de Francia y sin duda del mundo, el primer productor industrial de automóviles, cuyo montaje se hace por encargo, saca el Serpollet 11-CV, que constituirá el apogeo de su carrera. Armand Peugeot compra motores Serpollet y abre su fábrica, después lo hace el joven Louis Renault, y la marca Serpollet desaparece junto con Léon Serpollet. Se erige en la plaza Saint-Ferdinand, en el distrito diecisiete, una increíble estatua obra de Jean Boucher. Iban a la par, Yersin y Serpollet, a cien por hora por la carretera a Beauvais. Tras la muerte de su amigo, Yersin compra un Clément-Bayard 15-CV y pasa del coche de vapor al de gasolina; después, un Torpédo Zèbre, y luego, un día, se acabó, fin de trayecto, tiene otra idea: le gustaría un avión.

Aunque todavía no se sabe, se podrían numerar ya esos años en negativo, midiendo el tiempo que va acercándolos a la catástrofe de 1914. En 1910 (o en el año menos cuatro), se inaugura por fin el Lutetia. Yersin elige la sexta planta y la habitación de la esquina, con su vista despejada y la torre Eiffel en el horizonte. Tiene una cita ese verano en el aeródromo de Chartres para probar allí un aeroplano y se pone el mono de vuelo, las manoplas y los gruesos anteojos. Realmente no se siente muy seguro en su primer intento, desciende con las piernas temblorosas y escribe a Émilie: «Estos instrumentos no son todavía más que juguetes peligrosos». Admira el coraje de Louis Blériot, que el año anterior ha atravesado solo el canal de la Mancha a bordo de una cometa de ese género. Discute el precio y deja para más tarde el proyecto por la falta de pistas de aterrizaje en Indochina. Bien que podría construir la suya en Nha Trang, pero tener una sola pista es condenarse a que le vuelen por encima y eso cansa.

Dos años más tarde, o sea en el menos dos, la peste reaparece en China. Yersin teme que le llegue otro golpe como el de Bombay. «Ya hay demasiados médicos sobre el terreno. Le he escrito de todas maneras a M. Roux para decirle que si él ve algún interés para el Instituto Pasteur en que me traslade a Manchuria, sólo tiene que telegrafiarne y partiré de inmediato». Al año siguiente, o sea el menos uno, Albert Schweitzer se va a abrir su primer hospital africano en Lambaréné, lo que le valdrá el Nobel. Financia los trabajos gracias a los ingresos de sus conciertos de órgano y, más tarde, a los de los discos que graba interpretando a Bach. En ese momento, lo de Yersin es el caucho.

Se ha hecho plantador y eso comienza a generar beneficios y a hacer que funcione su Instituto. Después empieza a dar dinero a espuertas. Es una mina. Yersin ha sabido anticiparse a la expansión del auto y de la bici. Deposita los beneficios en una caja fuerte del Hong Kong Shanghai Bank, compra acciones. Y llega el 14. Gaston Calmette es asesinado a tiros en su despacho de *Le Figaro*. Jean Jaurès es asesinado en su bistró. Es el mes de julio en Sarajevo. Cuatro años de carnicería de «barbudos», como llaman a los soldados franceses en la Gran Guerra, y combates con gas. Yersin envía caucho cada tanto a Clermont-Ferrand. Pero él no volverá a abandonar su paraíso, lo seguirá agrandando, lo seguirá embelleciendo.

EL REY DEL CAUCHO

Él, que fue el primer ciclista, el primer motociclista y el primer automovilista en Annam, es muy lógico que sea también el primer productor de caucho. Tras su estancia en Madagascar, Yersin ha leído revistas científicas y ha seguido los progresos de la industria y de la mecánica, fascinado por todo lo que es moderno, y tal es el caso del neumático.

Desde la época del naturalista La Condamine y de su tropilla de científicos ilustrados enviados a Ecuador en el siglo XVIII, se tiene noticia del látex que recogen los indios. Éstos utilizaban la goma para impermeabilizar y calafatear. Buscaban al azar los jebes salvajes, los árboles del caucho, en el infierno verde de la Amazonia. Los ingleses se hacen con granos en Brasil y van a sembrarlos como hileras de cebollas en Ceilán. Lo mismo hacen los holandeses en Java. Pero aquí una vez más el conflicto se convierte enseguida en político y geoestratégico. Yersin viaja a Java.

Desde Batavia, como se llama entonces a Yakarta, se traslada a Buitenzorg. «Los cultivos están admirablemente hechos. La población es amable. Hay tantas curiosidades naturales en los volcanes que sólo por ellas resulta ya interesante la isla». Visita las plantaciones de Malasia, en Malaca, y escoge sus granos de *Hevea brasiliensis*. Cuando Yersin planta sus primeros árboles del caucho, se han cumplido cincuenta años de la invención de la vulcanización por Goodyear y diez de la del neumático por Dunlop. Él comienza con un centenar de hectáreas, que producen, al inicio de la guerra, dos toneladas de látex al mes. Se pone en contacto con el ingeniero Michelin. Aumenta a trescientas hectáreas. Un negocio de oro. Yersin es eficaz y tiene las ideas claras.

El éxito se debe también al encuentro con Vernet, un agrónomo enviado a Asia por el botánico Vilmorin para recolectar plantas. Yersin lo contrata. Tiene el talento de saber rodearse de los mejores y de escucharlos. Yersin no se contenta con ser el primer plantador de jebes en Annam, quiere llevar a cabo un estudio de agronomía. Los dos hombres diseñan los protocolos, redactan publicaciones sobre las características químicas del suelo, las pruebas de abonos, la recogida de granos, las técnicas de coagulación del látex y la realización de sangrados en los conductos laticíferos. Hacen experimentos con árboles que sacrifican para arrancarles todo o parte del follaje. Concluyen que «la proporción de goma contenida en el látex depende en gran medida de la función clorofílica: se puede pues atribuir a las hojas el principal papel en la elaboración del caucho».

Los dos hombres inventan un aparato, el picno-dilatómetro, más eficaz que el

xografo, destinado a medir la densidad del látex y su contenido en goma. Editan tablas de cálculo. Luego, se pelean. Yersin se queja a Calmette: «Vernet tiene un pésimo carácter, una vanidad inmensa, una cabezonería de mula vieja y un espíritu supercontradictorio». Yersin pretende trabajar directamente con el especialista de Clermond-Ferrand y le pide que le envíe a Nha Trang a uno de sus ingenieros. «Michelin es en verdad el hombre más competente en cuestiones de caucho». Yersin pide el apoyo de los pasteurianos. «He escrito pues una carta a Michelin que le he hecho llegar por intermediación de M. Roux».

Pero en Europa hay guerra y Roux tiene otras preocupaciones. Le mandan al frente en misión sanitaria. El Instituto Pasteur y el Instituto Koch, del otro lado de las trincheras, son requeridos a causa del conflicto y se ponen al servicio de sus respectivos Estados Mayores. Yersin está aislado. Francia ya no responde. Vuelve a coger su bastón de peregrino y a sus caminatas por las montañas en compañía de Armand Krempf. Saliendo de Suoi Giao y después de dos días de navegación y dos días de escalada, plantan su tienda en las alturas y descubren la colina de Hon Ba, en medio del frescor y bajo la lluvia.

En pocos meses Yersin instala allí un observatorio meteorológico, realiza pruebas de aclimatación de especies vegetales y animales, se pone a sembrar. La temperatura baja allí hasta los seis grados y la colina se cubre en invierno de una espesa niebla. Sin mosquitos. Con un río tumultuoso. Yersin se hace construir un chalet suizo en la jungla fría. «He teleografiado a M. Roux para preguntarle si podría servir con utilidad a Francia durante la guerra. Espero su respuesta». Le conminan a permanecer en Asia.

Sabe que no puede viajar más, que debe renunciar tanto al Lutetia como al *Paul-Lecat*. La guerra, o su disputa con Vernet, han acrecentado su misantropía. Adopta la costumbre de pasar muchas semanas seguidas, cual eremita, en su chalet en la cima de la colina, al borde del río, adonde va a buscar agua. Reflexiona, sin ver a nadie, sin pronunciar palabra, parte leños. Como el cadete Rousselle de la canción, ahora Yersin tiene tres casas, en tres climas diferentes, sin salir de su hogar, del dominio que cubre ya cinco mil hectáreas y aún habrá de triplicarse. Han pasado casi dos años y la guerra se atasca. Llega Verdún. Yersin está sentado delante de su chalet. Estudia ornitología y horticultura, llena cuadernos. «Tengo en este momento algunos crisantemos del Japón en flor. Son flores enormes, desmesuradas, soberbias. Para mí es un verdadero placer admirarlas».

Quizá a causa de la ociosidad, alimenta una nueva fascinación por las orquídeas, las colecciona y consigue que le lleguen muestras desde los países que la guerra deja al margen y cuyas villas son respetadas por los ejércitos beligerantes. Desde América central y a través del Pacífico, hace traer hasta Nha Trang variedades raras de Costa Rica, construye un vasto invernadero y coloca en el medio su material fotográfico. Un verascopeo Richard. Obtiene en su laboratorio las primeras imágenes en color. De

esas decenas de años tomando vistas, quedan cientos de copias que nadie ha visto nunca y que aguardan en la penumbra de los archivos del Instituto Pasteur de París.

Yersin ha plantado delante de su casa una higuera que es un esqueje enviado por Émilie desde la Casa de las Higueras, en Morges. Estudia arboricultura, aprende poda y acodadura, prepara injertos para los frutales, aclimata manzanos y ciruelos. «El albaricoquero sufre todavía más que el melocotonero en la temporada húmeda». Intenta apartar a los aldeanos del sistema de quema y desmonte —una catástrofe ecológica que, sin embargo, da al arroz de bosque crecido sobre la ceniza ese rico sabor ahumado— y emprende una campaña de reforestación. Con la ayuda de su pequeña banda de Nha Trang, cataloga especies vegetales endémicas y las describe, los *lims*, *cam xé* o *giong huong*. Aquí la teca sirve tan sólo para tallar las estacas de cierre de los corrales. Abren semilleros, largas trincheras de un kilómetro rellenas de hojas en descomposición y mantillo.

Yersin sigue escribiendo sobre todo eso en los correos que envía al Instituto Pasteur de París, como si esa especie de diario que mantenía con Fanny continuara con los pasteurianos. Escribe a Roux: «El cultivo de las flores me apasiona cada vez más. Podría cubrir con ellas la cima de la montaña y espero conseguirlo con el tiempo. Estoy probando con plantas alpinas, tengo ya siembras de arándanos y de pequeñas gencianas azules, que vigilo con ansiedad». Y uno se imagina a Roux encogiéndose de hombros ante la ansiedad de Yersin. O la risa nerviosa que le sacude al recordar el apocalipsis de los obuses y los cuerpos dislocados pudriéndose sobre las alambradas. Roux, de regreso del frente por algunos días, con su uniforme manchado de lodo y de sangre y el brazalete de la cruz roja, abriendo las cartas apiladas de Yersin, con su ansiedad por las pequeñas gencianas azules.

*Después del mar y de las montañas, ahora las flores.
Por qué no los pajaritos.*

Yersin construye pajareras, se rodea de cotorras y papagayos. Hace que le traigan de aquí y de allá pájaros exóticos que suelta en los invernaderos de orquídeas.

Los pasteurianos ya no le escuchan e inaugura una correspondencia con Henry Correvon, del jardín de aclimatación de Yverdon, en Suiza. Le encarga granos y le pide consejos. Sus primeros biógrafos mencionarán que en Nha Trang había cattleyas e hibiscos, amarilis y picos de loro. Más arriba, en Suoi Giao, amarantos y claveles, verbenas y yaros, ciclámenes y fucsias. En Hon Ba, rosas y orquídeas. En estas cartas Yersin establece la lista de plantas que echan hojas aquí pero nunca florecen: alhelíes y jacintos, narcisos y tulipanes. Estudia botánica. Las flores son los órganos sexuales de las plantas.

Puede que ésas, como él, hayan decidido no reproducirse nunca.

Yersin conoce las patrañas que los periodistas inventan. Ha leído las idioteces de su leyenda negra y también que se le adjudica una descendencia y que una indígena de las montañas sería la madre de un hijo del doctor Nam. Una mujer de esas tribus que ni la República ni el emperador de Annam se ocupan de empadronar. Habrá otros. Sólo se les adjudican a los ricos. Lo más probable es que Yersin esté ya más allá de los gestos patéticos de la reproducción. Ha pasado bastante tiempo en el laboratorio acoplado machos en celo y hembras calientes, frotando hocicos de rata macho contra vulvas de ratas hembra para acelerar el experimento, y nunca ha descubierto en sus cocciones un bacilo del amor. Sin duda ha engendrado en sí una porteña abominación hacia los espejos y la cópula porque multiplican sin razón las existencias.

Yersin no viajará más. No le da más vueltas al mundo ni al tema. Sabe que el planeta se encoge y se convierte por todas partes en lo mismo, y que muy pronto habrá que temer, como Rimbaud, encontrar «la misma magia burguesa en cualquier punto en el que posemos la maleta». Ahora él es un árbol. Ser árbol, eso es una vida, una vida de no moverse. Yersin alcanza la gran y hermosa soledad. El admirable aburrimiento. Y por la noche, cuando la fatiga termina por alejar las ideas caprichosas y uno carbura incluso sin el auxilio del alcohol, Yersin hablaría de todo eso con su padre para pedirle su opinión. Se acuerda de que hoy es mucho más viejo de lo que éste llegó a ser. Comienza a esperar la muerte. Sobre la descomposición, él sabe un rato. En esta tierra es donde desea descomponerse.

Con frecuencia, por la noche, solo con sus gatos siameses en el chalet, relee a Pasteur. «Si los seres microscópicos desaparecieran de nuestro globo, la superficie de la Tierra se cubriría de materia orgánica muerta y de todo tipo de cadáveres, animales y vegetales. Son ellos principalmente quienes dan al oxígeno sus propiedades comburentes. Sin ellos, la vida se volvería imposible, porque el trabajo de la muerte estaría incompleto». Es la vida la que quiere vivir, abandonar rápidamente ese cuerpo que envejece para renacer en un cuerpo nuevo, y a esos cuerpos, por su involuntaria contribución a su perpetuación, la vida los retribuye de paso con la calderilla del orgasmo. Nada nace de la nada. Todo lo que nace debe morir. Entre lo uno y lo otro, uno es libre de llevar la vida tranquila y recta de un jinete en su montura. Ese viejo estoicismo que recuperó Spinoza y la fuerza inmanente de la vida, que es la única que permanece. Ese principio puro, esa «naturaleza naturante» spinoziana a la que todo retorna. La vida es una farsa que todos interpretan.

Yersin lo ve todo negro y la guerra no se acaba. Desde hace casi cuatro años los dos pueblos hermanos se destruyen, arrojan a sus hijos por millares a las trincheras como a un cubo de basura. Seguramente él no volverá a ver la paz, ni París, ni Berlín. La victoria no está decidida. Clemenceau y Roux, ambos médicos, recorren el frente.

PARA LA POSTERIDAD

En cuanto deja su libro de cabecera, la gran estatua del Comendador se alza en medio de la noche. Con levita negra y corbata de pajarita, los ojos azules y el ceño fruncido. La boca de sombras recita las frases que Yersin se sabe de memoria. «Puesto que la peste es una enfermedad cuya causa ignoramos por completo, no es ilógico pensar que también puede ser producida por un microbio especial. Toda investigación experimental debe tener como guía algunas ideas preconcebidas, y se podría abordar el estudio de este mal, sin inconvenientes y quizá muy útilmente, a partir de la creencia de que es parasitario». Cuando esas frases de Pasteur fueron escritas, exponiendo la teoría microbiana como hipótesis de trabajo, Yersin tenía diecisiete años. Era todavía un alumno muy serio bajo los tilos del instituto de Morges. Eso fue cinco años antes de la primera vacunación antirrábica. Catorce antes del descubrimiento del bacilo en Hong Kong.

Era como si Pasteur le hubiera inventado a él, a Yersin, pieza a pieza, y hubiera manipulado su vida, igual que la de un animal de laboratorio; como si el viejo hemipléjico incapaz de viajar le hubiera mandado a Hong Kong en su lugar, enviando allí las piernas jóvenes, los brazos jóvenes, los ojos jóvenes de Yersin y, sobre todo, el joven espíritu de Yersin que él había preparado meticulosamente. Era como si su vida respondiera a una profecía pasteuriana, hasta que el azar, privándole de una estufa en Hong Kong, le hizo descubrir a temperatura ambiente el bacilo antes que Kitasato, desorientado por haber realizado su estudio a la temperatura del cuerpo humano. Era como si el descubrimiento mismo no fuera sino la ilustración de una frase escrita por Pasteur mucho antes: «En el campo de la observación, el azar sólo favorece a los espíritus preparados».

Yersin es un doble, un clon del joven cristalógrafo que recorre Europa, durante el Segundo Imperio, y escribe con ardor: «Iré hasta Trieste, iré hasta el fin del mundo. Tengo que descubrir el origen del ácido racémico». Y el joven Pasteur se monta en coches de punto y en trenes, de Viena a Leipzig, a Dresde, a Múnich, a Praga, lleva a cabo investigaciones en graneros y altillos, carga en su valija sus tubos de ensayo, sus pipetas, sus jeringas y el microscopio que es el ojo de nuestro ojo, y escala el glaciar Mar de Hielo desde Chamonix, para tomar allí muestras en el aire puro.

Y Yersin se da cuenta de que éste, que nunca fue médico y que cambió la historia de la medicina, hubiera podido ser un explorador, que tenía la disposición, y que esa disposición se trasluce en las imágenes que utiliza para describir sus investigaciones: «Al avanzar en el descubrimiento de lo desconocido, el sabio se parece al viajero que alcanza cimas cada vez más altas, desde las que su vista percibe nuevas e incesantes

extensiones que explorar». Una decena de años antes de su muerte, Pasteur se trasladó a Edimburgo en compañía de Ferdinand de Lesseps, y los dos hombres, en el apogeo de su celebridad, fueron a entrevistarse con la hija de Livingstone, el médico, el explorador, el pastor. Años más tarde, Pasteur invitó a Yersin a cenar, después de su conferencia en la Sociedad Geográfica, y le interrogó sobre sus expediciones, leyó el informe de su viaje a los dominios de los mois y enseguida redactó con entusiasmo cartas de recomendación y puso su inmensa notoriedad al servicio de quien, sin embargo, no quería oír hablar de investigaciones científicas y abandonaba la pequeña banda. Yersin le envió en agradecimiento un hermoso colmillo de elefante esculpido, todavía hoy colgado en la pared del apartamento de Pasteur, que ha sido convertido en museo.

Tumbado solo en la noche, en su chalet de Hon Ba, lejos de las bombas, con más de cincuenta años, Yersin no se hace ilusiones en cuanto a su notoriedad. Sabe bien que no dejará tras de sí más que esas dos palabras latinas, *Yersinia pestis*, y que sólo las conocerán los médicos.

Las dos tesis del joven Pasteur, una de química (*Investigaciones sobre la capacidad de saturación del ácido arsénico*) y la otra de física (*Estudio de los fenómenos relativos a la polarización rotatoria de los líquidos*), tampoco denotan la voluntad de alcanzar un éxito popular inmediato.

El maestro de Pasteur fue Biot. Siendo estudiante, había asistido a su ceremonia de ingreso en la Academia Francesa y escuchado su discurso, sus consejos de viejo sabio a los jóvenes científicos, exhortándoles a ponerse al servicio de la investigación pura: «Quizá la masa ignore sus nombres y no sepa que ustedes existen. Pero serán conocidos, estimados, seguidos por un reducido número de hombres eminentes, repartidos por toda la superficie del globo, sus émulos, sus pares en el senado universal de la inteligencia, los únicos con derecho a apreciarles y a asignarles a ustedes un rango, un rango merecido, del que ni la influencia de un ministro, ni la voluntad de un príncipe, ni el capricho popular podrán hacerles bajar, como tampoco habrán podido elevarlos hasta él, y en el que permanecerán mientras sean fieles a la ciencia que se lo otorga».

Y años después le llega al viejo Pasteur el turno de redactar su discurso de ingreso, de vestir el hábito verde y guardar la espada en su funda, de rendir homenaje al gran Littré, el positivista, el biógrafo de Auguste Comte, el lexicólogo que había escogido las palabras nuevas de microbio y microbiología. El inicio del texto quiere ser un ejercicio de modestia. «La conciencia de mis carencias me asalta de nuevo y me sentiría confuso al encontrarme en este lugar si no tuviera el deber de entregar a la ciencia misma el honor, por así decir impersonal, con el que me colman». Como siempre, la cosa es más compleja y esa modestia es pura retórica.

Con ella se disimula un orgullo inmenso. Pasteur ha consagrado años a erigir su propia estatua. Con ese gusto inmoderado de los franceses por la pompa y los

monumentos, la gloria y las querellas políticas. Esa insufrible mezcla de universalidad y amor sagrado a la patria que hace escribir al joven estudiante Louis Pasteur, hijo de un veterano de Bonaparte convertido en ardiente republicano: «¡De qué modo las palabras mágicas de libertad y fraternidad, y este renacer de la República, que eclosiona bajo el sol de nuestro siglo xx, nos llenan el corazón de sensaciones que son desconocidas y verdaderamente deliciosas!»

Todas esas curiosidades de la política, absolutamente ajenas a Yersin, llevarán a Pasteur, en la cima de su popularidad, a buscar el sufragio popular para hacerse elegir senador y a fracasar, por cierto. Yersin conoce las infinitas pérdidas de tiempo de Pasteur en disputas contra los médicos, contra la generación espontánea, contra Pouchet, contra Liebig, contra Koch. La estatua esculpida de su vida se hace a golpe de diatribas y de artículos, como si fueran buriles y martillos. Las interminables disputas en la Academia de Ciencias y en la Academia de Medicina. El sistema de pliegos sellados para asegurar la anterioridad de sus descubrimientos, los últimos de los cuales sólo serán abiertos a finales del siglo xx. Su diploma honoris causa desgarrado y enviado a Bonn, después de Sedán, de los bombardeos de París y del tratado de Frankfurt, tan monstruoso como más tarde el de Versalles. El apoyo político de los ingleses, del cirujano Lister, y la frase del fisiólogo Huxley en la Sociedad Real de Londres: «Los descubrimientos de Pasteur bastarían por sí solos para cubrir el rescate de guerra de cinco mil millones pagado por Francia a Alemania». En vez de eso, la República deberá pagar una pensión al arruinado benefactor de la Humanidad. Pero Pasteur dejará su nombre para la Historia y Yersin no.

*Yersin sabe perfectamente que es un enano.
Sin embargo, es un gran enano.*

Para pasar a la posteridad tendría que inventar un producto de consumo corriente. Porque el siglo xx será el de las barbaries y el de las marcas registradas. Justus von Liebig, Charles Goodyear, John Boyd Dunlop, André y Édouard Michelin, Armand Peugeot y Louis Renault. De los nombres de éstos la masa no se olvidará.

Si hubiera llamado Yersinia a su Co-Ca y la hubiera comercializado, su nombre brillaría aún.

Yersin está tumbado de noche en su chalet de Hon Ba. A su edad, Pasteur y su padre hacía tiempo que habían tenido sus hemorragias cerebrales. El viejo Pasteur espera la muerte en una tumbona, retirado en Villeneuve-l'Étang, en una propiedad del Instituto que los pasteurianos continúan llamando el anexo de Garches, en Marnes-la-Coquette, y que todavía sigue ahí, en medio del campo y de los grandes árboles del parque. Es verano, pues. El sol juega entre el follaje. Las manchas de luz

pintan sobre el suelo ojos de ala de mariposa. Él está sereno y espera su funeral de Estado y la ceremonia en Notre-Dame. Lo ha arreglado todo con Roux. Rechazará para sí la promiscuidad del Panteón. Una cripta faraónica acogerá sus restos en el sótano del Instituto. Columnas de mármol y dorados y mosaicos bizantinos. Da vueltas en su ánimo a las viejas palabras que jalonarán su responso. La alegría, el valor, la rectitud.

Juntas vienen a suscribir la moral de un viejo filósofo, es simple y no está tan mal: Obra de tal manera que la regla de tu acción pueda ser considerada una regla universal de acción^[11].

FRUTAS & VERDURAS

Al día siguiente por la mañana, Yersin se despierta en medio del silencio y de la paz. Se alegra de haber conseguido aclimatar, alrededor del chalet, patatas, fresas y frambuesas. Judías verdes y lechugas. Remolachas y zanahorias. «Hace unos días, me comí el primer melocotón que ha madurado en Hon Ba». La tierra es rica y roja bajo la hierba verde. Un siglo más tarde, la región de Dalat vive todavía de la horticultura y de los vegetales importados por Yersin. Desde ella, las alcachofas y los gladiolos se han expandido por todo Vietnam. No es sorprendente que su retrato domine el lago, ni que su nombre sea conocido mil veces más aquí que en París.

Cuando Yersin desciende a Nha Trang, se sienta delante de su puesto de radio de onda corta y oye hablar de la batalla de Chemin-des-Dames, de las cifras de la hecatombe y de las armas químicas. Como si la vida allá lejos fuera en blanco y negro y aquí explotara en mil colores. Se ha abonado a los telegramas de las agencias Havas y Reuter. Los rusos y los americanos podrían perfectamente repartirse la Europa destruida, reinar sobre los campos de ruinas, sobre la tierra sacudida de Verdún y de Europa entera, sobre el lodo y el gas y los árboles muertos. Es como si allá lejos hubiera llegado el Apocalipsis y él tuviera por misión salvar la belleza de Europa a bordo de su arca asiática. El envío de cartas se vuelve aleatorio. Yersin está cada vez más aislado. «Querida hermana, hace mucho que no recibo noticias tuyas. Deben de faltarnos uno o dos correos, que se habrán hundido seguramente en el Mediterráneo». Yersin consigna los nombres de los navíos de la línea Marsella-Saigón torpedeados por los alemanes, las fechas de su desaparición. El *Ville-de-la-Ciotat*, el *Magellan*, después el *Athos*, enviado al fondo con el cargamento de látex de Suoi Giao, el *Australien*...

Todos los hombres jóvenes han partido al frente. En Indochina queda un puñado de viejos náufragos pasteurianos. Simond, el hombre de la pulga, ha trocado Brasil por el Instituto Pasteur de Saigón. Yersin comparte con él su gusto por las orquídeas y por la fotografía, y los dos hombres reanudan su correspondencia. «He escrito a Lumière para hacerle un pedido de placas nuevas. Pienso que recibiré su respuesta antes de un mes y que podré informarle a usted si la fabricación de placas autocromas continúa o ha cesado como consecuencia de la guerra».

Le anuncia que parte para una larga marcha con Krempf, «con el propósito de fotografiar sobre el terreno algunas orquídeas interesantes de Nui Chua Chuan». En esa misma carta se queja de nuevo de su leyenda negra, de los chismes divulgados por los periodistas sobre su vida amorosa o sexual, que, al igual que la de Krempf,

parece ser puramente higienista. «Después nos dirigiremos al Celibatorium, ¡del que sigo siendo digno porque la historia de mi matrimonio con una inglesa es un bulo vil!

»Me gustaría saber qué ha sido de Calmette. No tengo noticias tuyas desde que se declaró la guerra y no sé adónde escribirle, puesto que Lille está ahora ocupado por los alemanes.

»Afectuosamente suyo».

Yersin consigna en su cuaderno la lista de las plantas que todavía se resisten a su ingenio, las que rehúsan abandonar Europa y echar raíces en este rincón de Asia: las grosellas, los nogales y los almendros. Y sobre todo, las viñas. Vuelve a copiar la lista en una carta para Correvon que quizá no llegue nunca a Suiza. Cierra el cuaderno de *Agricultura*, abre el cuaderno de *Epizootias*, después el cuaderno de *Avicultura*, vuelve a cerrarlos, frunce el ceño, se le ocurre una nueva idea. Así es cada cinco minutos. Comienza a escribir una carta para el gobernador general: «Pienso que podríamos organizar aquí una colección de los principales helechos exóticos ornamentales que contribuiría a hacer de nuestra bella estación de montaña un verdadero parque nacional».

Cierra el sobre y lo coloca sobre la pila de correo que espera la escala del próximo navío. Pero se le ocurre una idea todavía mejor. A medida que los combates en Europa se eternizan y se extienden, uno mide mejor las carencias de todo aquello que la metrópoli enviaba a la colonia antes de la guerra. Está muy bien tener fresas y frambuesas, pero uno de cada dos hombres sufre aquí paludismo. Yersin toma quinina desde los treinta años. Con cada navío torpedeado se va un cargamento de la medicina al fondo del mar. El rostro de Indochina está cubierto de sudor frío y sus manos tiemblan. Después llega la ofensiva de los Dardanelos y la epidemia de malaria entre la tropa, que vomita sus tripas sobre las aguas azules del Mármara. Francia reserva la producción de los laboratorios para el cuerpo expedicionario del ejército de Oriente.

Yersin toma de su biblioteca las obras de La Condamine, de quien sabe bien que él es un sorprendente heredero. Ese Charles Marie de La Condamine, científico y explorador como él, fue el primero, al regreso de su viaje a la Amazonia, en describir el árbol del caucho y el árbol de la quinina. La Academia de Ciencias ha editado el texto de sus informes: *Acerca del árbol de la quinina y Memoria sobre una resina elástica recientemente descubierta*. Yersin escribe a sus amigos de Java y hace que le envíen algunas plantas de quino, el árbol de la quinina. Lleva a cabo sus primeras tentativas de aclimatación.

Un árbol no crece jalando de lo alto. Hacen falta meses para darse cuenta de que la tierra de Hon Ba no le conviene. Yersin obtiene un análisis químico de las tierras de Java, donde la producción es floreciente, así como las curvas anuales de calor y pluviometría, y busca en Annam una región con estadísticas comparables. En Rusia llega la Revolución de Octubre.

Todavía no se había visto nada. El siglo se va instalando. Tiene diecisiete años y es ya un verdadero granuja. Con la gorra levantada sobre la frente, un pitillo en la comisura de los labios y la pistola al cinto. Después de los millones de muertos de la guerra mundial, llegan la guerra civil, desde Moscú hasta Vladivostok, el hambre y la epidemia de tifus. Yersin y su pequeña banda de Nha Trang continúan haciendo germinar sus granos en las cubetas, varían la composición del mantillo y añaden abono. Recorren el país tomando muestras que llevan al laboratorio. La colina de Dran, a mil metros de altitud, en dirección a Dalat. Yersin encuentra un sitio más propicio todavía en Djiring, a ochenta kilómetros de Nha Trang. Una noche, escucha por la radio que ha llegado el 11 de noviembre, y el Armisticio. Es también el día del entierro de Apollinaire, con su agujero de obús en la cabeza. Cuatro días más tarde, en su chalet de Hon Ba, Yersin toma la pluma y el papel con membrete del Instituto. «Mi querido Calmette: Estoy feliz y emocionado de poder reanudar nuestra relación, después de más de cuatro años de separación».

Las comunicaciones son restablecidas, y los supervivientes, devueltos a la vida civil. Yersin contrata a un investigador de biología vegetal, André Lambert, que había comenzado su carrera en la Sociedad de las Quinas. Es el inicio de una amistad de quince años. Los dos hombres tienen en común el gusto por el trabajo bien hecho y por las caminatas en la montaña. Reanudan las investigaciones, comienzan a firmar juntos publicaciones en la *Revue de la botanique appliquée*.

Yersin confía la dirección de los Institutos Pasteur en Indochina a su futuro biógrafo, Noël Bernard, que ha regresado del frente y que le rendirá homenaje así: «Ciertamente no existen muchos ejemplos de un desinterés semejante. Él se aparta para dejar a otros la libertad de iniciativa que siempre procuró para sí mismo». Yersin pretende consagrarse al estudio de la quinina. Cada vez está solo en su retiro en las alturas con más frecuencia y cada vez por más tiempo. En medio de sus jaulas de pájaros y de sus gatos siameses. Desde el fin de la guerra mantiene correspondencia de nuevo con Roux y Calmette. Sus cartas son a la vez amistosas y científicas y constituyen su diario. «El asistente que ha muerto no era cualquiera, es uno de los hijos del ex rey de Annam». Éste se había inoculado la peste por accidente. Yersin pide que todo sea consignado en los archivos, que no se olvide a los combatientes caídos en el frente científico. «Se llamaba Vinh Tham, era un muchacho de espíritu muy abierto, inteligente».

En Francia, detrás de los viejos Roux y Calmette aparece una nueva generación de pasteurianos que Yersin no conoce. Bordet recibe el Nobel por su trabajo sobre los anticuerpos. Louis-Ferdinand Destouches, el futuro Céline, y André Lwoff, el futuro premio Nobel, son enviados a Roscoff para estudiar las algas. Yersin ya no tiene coraje para viajar. Los paquebotes son siempre lentos y el transiberiano está en manos del Ejército Rojo. Más de treinta años después de haber embarcado a bordo del *Oxus*, su entusiasmo se ha evaporado. «Esas largas travesías por mar son terriblemente

monótonas. ¡Si al menos hubiera un servicio de aeroplanos organizado!» Con diez años de antelación, a Yersin le hubiera gustado fundar Air France.

Finalmente, se decide a tomar un pasaje a petición del Instituto. «El barco que me conviene más, el *Porthos*, partirá de Saigón el 30 de noviembre. Eso hará que llegue a París justo para la fiesta de Año Nuevo, lo que será muy molesto porque todo cierra ese día y será una pérdida de tiempo. Me alojaré en el Lutetia, como las últimas veces, y si a M. Roux le parece bien, charlaré con él».

Antes de su partida, acoge en Nha Trang a un veterinario, Henri Jacotot, también él veterano del curso de Roux, que viene a encargarse de la formación de los técnicos auxiliares de laboratorio y de los inspectores sanitarios. Las plantaciones y la cría continúan extendiéndose. Como ya no torpedean a los barcos, importa borregos de las razas kelantan o bizet, vacas bretonas y un toro saboyano con el fin de aumentar la producción de leche pasteurizada. Yersin es un viejo pastor de barba blanca y largo bastón, al frente de más de tres mil cabezas de ovino. Desde que gracias al caucho y después a la quinina la sociedad en la que han invertido los «Señores Yersin, Roux & Calmette» ha empezado a dar beneficios, ésta ha sido cedida por un franco simbólico al Instituto Pasteur y con ella se financian las investigaciones. Se sigue roturando porque hace falta alimentar a todas esas bestias. Se siembran praderas de césped, de tréboles y de grama.

He ahí a Yersin, expuesto a recibir la medalla de algún círculo de labradores, mientras otro pasteuriano, Nicolle, recibe el Nobel por su trabajo sobre la transmisión del tifus.

EN VAUGIRARD

Éste es el verdadero invierno. No ese sucedáneo de invierno que se ha armado en Hon Ba y que ha terminado por considerar el invierno de Lausana. Hace un frío que pela. Han echado sal a las aceras. Yersin es un hombre de más de sesenta años vestido con un sobretodo negro, que lleva sombrero y bufanda. Durante los siete años en que no ha venido a Europa no ha usado esa indumentaria ni se ha puesto guantes.

Reanuda sus paseos lentos por París, acompañado por la pequeña nube de vapor de su aliento. Había olvidado todo eso, que ahora le recuerda su infancia al borde del lago. Sonríe, duda al atravesar los bulevares ante la profusión y la velocidad de los automóviles taxis, también éstos seguidos por el penacho blanco de sus escapes de gas en el aire helado. Piensa en todo el dinero que habría podido amasar su amigo Serpollet. Mira los neumáticos, algunos de los cuales están hechos con caucho de Suoi Giao. Hay decoraciones que parpadean en los árboles sin hojas. Yersin había oído hablar en la radio sobre esta modernidad y este frenesí que sucedían, según se decía, a la carnicería de la última de las últimas guerras. Esta mitad de los años veinte a la que llaman los Años Locos. La gran torre de hierro está iluminada y Yersin recuerda haber seguido su construcción y su posterior inauguración, cuatro años antes de su llegada a París, el verano en que él se avino a reemplazar a Roux en el curso de microbiología. Fue el verano del centenario. Aquí siente más que en Nha Trang el peso de la Historia o quizá es tan sólo el peso de su vida sobre sus hombros. Tiene la edad que tenían Wigand y Pasteur cuando los conoció en Marburgo y en París. Recorre la plaza de la Concorde, que un día fuera la plaza de la Revolución y de la discordia, y se va al muelle de la Mégisserie a mirar animales. Hace demasiado frío. Han guardado las jaulas en el interior.

Aunque nunca ha hecho diferencias entre él mismo y el Instituto, desde que a los ingresos por las vacunas veterinarias se suman los del caucho y la quinina, Yersin es un hombre rico. Abusa poco de ello. Escoge granos y bulbos en casa de Vilmorin: yaros y begonias, amarantos cresta de gallo y petunias, ciclámenes, rascamoños, dalias, retamas de España y adormideras rojas. Hace enviar un lote a Marsella, al muelle de las Mensajerías, y otro a Suiza, un ramo para su hermana. Regresa al hotel. Los nuevos habituales del Lutetia le son desconocidos. Entre ellos hay escritores de moda. André Gide, cuando no está en el Congo, y Blaise Cendrars, cuando no está en Brasil. Los dos ascensoristas son *gueules cassés*, mancos, mutilados de guerra con el pecho lleno de medallas. Durante siete años, Yersin no ha visto París. Durante siete años, no ha visto los rostros de aquéllos a quienes quiere: Calmette y Roux en Francia, Émilie en Suiza. Es demasiado tiempo. Está un poco perdido.

Por la mañana, atraviesa la calle delante del hotel y desciende las escaleras de la estación de Sèvres-Babylone, compra un billete de primera clase y toma la línea doce, que todavía es conocida como la Norte-Sur. Va directa al Instituto. «En el metro, que tomo a menudo, el barullo es indescriptible. En los bulevares la masa es densa y forma una corriente ininterrumpida. En el barrio del Instituto Pasteur la animación es menor y uno se cree casi en el campo». Por esas calles en calma es por donde prefiere reanudar sus paseos. Por la calle Dutot y la calle de Volontaires, y por las transversales y paralelas: la calle Mathurin-Régnier, la calle Plumet y la calle Blomet. La comuna de Vaugirard se integró en París durante el Segundo Imperio, en el año 60 del otro siglo, el año en que Mouhot descubrió los templos de Angkor, el año en que Pasteur escalaba el Mar de Hielo. Veinticinco años más tarde, una suscripción internacional había permitido comprar algunas hectáreas de parcelas hortícolas para levantar en ellas el Instituto, en medio de campos de coles.

A mitad de estos años veinte, a dos pasos de los jergones blancos y asépticos, de las jeringas desinfectadas y los microscopios, del orden y la limpieza de los laboratorios, de los oros y mármoles negros de la cripta bizantina, las chabolas y las fábricas se han convertido en talleres de artistas alrededor del Bal Nègre. En las fábricas destruidas durante la guerra —reconstruidas más lejos, en los arrabales donde los industriales, que precisan de mano de obra tras la gran carnicería de guripas, amontonan a trabajadores norteafricanos— quienes se instalan son artistas que aún no tienen acceso al Lutetia y que sin duda no lo tendrán jamás. Desconocidos que las pasan canutas. Todas esas nimiedades de la pintura y la literatura. La pequeña banda de la calle Blomet. El hombre del sobretodo negro seguramente se cruza con Masson, Leiris, Desnos o Miró en la estación Volontaires: jóvenes con chaquetas americanas que se bajan de los vagones de segunda clase. «La estación de Volontaires y las famosas entradas del metro me recuerdan al gran Gaudí, que tanto me ha influido», escribirá un día el pintor catalán, cuando también él esté de moda.

El fantasma del futuro, el hombre del cuaderno de piel de topo que sigue a Yersin como su sombra y que también ha desembarcado procedente de Nha Trang, acompaña a Yersin en sus paseos por París, con los pies helados. Como realmente hace demasiado frío, los dos hombres empujan la puerta de entrada del Select, en la calle Plumet, un bistró fuera del tiempo cuya decoración debe de ser la misma desde los años veinte. Ambos piden café.

El fantasma del futuro ha copiado en su cuaderno algunas frases de Robert Desnos y se las muestra a Yersin: «El paseante que por la tarde vague por la calle Blomet puede ver, no lejos del Bal Nègre, un gran caserón derruido. Allí crece la hierba. La enramada de la casa vecina se desborda por encima de los muros y tras la puerta cochera se alza un árbol robusto. Es el número 45 de la calle Blomet, donde habité durante muchos años y al que más de uno de los que fueron mis amigos y de los que lo son aún recordará haber venido». Eran todos una pequeña banda: Artaud,

Bataille, Breton... Y como recuerda el pintor catalán, una vez que se ha puesto de moda (porque a uno le gusta, una vez que se ha puesto de moda, recordar los tiempos en que no lo estaba en absoluto), «se bebía mucho, era el tiempo de los aguardientes finos y del cóctel mandarín con curasao. Ellos llegaban en metro, por la famosa Norte-Sur, que servía de vía de unión entre el Montmartre de los surrealistas y los trasnochadores de Montparnasse».

Yersin se encoge de hombros, descuelga su sobretodo, se pone el sombrero. Hoy en día, un jardín infantil y un club de petanca ocupan el emplazamiento de los talleres. Han puesto allí una escultura del catalán, *L'Oiseau lunaire*, en homenaje a Desnos, muerto de tifus en Theresienstadt después de su deportación a Buchenwald. El fantasma del futuro mira cómo la silueta abrigada por su sobretodo negro se aleja. Yersin sube hacia la calle Dutot, saluda a Joseph Meister en la portería. Después de las reuniones de trabajo con Roux y con Eugène Wollman, que está llevando a cabo estudios de bacteriología sobre el bacilo de Yersin, porque todos esos bichos inmundos no dejan de comerse los unos a los otros, Yersin se instala en el despacho bien caldeado de Calmette, «donde he encontrado una esquina en la mesa sobre la que redactar mi correspondencia».

Antes de su partida almuerza con su amigo Doumer, que sigue sin cansarse de la política. Cuatro de sus hijos han caído en el campo del honor. Él acaba de integrarse en el cártel de la izquierda, de nuevo es ministro de Finanzas en el gobierno de Aristide Briand. Si supiera lo que le espera, quizá también él escogería cultivar su jardín y comprar granos donde Vilmorin. O retirarse a Dalat, al Lang Bian Palace Hotel que él mismo hizo construir.

Yersin recibe la medalla de la Sociedad Geográfica Comercial por sus trabajos sobre la aclimatación de la quinina, una modesta fruslería cuando Calmette es elegido para la Academia de las Ciencias. Se olvidan de Yersin. Es un hombre de otro siglo. Y resulta que hace treinta años que venció a la peste.

Yersinia pestis.

MÁQUINAS & HERRAMIENTAS

El tiempo de la ciencia y del pensamiento no es el de los relojes y los calendarios. Yersin se sale de la Historia. Él es un enciclopedista de la Ilustración. Antes de él, La Condamine había escrito sobre geología y botánica, sobre física y matemática, sobre medicina y botánica, según el capricho de sus humores. Como Pasteur, había sido miembro de la Academia de Ciencias y de la Academia Francesa. Pero el amigo de Voltaire era un Enciclopedista con mayúscula y colaboraba con Diderot y D'Alembert. Yersin es un hiperactivo, un especialista en agronomía tropical y un bacteriólogo, un etnólogo y un fotógrafo. Ha publicado al más alto nivel sobre microbiología y botánica. Ahora tiene otra idea. Como dispone de horas libres gracias al milagro de la paz, que le ha devuelto a sus colaboradores, se sienta en su azotea, en su sillón de mimbre, detrás de su telescopio de tránsitos.

Ha confiado la investigación médica a Noël Bernard, la investigación veterinaria a Henri Jacotot, las quininas a André Lambert, y la gestión de todo eso, la logística y la contabilidad, a Anatole Gallois, un periodista despedido del *Journal de Haiphong*. Ésa es su nueva pequeña banda. Él no quiere oír hablar más de animales y se consagra por entero a la meteorología. Se ha traído de París un electrómetro bifilar de Wulf. Hace fabricar grandes cometas, unidas por cables de acero a tornos de mano y a cabrestantes. Las envía en medio de las nubes, a mil metros de altura, y los niños de la aldea aplauden. Quiere medir la electricidad atmosférica y prever las tormentas y los tifones. Calmette y Roux se inquietan ante su silencio. «He hecho volar unas cometas para practicar sondeos meteorológicos».

De igual modo que la peste en la Edad Media, los meteoros son calamidades que diezman. La sequía o el hielo, las tormentas de granizo y las tempestades traen el hambre y la guerra. Los pescadores desaparecen aquí a causa de los frecuentes tornados. Conseguir previsiones fiables sería actuar en pro de la paz y la prosperidad.

Yersin ha convencido a Fichot, un ingeniero hidrógrafo de la marina, apasionado de la astronomía, de que venga a instalarse a Nha Trang. Una escalera lleva a la azotea de la gran casa cuadrada. Una cúpula abriga el telescopio que encargó en Jena donde Carl Zeiss, y un astrolabio de prisma. Cada noche se dedican los dos a observar. Yersin estudia logaritmos, progresa en las matemáticas y encarga obras de referencia. Le gustaría que la parte del cielo situada encima de su reino fuera anexionada a éste, junto con las estrellas y los cometas. Sueña con Kepler y con Tycho Brahe, y quisiera ser los dos a la vez. El hombre de la observación y el del cálculo. Tanto en la tierra como en el cielo. Él, como en el verso de Rimbaud, alguna vez ha visto lo que cree ver el hombre. Quisiera que se le confunda un día con el

astrónomo de Veermer y que un museo nacional mencione su nombre en su elenco. Del microscopio al telescopio, constata la asombrosa proximidad geométrica de lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño. Y nosotros, los humanos, flotando como medusas entre los dos. Sin embargo, él mantiene los pies en la tierra, llena cuadernos, progresa en teoría matemática, publica sus anotaciones y sus consideraciones celestes en el *Bulletin astronomique* fundado por Henri Poincaré, precursor de la relatividad. La luz de Yersin no se ha apagado.

A falta de un Nobel de medicina, ¿por qué no uno de física?

Después el techo se agrieta. Es demasiado pesado. Se acabó para él la astronomía. Tiene otra idea. Hace desmontar todo el tinglado y coloca las cosas en el patio para los niños, que hace tiempo que se cansaron del xografo, un estupidez de juguete, la verdad. Al envejecer, adora a los niños. Se lleva a los de la aldea a bordo de su lancha a vapor Serpollet en sus salidas para pescar con caña en las islas de la bahía. Se ha traído de París un proyector cinematográfico y les pasa filmes documentales y películas de Charlot. Los niños ríen. Por favor, una más. Y después, las cometas. Los niños no saben parar. Ya está bien. Tiene otra idea. Rápido. Todo el mundo fuera.

Hace instalar una red de telegrafía sin hilo de Nha Trang a Suoi Giao y a Hon Ba. Un oficial de transmisiones se traslada a cada una de las tres casas, pone en comunicación los emisores-receptores y enseña su funcionamiento a Yersin y a sus colaboradores. De ahora en adelante podrán intercambiarse noticias y previsiones meteorológicas. Se ponen los auriculares por turno. «Desgraciadamente, estamos demasiado alejados para escuchar los conciertos emitidos por los puestos de Europa y América». Yersin se sumerge en los manuales técnicos, escribe a Calmette: «Voy montando poco a poco mi laboratorio personal de electricidad y en él me divierto mucho. He conseguido localizar en la banda las radios de Burdeos. Todavía no funciona muy bien, a causa de las interrupciones atmosféricas, que son muy frecuentes en esta temporada, pero si no hay dificultades que vencer, no hay placer».

En el punto al que él ha llegado, un idiota plantaría una bandera. Se nombraría jefe. Reclutaría una milicia, encargaría que le hicieran un himno, izaría los pabellones de su armada y acuñaría moneda. Cual William Walker y su efímera República de la Baja California y Sonora. Cual Mayrena y su Reino de los Sedangs. Cual James Brooke y su Sultanato de Sarawak. Un estrado y un micrófono. Un uniforme y gafas negras. Un Guía, un Rais, un Bao Dai. Y una esposa hollywoodiense, por qué no. Porque su reino es claramente mucho más grande que Mónaco.

Es lindo hablarse por radio. Pero hacen falta todavía horas de piragua y luego de caballo para subir las semillas de Nha Trang a Suoi Giao y de Suoi Giao a Hon Ba, y para bajar después la producción. Yersin estima la extensión de su dominio, al día de hoy, en veinte mil hectáreas, incluyendo las montañas de su «esfera de influencia» y sin contar el cielo que tiene encima. Cuando la Academia de Ciencias le entrega un

premio por alguno de sus hallazgos ingeniosos, él emprende con ese dinero la construcción de una carretera zigzagueante de treinta kilómetros. Helo ahí como ingeniero civil. «En lugar de encargar ese trabajo a empresarios, lo dirijo yo mismo con ayuda de nuestros^[12]. Voy a darle a nuestra carretera una pendiente regular del diez por ciento». A veces hay que romper las rocas con explosivos. «Los pedazos nos sirven para la construcción de los muros de contención en los terraplenes que hacemos con piedra en seco». Yersin termina así su carta a Roux: «El trabajo saldrá también menos caro y será de provecho para nuestro personal, en lugar de alimentar a intermediarios que no pagan a sus coolies. Para su trazado empleo un instrumento de la construcción inglesa muy práctico que se llama Improver Road Tracer».

La carretera permitirá subir un potente grupo electrógeno hasta el chalet, instalar un alumbrado para entretener a los papagayos y poner en marcha una bomba hidráulica para irrigar las parcelas y los rosales. Yersin encarga en Francia un vehículo oruga Citroën, como «los que han atravesado el Sahara». Porque, como quien no quiere la cosa, y aunque nunca ha sido ése su objetivo, el rey del caucho y de la quinina acumula beneficios. Yersin, el ascético, se ha labrado solo un imperio en el Imperio.

En cuanto le dieran el Nobel se construiría con gusto un pequeño aeropuerto.

EL REY DE LA QUININA

Los árboles de la quinina tienen quince años y dan una gran producción. El siglo tiene treinta años y Yersin sesenta y siete. Son muchas toneladas de quinina por año. Como con el caucho, todo está sometido a los imprevistos climáticos y zoológicos. «En este momento tenemos en Suoi Giao una gran manada de elefantes salvajes que nos causan muchos destrozos, estropean la carretera y destruyen la línea telegráfica».

En este año 30, un revolucionario desconocido, que ha cambiado de nombre muchas veces y actualmente se hace llamar Ho Chi Minh, y que diez años antes asistió en el Congreso de Tours a la creación del Partido Comunista francés, funda en la clandestinidad el Partido Comunista indochino. En la época en que se llamaba Nguyen Ai Quoc, estudió en Francia y vivió un tiempo en Londres y en Le Havre. Ha sido cocinero en los paquebotes y puede que Yersin se lo haya cruzado en alguna de sus travesías. Tiene ya esa delgadez de bambú y la sonrisa radiante, pero todavía no la perilla a lo Trotski. Yersin no cree ni por un momento en la cantinela revolucionaria. Matar a los hombres para hacer vivir los sueños. No como el joven Rimbaud, autor de un *Proyecto de constitución comunista* cincuenta años antes del Congreso de Tours. Lo que le debería haber valido a título póstumo el carnet número cero del Partido. En este año 30, Doumer, el socialtraidor, es presidente del Senado. El pasteuriano Boëz se inocula por accidente la fiebre tifoidea. Boëz, dormido para siempre en Dalat, se une en los *Archives de l'Institut Pasteur d'Indochine* a los combatientes caídos en el frente de la bacteriología.

Al año siguiente tiene lugar en París la Exposición Colonial, cuyo patronazgo es confiado al viejo Lyautey. En el bosque de Vincennes se levanta una réplica del Angkor Vat. Yersin y Lambert no se desplazarán, pero publican para la ocasión un folleto sobre el cultivo de los árboles de la quinina, cuyo estilo es, una vez más, el de una sutil poesía: «La acción de los fosfatos de Tonkin, el ácido fosfórico poco soluble, no está clara. El potasio, bajo la forma de sales de Alsacia, sólo ha tenido un débil efecto. La cal parece no haber obrado favorablemente aunque el terreno fue desprovisto de este elemento. La cianamida y el nitrato de calcio han tenido una acción netamente perjudicial, muchas cepas de esa serie han perecido, y las que no, se desarrollaron con retraso respecto de las otras series». Es casi tan vivo como un verso de Cendrars que bien podría ser una biografía de Yersin: «Gong tam-tam zanzíbar bestia de la jungla rayos-X exprés bisturí».

Después, Lambert muere a los cuarenta y seis años. Alrededor de Yersin comienza la hecatombe. Redacta la necrológica de su amigo para los *Archives*. La

amistad es el único sentimiento que es paradójicamente racional y que no es una pasión. Yersin, en su dolor, recuerda cómo fue «conquistado por las cualidades del compañero de trabajo y del amigo». El retrato de un amigo es siempre un autorretrato, uno le atribuye las virtudes que le gustaría encontrar en el espejo: «Hombre de carácter y con sentido del deber, no prestaba su amistad más que tras un buen tiempo, pero, a partir de ahí, permanecía fiel, con rectitud, con una firmeza tranquila, dispuesto a todos los sacrificios».

Porque, a fin de cuentas, se haya obtenido o no la vacuna contra la peste, uno sabe que no hay vacuna contra la muerte de los amigos y que todo es un poco en vano. Se podría confiar en un triunfo ejemplar. Pero quizá no. Los tabiques de su razón son desde la infancia impermeables a la pasión. De acero inoxidable. El corazón del reactor nunca franqueará el recinto que lo confina, si no, al menor fallo, sucedería la catástrofe, la explosión, la aniquilación, la depresión, la melancolía o, todavía peor, las nimiedades de la literatura y de la pintura; de ahí esos antojos científicos que el pensamiento, con semejante presión sobre la válvula, proyecta a toda marcha, inventa en todos los terrenos. Al ritmo de los esporádicos chorros de su movimiento rotatorio. Y, sin duda, a Yersin le importa poco que su nombre esté o no en lo alto del cartel. Sin duda, hace todo eso porque está claro que el olmo no da peras.

Ya están en lo alto del tobogán de la próxima guerra mundial. Yersin envía a Francia su texto *Algunas observaciones de electricidad atmosférica en Indochina*, publicado por la Academia de Ciencias, sin saber que está haciendo poesía de la ahora llamada futurista. Doumer es elegido presidente de la República. Yersin sigue poniendo distancia y altura en Hon Ba. El mundo se agita a sus espaldas. A él no le interesa. Cree que podrá ignorar siempre todas esas porquerías de la Historia y de la política. Si lo hubiera leído, habría suscrito el individualismo de Baudelaire, según el cual sólo puede haber progreso verdadero en el individuo y por el individuo. Yersin es un hombre solo. Sabe que nada grande se ha hecho nunca en multitud. Detesta el grupo, en el que la inteligencia es inversamente proporcional al número de miembros que lo componen. El genio es siempre único. Un comité tiene la lucidez de un hámster. Un estadio, la perspicacia de un paramecio.

Una noche, oye por la radio que Doumer acaba de ser abatido a tiros por el médico ruso Pavel Gorgulov, de quien nunca se sabrá bien si fue un loco o un fascista.

Doumer era amigo de escritores y Loti le había dedicado su *Peregrino de Angkor*. El día de su asesinato, está a su lado Farrère, que fue amigo de Loti y, como éste, marino en el Bósforo. El académico Farrère, que obtuvo el premio Goncourt antes de la guerra con *Los civilizados*, cuya acción transcurre en Saigón. Farrère, quien en este asunto también se lleva un tiro en el despacho, pero que se repondrá, según dice la radio. Ha pasado mucho tiempo desde que Doumer y Yersin escalaron juntos las colinas hasta la meseta de Lang Bian para fundar allí Dalat. Mucho desde que el

huérfano de Morges y el huérfano de Aurillac remontaron juntos el Mekong, de Saigón a Phnom Penh.

Cincuenta años antes, en Aurillac, los criadores de borregos habían invitado a Pasteur para agradecerle que les hubiera librado del carbunco. Le ofrecieron una gran copa esculpida en la que aparecían los emblemas del microscopio y la jeringa. A la sombra de los plátanos engalanados, delante de la banda formada y de algunos borregos premiados en los círculos de labradores, el alcalde tomó la palabra y se dirigió al hombre de levita negra, corbata de pajarita y ojos azules: «Nuestra villa de Aurillac es muy pequeña y aquí no encontrará usted esa población deslumbrante que habita en las grandes ciudades, pero encontrará inteligencias capaces de apreciar las buenas acciones que usted ha hecho y de conservar el recuerdo de ellas». Entre el pequeño gentío reunido estaba el huérfano Doumer, joven profesor de matemáticas. Y conservó el recuerdo de aquel día hasta el punto de fundar, veinte años más tarde, el complejo sanitario de Hanói y de colocar a su cabeza al pasteuriano Yersin.

En este mismo año de 1932, el del asesinato de Doumer, Émilie muere en Suiza en medio de sus cajas de gallinas y con ello termina la correspondencia. En este mismo año de 1932, un antiguo médico pasteuriano, un pasteuriano renegado, convertido en escritor, en novelista, publica su *Viaje al fin de la noche*.

ALEXANDRE & LOUIS

A los dieciocho años, este hijo de una costurera del pasaje Choiseul se alista por tres años. Es destinado al 12.º de Coraceros con guarnición en Rambouillet y accede al modesto grado de sargento. Así tiene cama y comida, por supuesto, pero no es una buena idea. Enseguida llega el 14 y a los veinte años se encuentra con una medalla militar y una invalidez del setenta y cinco por ciento. Eso le vale que su retrato aparezca en la portada de *L'Illustration*. Al menos, no verá Verdún. El héroe anglófilo es despachado a Inglaterra. Se traslada a Camerún, de donde han expulsado a los alemanes, y ejerce de aventurero para la compañía del Ubangui-Sangha: llega a Bikobimbo después de tres semanas de marcha. Allí contrae el paludismo y la disentería.

Louis-Ferdinand Destouches ha conocido en África aquello que Yersin descubrió en Asia y sobre lo que escribió a Fanny. «Esta especie de libertad salvaje que uno disfruta no puede ser comprendida en Europa, donde todo está tan regulado por la civilización».

Estos dos están perdidos para Europa.

Después de la guerra, al inicio de los años veinte, el futuro Céline, estudiante de medicina, obtiene una beca de prácticas en el Instituto Pasteur. Le envían a estudiar algas y bacterias a Roscoff, en compañía del joven André Lwoff, que tiene entonces dieciocho años. Louis-Ferdinand Destouches prepara su tesis sobre Ignace Semmelweis, el médico higienista húngaro, el prepasteuriano, el genio incomprendido que es internado en un hospital psiquiátrico donde se rebela y muere a causa de los golpes del personal. Porque así es el genio, o lo uno o lo otro, o el oro y los mármoles y el Panteón o la camisa de fuerza, y se necesita muy poco para eso. En su tesis, Céline escribe en buen pasteuriano su homenaje a la levita negra y a la corbata de pajarita. «Pasteur, con una luz más potente, instauraba cincuenta años más tarde la verdad microbiana de una manera irrefutable y total».

Destouches se convierte en médico higienista al servicio de la Sociedad de Naciones de Ginebra, y cumple diversas misiones en Estados Unidos, Canadá y Cuba. Puede que por un tiempo sueñe con una carrera científica, con un Nobel, pero después lo deja de lado. Mejor se va a dinamitar la novela, como Rimbaud había dinamitado la poesía. Abre una consulta en el arrabal parisino y por la noche se pone a garrapatear sus cosas, no quiere oír hablar más de la investigación médica. Y uno piensa en el Yersin de la época de las incesantes solicitudes de Calmette y Roux: «Y por otro lado, además, está mi firme intención de no volver al Instituto Pasteur».

En la novela, Louis Pasteur se transforma en Bioduret Joseph. Un médico de

arrabal regresa de las carnicerías, los lodazales y las alambradas de la guerra del 14, y vive la vida de los pobres, que es la misma antes o después de la victoria, antes o después de los monumentos y las banderas y las mentiras de la política. El niño Bébert va a morir. «Hacia el diecisiete de septiembre me dije que a pesar de todo haría bien en ir a preguntar qué piensan de un caso de tifoidea de este género en el Instituto Bioduret Joseph».

La descripción del Instituto es catastrófica. El médico de arrabal habla de la guarrería y el pestazo en medio de los cuales los ayudantes de laboratorio aprovechan el gas gratuito para calentar a fuego lento sus potajes, entre «pequeños cadáveres de animales destripados, colillas de cigarrillos, mecheros de gas mellados, cajas y tarros con ratones ahogándose dentro». Los pasteurianos quizá griten ante el escándalo y la traición, pero también se puede recordar cierta frase de Yersin: «La vida que se lleva en el laboratorio me parece imposible una vez que se ha probado la libertad y la vida al aire libre».

El médico se encuentra con el viejo sabio desengañado Parapine, que fue su maestro en el tiempo en que todavía creía. Con el sobretodo negro sobre sus hombros caídos y cubiertos de caspa, y el bigote blanco amarilleado por el tabaco, éste se burla de su joven y ambicioso auxiliar. «El menor de mis gestos le embriaga. Por otra parte, ¿no sucede lo mismo en todas las religiones? ¿No hace una eternidad que el sacerdote piensa en cualquier cosa menos en ese buen Dios en el que su pertiguero cree todavía... y con una convicción de hierro?»

Yersin: «Las investigaciones científicas son muy interesantes, pero el señor Pasteur tenía toda la razón cuando decía que, salvo que se sea un genio, hace falta ser rico para trabajar en un laboratorio, so pena de llevar una existencia miserable aun cuando se tenga cierto renombre científico».

Céline: «Por ese Bioduret muchos jóvenes optaron desde hace medio siglo por la investigación científica. Con tantos fracasos como al término del Conservatorio. Y, por otra parte, al cabo de unos años todos terminaron por parecerse a quienes no tuvieron éxito».

El joven médico contrariado va a ver «la tumba del gran sabio Bioduret Joseph, que se encontraba en los propios sótanos del Instituto, entre oros y mármoles. Fantasía burgués-bizantina de gusto sublime». La cripta y los mosaicos que el viejo Joseph Meister, ocho años antes de la aparición de la novela, no quiso ver profanados cuando los alemanes entraron en el Instituto.

¿Qué le pasó por la cabeza a éste, antes de la última bala? ¿Y por qué se trajo de la guerra del 14 aquel viejo pistolón? ¿Por qué desde hace más de veinte años lo limpia y engrasa, lo envuelve en un paño y lo guarda en un cajón? Seguramente, pensaba que el arma tenía que ver con su oficio de portero, de guardián del templo, de última muralla. Quizá, como alsaciano, sabía que la victoria era provisional y un

día volvería la jodienda. Que así vigilaría mejor los restos de Pasteur, muerto desde hacía cuarenta y cinco años. Los alemanes se ríen del anciano que pretende cerrarles el paso, como si se creyera él solo más poderoso que la línea Maginot. Le apartan, le empujan. Descienden los escalones hacia el oro y los mármoles. El viejecito se larga. ¿Vuelve a ver al perro, sus colmillos, la espuma blanca que chorrea por el hocico? La detonación. Los alemanes retiran los pestillos de seguridad de sus metralletas, ladran órdenes, corren por las escaleras. Se enteran de que el anciano que yace ensangrentado no ha cumplido en su vida más que una misión: haber sido el primero en salvarse de la rabia. Ser la prueba de la teoría pasteuriana. Una cobaya.

CASI UN «DWEM»

Desde hace años, Bernard y Jacotot manejan el negocio y desarrollo de las vacunas, abren perreras para la rabia canina y porquerizas para la peste porcina. Hace mucho tiempo que han pasado de la artesanía a la industria, de las dos mil dosis a las más de cien mil. Los miembros del equipo se han formado en Nha Trang: Bui Quang Phuong permanecerá allí como médico experimentador durante veinticinco años, así como los técnicos auxiliares de laboratorio Le Van Da y Ngo Dai y los ayudantes. Éstos son todavía jóvenes y, como todos nosotros, no imaginan lo que les espera. Serán ya viejos durante las guerras de Indochina.

Porque todavía no se había visto nada. La Primera había sido para calentar la mano. La Rusia destruida a fuego y sangre, de Moscú a Vladivostok, todavía no era nada. Un día, el siglo cumple treinta y tres años. Ésa es la edad a la que murieron Cristo y Alejandro Magno. Pero es una fatalidad que los siglos lleguen a centenarios. El joven matón se convierte en jefe de gang en la plenitud de su edad. En Berlín, los coleccionistas de arte Hitler y Göring acceden al poder, y en París, ese mismo año, Calmette y Roux mueren con dos semanas de diferencia.

Roux, como Pasteur, tiene derecho a un funeral de Estado. Es enterrado en el patio del Instituto. Es el último al que se enterrará en el patio. Si no, las siguientes generaciones no podrán llegar a sus laboratorios sin pisotear restos de sabios. Le ponen su nombre a la parte de la calle Dutot que llega hasta el bulevar Pasteur. En la novela de Céline, Roux es Jaunisset, y Parapine «calificó en un instante a ese famoso Jaunisset de falsario, de maniaco de la especie más temible, y además le atribuyó más crímenes monstruosos, inéditos y secretos de los que se necesitan para llenar un presidio entero durante un siglo». Yersin: «En el mundo de los sabios hay quizá más celos, mala fe y decepciones que en ninguna otra parte».

Después de la muerte de Calmette y de Roux, Yersin se convierte en el último superviviente de la banda de Pasteur y ésa será la función que asuma durante diez años. Le nombran director honorario de la casa madre. Cada año, sale de Saigón en la línea aérea de Air France y aterriza en el Lutetia, preside el concilio o Santa Sede o reunión de directores de los Institutos Pasteur de Casablanca, Antananarivo, Argel, Teherán, Estambul y otros, y los de Hanói, Dalat y Saigón, que representa él mismo, así como a los laboratorios destacados en Hué, Phnom Penh y Vientián.

Después de la última sesión de mayo del 40 y de su último regreso a bordo de la pequeña ballena blanca de duraluminio anodizado, Yersin ha intentado mantener el contacto por radio desde su gran casa cuadrada, con los cascos de sus auriculares en las orejas. Ahora estamos en el 43. En caso de victoria del Eje, los Institutos Pasteur

desaparecerán o se convertirán en Institutos Koch o Kitasato.

Pero los Aliados desembarcaron en el Norte de África el año pasado. A los alemanes y a los japoneses les empieza a oler a chamusquina. En ese momento, en el que la guerra bascula, el pasteuriano Eugène Wollman, que trabaja sobre los bacteriófagos del bacilo de Yersin y al que se había aconsejado, como a todos los judíos del Instituto, que se alejara de París y se marchara a la zona libre al menos durante el tiempo que ésta todavía existiera, cosa que él se negó a hacer, es detenido en el Instituto por la policía francesa y enviado al campo de concentración de Drancy junto con su esposa. Morirá en Auschwitz. Los futuros héroes y premios Nobel de bacteriología entran en la Resistencia. El equipo de André Lwoff produce clandestinamente vacunas para los maquis. Todo eso Yersin lo ignora, por supuesto. Desde hace tres años está mano sobre mano. Pronto tendrá ochenta años y espera el final, el suyo o el de esta guerra. En la gran casa cuadrada con arcadas al borde del agua, él espera, sentado en su mecedora bajo la veranda.

Desde hace diez años, Calmette se ha convertido en un *dwem*. Roux también se ha convertido en un *dwem*. Hace mucho tiempo, desde que descubrió la palabra *posh* tan de moda en los paquebotes, que Yersin conoce esa costumbre de la lengua inglesa de formar nombres con iniciales. Pero éste, *dwem*, es americano y mete en el mismo saco a ingleses, franceses, alemanes o italianos: *dead white european males*. Tanto Roux como Calmette, Dante o Da Vinci, Pasteur o Wollman, Pascal, Goethe o Beethoven, Marat, Cook, Garibaldi, Rimbaud, Cervantes, Magallanes, Galileo o Euclides, Shakespeare o Chateaubriand, todos aquéllos a los que hasta hace poco llamábamos grandes hombres, son ensartados como una variedad de insectos, los *dwem*, y clavados sobre el cartón con los élitros abiertos: una inútil y curiosa colección de los viejos tiempos. Yersin escribe su testamento.

Roux, como Pasteur, veneraba la República y su triple divisa. Y el que las tres palabras no tengan sentido una sin otra. Que la libertad no es libertinaje y que el hombre injusto, víctima de sus pasiones, no puede ser libre. Que la igualdad debe ser la de las posibilidades en el inicio y el respeto al mérito en la llegada, y que en consecuencia la herencia debe ser desterrada salvo si es afectiva y se reduce a cuatro perras. Es a la colectividad a quien hay que entregar lo esencial.

«Lego al Instituto Pasteur de Indochina, que dispondrá de ello como le convenga, los inmuebles que he hecho construir, todo mi mobiliario, el frigorífico, el receptor TSF, los aparatos fotográficos y también toda mi biblioteca y todos mis aparatos científicos. Los aparatos científicos concernientes a la física terrestre, la astronomía, la meteorología, etc., podrán ser remitidos al Observatorio Central de Phu Lien, en caso de que nadie en el Instituto Pasteur esté en disposición de utilizarlos. Desearía que les sean entregadas a mis antiguos y fieles sirvientes annamitas pensiones vitalicias provenientes de los intereses de una letra de cambio que he ordenado con ese propósito en el Hong Kong Shanghai Bank de Saigón y que está en manos del

señor Gallois, en Suoi Giao. El señor Jacotot tendrá a bien encargarse de repartir esas pensiones a los servidores: a Nuoi, Dung y Xe en primer lugar, después a mi jardinero Trinh-Chi, a Du, que se ocupa de los pájaros, a Chutt y a todas las personas de mi entorno que según el señor Jacotot lo merezcan».

El sobre es sellado y enviado a Jacotot, acompañado de una nota: Yersin desea una pequeña ceremonia vietnamita, con incienso, la comida del quincuagésimo día y los estandartes blancos. Se quemarán papeles votivos, se colocarán en el altar del desaparecido un bol de arroz, un huevo duro, un pollo cocido y un racimo de bananas. Quiere ser inhumado en Suoi Giao, a mitad de camino entre Nha Trang y Hon Ba, en el centro del mundo y de su dominio. Ahora todo está en orden. Ha escogido el emplazamiento y lo ha delimitado. Ha escogido reducir su reino de varias decenas de miles de hectáreas a dos metros cuadrados.

Yersin espera, en medio de toda esta belleza. Es un genio y quizá, en el fondo, un enfermo mental. Qué más da. Un genio cuyo final será más apacible que el de Semmelweis. Pero cabe imaginar que si le hubieran internado en un hospital psiquiátrico, también él se habría rebelado. Él ha querido protegerse del mundo y aislarse en su propio lazareto, un jardín separado del mundo, de los virus, de la política, del sexo y de la guerra, encerrarse en la cuarentena de sus cuarenta años con las chifladuras que persigue. Ahora podría venir la caída después de la gloria. Eso se ve con frecuencia. Algo novelesco, como un asesinato o un renacimiento, algo sublime o grotesco como una ridícula ratería. Yersin convertido en cleptómano o en alcohólico. Pero no, Yersin no cae y eso, sin embargo, le hace enteramente humano.

En medio de todas esas existencias y del *maelström*, está la vida de Yersin, tan buena como cualquiera. Es un hombre racional que nunca se deja llevar por las pasiones. Un hombre de sabiduría griega que entre los cuatro pilares escoge el Pórtico y el Jardín, mejor que el Liceo o la Academia. De su último viaje se ha traído a los Clásicos. Es un secreto. Por la noche, en la gran casa cuadrada, con las gafas delante de sus fatigados ojos azules, Yersin pasa las páginas escritas en griego y en latín, tapa el texto en francés y traduce con lápiz. Ése es el último secreto y el último enigma. Sólo le queda morir para convertirse a su vez en un *dwem*. No le falta más que la primera inicial.

BAJO LA VERANDA

Construyó sólidamente la gran casa cuadrada con arcadas. Lo bastante vasta para cobijar allí a todos los pescadores de Xom Con y a sus familias durante las noches de tifón, y para acoger a los niños que vienen a leer los textos ilustrados que ha traído para ellos desde París. Yersin espera. Sabe bien que va a morir, pero la muerte no llega. Habrá vivido el Segundo Imperio y la Segunda Guerra Mundial. Una vida humana es la unidad de medida de la Historia. Los japoneses no han llegado aún hasta Nha Trang. Es una carrera entre la muerte y los japoneses. Ahora él es un personaje de Gracq. Vigila el mar, de donde puede que venga el enemigo.

Todavía sigue la guerra en Europa, y aquí es la guerra del Pacífico. Los americanos tocan todas las teclas. Financian al Vietminh de Ho Chi Minh, que combate en Tonkin a los ocupantes japoneses. Cada cosa a su tiempo. Más tarde se ocupará de los franceses. En el maquis, los estalinistas y los trotskistas vietnamitas se matan entre sí. La pequeña banda de Nha Trang está en medio de todo eso. Por la noche, después de ordenar y limpiar la encimera del laboratorio, Jacotot y Bernard acuden a reunirse con el viejo maestro bajo la veranda.

A veces se une a ellos el joven escritor Cung Giu Nguyen, que morirá, centenario, en el siguiente siglo, y que conocerá las tres guerras de Indochina: contra los franceses, contra los americanos y luego contra los jemereros rojos. Llegará a ser tan viejo que incluso vivirá la aparición de un capitalismo comunista que Ho Chi Minh nunca hubiera imaginado. Esas conversaciones al anochecer son en francés. Yersin habla un vietnamita pragmático y sin matices, eficaz. Nguyen Phuoc Quynh, antes de convertirse en periodista, fue uno de los hijos de pescadores que jugaban y corrían en la gran casa de arcadas. Él recuerda que «una de las características de su uso del vietnamita era que con frecuencia empleaba las palabras *ngu*, *ò*, *I ta* (se) para las tres personas tanto del singular como del plural, y ese *se* lo aplicaba tanto a los hombres como a los animales».

Están delante del mar, en medio de las flores y de las cajas de pájaros. El loro del pirata y el ruido de las olas. Jacotot y Bernard toman notas: cada uno por su lado se ha puesto a escribir una *Vida de Yersin*. Hace mucho tiempo que su madre y su hermana han desaparecido. La Casa de las Higueras de Fanny ha sido vendida, igual que el chalet de Émilie, que ha muerto sin hijos. Ya no queda en Europa ningún rastro suyo. Y puede que tampoco quede ningún rastro de Europa. Ese año todavía se duda sobre cuál de los dos bandos será el que llegue primero a tener el arma nuclear. Oppenheimer para los americanos o Heisenberg para los alemanes. Puede que sólo Asia se libre. ¿Cómo imaginar, entonces, que otro pasteuriano, Mollaret, encontrará un día esta correspondencia cuidadosamente conservada y la entregará a los archivos

del Instituto Pasteur?

Yersin está persuadido de que todas sus cartas a Fanny y a Émilie, que constituyen un verdadero relato de su vida, hace tiempo que han desaparecido. Así que responde a las preguntas. Cómo descubrió y venció al bacilo de la peste. Su abandono de Suiza por Alemania, del Instituto Pasteur por las Mensajerías Marítimas, de la medicina por la etnología, de ésta por la agricultura y la arboricultura. Cómo se hizo en Indochina un aventurero de la bacteriología, un explorador y un cartógrafo. Cómo recorrió durante dos años el país de los mois, antes de llegar al de los sedangs. Los dos científicos le interrogan sobre sus caprichos y sus inventos, la horticultura y la cría de ganado, la mecánica y la física, la electricidad y la astronomía, la aviación y la fotografía. Sobre cómo se convirtió en rey del caucho y de la quinina, y cómo llegó a pie desde Nha Trang hasta el Mekong y luego a Phnom Penh, para vivir finalmente cincuenta años en una aldea al borde del mar de China. Los dos científicos llenan sus cuadernos. Ellos miran los ojos azules de Yersin, que han visto los ojos azules de Pasteur.

El fantasma del futuro observa al anciano, sentado en su mecedora desde la palidez dorada de la mañana hasta el cobre del atardecer. En la placidez antigua de los días. Yersin sabe perfectamente que no volverá a subir al chalet de Hon Ba ni a la granja de Suoi Giao. Se imagina el paso lento de las manadas sobre la hierba. El crecimiento todavía más lento de sus verduras, de sus flores y de su fruta. Él, que sabe lo que son los hombres por dentro de su saco de piel, está sentado delante del mar y del horizonte y es consciente de que sus células desaparecen, o se replican menos y a menor velocidad, cada vez con más errores o más ruidos en ese mensaje del ácido desoxirribonucleico que todavía se desconoce. Pero sabemos desde Pasteur que nada nace de la nada y que todo lo que vive debe morir. Él respira el rimbaudiano olor de la noche festejada, deja que el viento humedezca su cabeza desnuda.

Yersin no es un hombre de Plutarco. Nunca ha querido hacer Historia. A diferencia de las *Vidas* que éste pone en paralelo, las de los traidores y los héroes, la de Yersin no ofrece ningún ejemplo que imitar o del que huir, ninguna conducta que seguir. Es un hombre que intenta gobernar su barca en solitario y que lo hace razonablemente bien. Detrás de él, el mar borra su estela. Por la noche le ayudan a regresar a su despacho y reanuda su estudio del latín y el griego.

EL FANTASMA DEL FUTURO

En la época de Yersin, Nha Trang quedaba lejos. Porque estaba lejos de Europa. Hoy está en el centro del mundo. Al borde del Pacífico, que ha sucedido al Atlántico, que sucedió al Mediterráneo. México está enfrente. Acapulco. Es Europa la que está lejos. Del otro lado del mundo, en la cara oculta del planeta. Si en Dalat el tiempo parece haberse detenido sobre las apacibles aguas del lago y en los salones del Lang Bian Palace, aquí la ciudad es absolutamente moderna.

Yersin se sentiría menos desorientado si se encontrara hoy en París y volviera a su habitación del Lutetia.

El fantasma del futuro, que le ha seguido alrededor del mundo, podría aquí bajar hasta el Yasaka, en la esquina de la calle Yersin y del bulevar marítimo, una de esas torres hoteleras de cristal que vemos alzarse paralelamente en Bangkok o en Miami, en todas partes adonde la burguesa y aérea maleta nos lleve. Nha Trang es una estación balnearia frecuentada sobre todo por rusos y vietnamitas del norte. La gran base militar americana de Cam Ranh, a treinta kilómetros de aquí, se convirtió en una base soviética después de la Reunificación. El único vuelo internacional para Nha Trang despegaba de Moscú. Los rusos vienen para aprovechar el gozo combinado del trópico y las hoces y los martillos nostálgicos de las banderas rojas que bordean la playa. Los menús del restaurante Yasaka son trilingües: vietnamita, inglés y ruso. Lo que no impide, sin embargo, que en los cuartos de baño —como loable preocupación por empujar a los rusos hacia el multilingüismo o como bromazo al antiguo hermano mayor— se explique tan sólo en inglés que el agua del grifo no es potable.

En la esquina de las calles Yersin y Pasteur, en este mes de febrero de 2012, los obreros trabajan noche y día en las obras del Nha Trang Palace. El fantasma se dirige hacia el Instituto Pasteur, que está muy cerca. Cuando la gran casa con las arcadas de la Punta de los Pescadores fue destruida hace algunos años, se transportó a un anexo del Instituto todo lo que quedaba en su interior, desde el telescopio astronómico hasta el material de meteorología, y se ha abierto un pequeño museo Yersin. En él se ve una reconstitución de su despacho. Todo es de madera oscura y los instrumentos científicos de otro tiempo son de cobre y de latón. El fantasma del futuro se sienta en la mecedora de Yersin. Ve en las paredes los mapas de sus expediciones. Sobre una mesa está su libro sobre los mois. Es un término genérico caído en desuso, «pueblos de las montañas, montañeses». Hoy se prefiere el de «minorías étnicas». Alrededor de Dalat están los lats, los chills y los srés. En Suoi Giao, los jaglais.

En los estantes, centenares de obras en francés y en alemán abarcan todo el espectro de sus caprichos. También libros de historia. Pero esta biblioteca quizá es

también la de los primeros pasteurianos de Nha Trang, la de Bernard, Jacotot y Gallois. ¿Leyó Yersin este libro de Alain Gerbault, *Por la ruta de regreso - diario de a bordo*?

Sobre su mesa de trabajo hay poemas de Virgilio escritos a máquina en latín a doble espacio y traducidos a lápiz, verso a verso, en los intersticios. Listas de frases en vietnamita para memorizar. Una fotografía de él en París con Louis Lumière. Su último billete de avión, del treinta de mayo del 40. Yersin ocupaba el mejor de los doce asientos, el K, aislado en la parte posterior izquierda del aparato. El billete enumera los alcoholes puestos a disposición de los viajeros, las marcas de los whiskies, coñacs y champanes que debieron de bajarse alegremente los ricos fugitivos, después del despegue del último vuelo de Air France en las mismas narices de los alemanes. Hay una fotografía de él en su última llegada, en junio del 40, sobre la pasarela de la pequeña ballena blanca, en Saigón.

Se puede prolongar la marcha desde aquí unos trescientos metros hacia el norte, en dirección al río. En lugar de la gran casa cuadrada con arcadas se eleva un hotel para el descanso de policías meritorios procedentes de toda la República Socialista del Vietnam. En la terraza, el restaurante Svetlana, a ras de las sonoras olas de rodillo, está cerrado por fin de temporada. El guardián acepta que el extranjero se cobije allí de la lluvia fina, pero ¿se puede negar algo a un fantasma? Éste se sienta delante del gran bochinche de las olas. Sólo la vista hacia el horizonte permanece intacta.

Los pescadores han sido deportados a un nuevo pueblo, del otro lado del río, para dejar paso a los hoteles. Al pie del puente, en un bistró un poco destartado en el que sólo se sirven bebidas, té o café, están colgados en la pared, de manera bastante incongruente, cinco retratos de *dwem*: Bach, Beethoven, Einstein, Balzac y Bonaparte. Ni Yersin ni Pasteur. Sin embargo, los dos son venerados en Vietnam y sus nombres están a la vuelta de cada esquina. Pasteur es un santo de la religión Cao Dai, practicada sobre todo en el delta del Mekong. Yersin es un Bodhisattva en la pagoda de Suoi Giao, no lejos de aquí. Sentado en una silla junto al borde de la acera, el fantasma observa el flujo continuo de automóviles y ciclomotores que entran en el puente y cruzan el río. Yersin fue el primero en traer aquí un automóvil. El primero en fotografiar la magnífica bahía.

Para llegar a Hon Ba, desde lo que fue Xom Con, la Punta de los Pescadores hoy sin pescadores, hay que atravesar la ciudad y llegar a la carretera Mandarina, tomar allí la dirección norte hacia Hanói, la bifurcación de la derecha, y seguir después durante treinta kilómetros de curvas que trepan por la montaña. Las minorías étnicas queman y desbrozan las colinas bajas para plantar allí eucaliptos y acacias, por su madera, y anacardos, por sus nueces. Hay campos de banano, de maíz, de hierbas altas y cortantes. Delante de las cabañas de bambú corren los pollos y trotan las vacas asustadas por el motor. Al cabo de una hora se ve una barrera de policía, blanca y

roja, y una garita. Más allá, los desprendimientos de rocas y los deslizamientos de tierra son frecuentes en esta época de lluvias. Más arriba, uno podría creerse en alguna jungla que conoce, las de Honduras o El Salvador, y luego la temperatura baja a cada curva, el cielo se cubre y desciende la bruma. Uno tiene ya la impresión de que esto no va a acabarse nunca, cuando los perros ladran en la niebla y la carretera se termina en un gran charco cenagoso.

Cuatro hombres están aquí, lejos de todo: los dos guardianes del chalet reconstruido de Yersin y, sobre un montículo situado enfrente, dos guardas forestales vestidos de traje de faena. Entre ellos se alza un árbol del té centenario. En el interior del chalet hay algunos muebles de madera negra y la cama de Yersin, aparatos científicos y una vieja maleta en un armario. Las nubes entran por la puerta y por las ventanas abiertas. La bruma, como humo de cigarrillo, rueda por el chalet, todo está mojado y chorrea, parece como si tuviera laca. En el bosque de grandes helechos, los guardas dan con los restos de antiguos establos, abrevaderos y piedras agujereadas que se utilizaron como cubetas para sembrar allí los primeros quinos, los árboles de la quinina. Gruesos lagartos marrones se abalanzan sobre los árboles, perseguidos por los perros. Abajo está el tumultuoso río, anaranjado por el limo. Sentado más tarde delante de un té ardiente, en el chalet empapado, uno va arrancándose de las pantorrillas las sanguijuelas: esas idiotas parecen pensar que pueden nutrirse de la sangre de un fantasma.

A la mitad del camino de regreso a Nha Trang, en Suoi Giao, hoy llamado Suoi Dau, hay una reja pintada de azul a la entrada de un campo, con un candado y un número de teléfono que hay que marcar para alertar al guardián. Del otro lado, un pastor con sombrero cónico y largo bastón lleva una manada de ovejas a las que acompañan unos grandes pájaros blancos. El camino hasta la granja experimental pasa junto a lantanas en flor, cañas de azúcar, plantas de tabaco y praderas de arroz. Después hay un repecho empedrado, al borde del cual los campesinos manejan metafóricamente la hoz. La tumba azul celeste está en lo alto de una pequeña colina. No hay signos religiosos. Sólo este texto en letras mayúsculas:

ALEXANDRE YERSIN
1863-1943

A la izquierda hay una pequeña pagoda naranja y amarilla jalonada de bastoncillos de incienso. Éstos son los dos metros cuadrados azul cielo de territorio vietnamita que fueron el centro de un reino. Él encontró aquí su reposo, encontró el lugar y la fórmula. Se podría escribir una *Vida de Yersin* como una vida de santo. Un anacoreta retirado al fondo de un chalet en la jungla fría, reacio a toda obligación social, una vida de eremita, de oso, de salvaje, un genio original, un auténtico extravagante.

LA PEQUEÑA BANDA

Más que sobre su vida, sin duda a él le gustaría que se escribiera de eso, de la pequeña banda que rodeó a la ciencia en persona, a la levita negra y la corbata de pajarita. La pequeña banda que se va a pasteurizar el mundo y a limpiarlo de microbios. Muchos son huérfanos o apátridas que se procuran un padre o, de pronto, una patria. A parte de eso, son temerarios, aventureros, porque en esa época era tan peligroso acercarse a las enfermedades infecciosas como hacer despegar un avión de madera. Una banda de solitarios. Con broncas brutales y amistades indefectibles. Un grupúsculo de activistas de la revolución microbiana.

Ellos son brasas incandescentes de la potente explosión del volcán de París, que caen más allá al azar sobre desiertos y selvas. Hombres jóvenes y con coraje que cierran sus baúles llenos de probetas, autoclaves y microscopios, se montan en trenes y navíos y se abalanzan contra las epidemias. Es algo caballeresco y pasteurial. La jeringa blandida como una espada. Hidalgos desarraigados, exiliados, provincianos y extranjeros que se marchan a recorrer el mundo. Desde París, Roux, el huérfano de Confolens, está al timón y centraliza los descubrimientos. Como en una hermandad. La banda de Pasteur está en competencia por todas partes con la de Koch y hay que ganar velocidad. Aún hay espacios en blanco en los mapas y enfermedades desconocidas. Todo es posible todavía y el mundo médico es un mundo nuevo. Eso no durará. Lo saben bien. Están en el momento justo para tener su apellido en latín pegado al nombre de un bacilo. Aplican el método pasteuriano, que se puso a punto con la rabia. Tomar muestras, identificar, cultivar el virus y atenuarlo para obtener la vacuna. Se benefician de la aceleración de los medios de transporte, del vapor que les permite estar en el lugar en el que una epidemia aparece. En unos años, plagas que eran como monstruos homéricos son fulminadas, una tras otra: la lepra, la fiebre tifoidea, el paludismo, la tuberculosis, el cólera, la difteria, el tétanos, el tifus, la peste...

Muchos se dejan en ello la piel. Roux se traslada a Egipto para estudiar allí el cólera en compañía de Louis Thuillier. Éste, que ha obtenido la primera plaza de profesor agregado de física, viene de regreso de una campaña de vacunación en Rusia. Tiene veintiséis años, ya ha descubierto el bacilo del mal rojo porcino y firma junto con Roux, Pasteur y Chamberland el texto *Nuevos hechos de utilidad para el conocimiento de la rabia*. A su llegada a Alejandría contrae el cólera y sucumbe. Sedán y los políticos están lejos. Es hora de una tregua. Los equipos de los dos bandos confraternizan. Según el testimonio de Roux, en una carta que envía enseguida a Pasteur, «el señor Koch y sus colaboradores han venido cuando la noticia

ha empezado a correr por la ciudad. Han tenido hermosas palabras para la memoria de nuestro amigo muerto». Y, antes de describir el bacilo del cólera, porque esta vez es él quien lo consigue, añade: «el señor Koch sostenía una de las esquinas del paño fúnebre. Hemos embalsamado a nuestro camarada y lo hemos acostado en un féretro de zinc sellado». Descansa en paz, camarada. Únete a Pesas y a Vinh Tham, muertos por la peste en Nha Trang, y a Boëz, dormido para siempre en Dalat.

A la muerte de Pasteur, la pequeña banda de apóstoles laicos se dispersa por todos los continentes y abre Institutos, propaga la ciencia y la razón. No paran de enviarse correos de un rincón a otro del mundo, al azar de los navíos que parten. Cartas escritas de un tirón con pluma, en la lengua positivista de la Tercera República, con impecable sintaxis. Si no todos son Michelet, al menos son Quinet^[13]. Científicos letrados que saben que alma, arma y arte son palabras femeninas en plural. Como los marinos, ellos dan su nueva posición. Calmette en Argel, luego en Saigón, después en Lille. Carougeau abandona Nha Trang para ir a Antananarivo. Loir, después de Sidney, crea el Instituto Pasteur de Túnez y estudia la rabia en Rodesia, antes de partir a enseñar biología en Montreal. Nicolle está en Estambul, donde le sucede Remlinger antes de irse a Tánger. Haffkine, el judío de Ucrania, abre un laboratorio en Calcuta. Wollman, el judío de Bielorrusia, es enviado a Chile. Después de muchos años en la Guayana Francesa, Simond cierra la historia de la peste en Karachi y parte a Brasil, para estudiar la fiebre amarilla.

En Nha Trang, los telegramas han ido informando a Yersin de la muerte de todos sus viejos amigos y de la dispersión de los supervivientes más jóvenes. Como Roux, él no tendrá descendencia, salvo la mítica. Los huérfanos de Confolens y de Morges han elegido a Pasteur como padre espiritual y sus hijos serán espirituales. Los ayudantes de laboratorio se convertirán en investigadores. Yersin es demasiado viejo en un mundo que ya no es el suyo. Es el último colaborador todavía vivo de Pasteur. Él no escribirá sus memorias. Este libro no le habría gustado. Para qué me meto.

Habría que escribir de la cadena, mejor que de los eslabones. Una cadena de siglo y medio de longitud. Pasteur escoge a Metchnikoff, que escoge a Wollman, Eugène Wollman, quien a su regreso de Chile trabaja sobre los bacteriófagos del bacilo de Yersin antes de ser deportado a Auschwitz, mientras su hijo entra en la Resistencia. Después de la guerra, éste, Élie Wollman, es elegido por André Lwoff y trabaja en su laboratorio con François Jacob, que se había unido a las Fuerzas Francesas Libres en Londres y combatido desde Libia hasta Normandía. Ellos retoman los trabajos de Eugène Wollman. Jacob recibe el Nobel, junto con Lwoff y Monod. Este último había explorado Groenlandia, con Paul-Émile Victor, en los años treinta, antes de unirse a la Resistencia. Veinte años después del Nobel, Lwoff escribe su artículo «Louis-Ferdinand Céline y la investigación científica», porque, como sucede en todo grupúsculo de activistas, se haga lo que se haga, así se intente escapar de él lo más lejos posible como Yersin, o denigrarlo como hace Céline, traicionándolo y

pasándose a la literatura, nunca se escapa a la vigilancia del grupúsculo.

Éste será el último enigma de la vida de Yersin. La literatura. No se descubrirá hasta después de su muerte, cuando se clasifiquen sus archivos. Él ha metido la nariz en la literatura y ahí está, también él sometido a su adicción. Ahora sabe, como Rimbaud, que «eso no quiere decir nada». Rimbaud viene del latín y es ahí donde termina Yersin su vida. La adicción última es más fuerte que la cocaína, que fue su único fracaso comercial.

Jacotot descubrirá su pequeño taller clandestino de traducción al poner orden en su despacho. Los libros y los folletos, y sobre las portadas la lechuza o la loba. Octogenario, Yersin reanuda el estudio del latín y del griego, tapando la página izquierda. Traducir es como escribir una biografía. La invención coartada y, no obstante, la libertad del violín delante de la partitura, el golpe del arco, el vuelo ligero de la prima y el ritmo sordo de los graves. Sorprendido, Jacotot consigna el inventario con devoción: Fedro y Virgilio, Horacio, Salustio, Cicerón, Platón y Demóstenes. Sin duda, Yersin ve en ellos esos valores antiguos que fueron los suyos, la simplicidad y la rectitud, la calma y la medida. Ahora siente el placer de la literatura y, como siempre, el de la soledad.

EL MAR

De vez en cuando, las viejas heridas del combate con Thouk, la lanzada entre las costillas y el pulgar amputado, se le despiertan. Sus piernas ya no le sostienen. Está sentado en su mecedora. En lo hondo de su viejo cerebro resuena la frase de Pasteur, como una exhortación: «Si pasara un día sin trabajar, me sentiría como si hubiera cometido un robo». Yersin tiene una última idea. La observación de las mareas.

Él terminará su feliz vida de solitario en medio de la simplicidad de los días, con una insaciable curiosidad. Es como Kant en Königsberg, pero sin los problemas con los álamos y los pichones del vecino. Él es dueño del terreno y del paisaje. Desde la terraza de la gran casa cuadrada se ven, a mano izquierda, la desembocadura del río y la montaña que desciende hasta las olas, y a mano derecha, kilómetros de playa. Es la posición ideal para estudiar las mareas, en el ángulo recto que forman el estuario y el mar. Yersin consigna las referencias lunares y mide el estiaje y los coeficientes, las subidas del agua; hace fabricar escalas graduadas, que son colocadas en medio de la corriente y en cuyas puntas hace suspender lámparas. Sentado en su mecedora, con el cuaderno sobre las rodillas y unos prismáticos de marino, observa las luces en la noche.

El almirante Decoux, gobernador general de la Indochina invadida, retirado en Dalat, le hace llegar las efemérides de la marina. Decoux se aburre. Ha abandonado el palacio Puginier de Hanói para no seguir viendo a los samuráis pavoneándose por la ciudad. Ha instalado su despacho en el Lang Bian Palace, delante de las aguas del lago. Es pequeño para un almirante, un lago, es humillante. Mientras las bombas explotan por todo el planeta y los tanques aliados que han tomado Kufra enfilan hacia el norte, mientras los pilotos kamikazes se arrojan en picado contra los destructores americanos y el Ejército Rojo rompe el frente alemán y avanza hacia Polonia, Pétain es confinado en el Hotel du Parc de Vichy y Decoux en el Lang Bian Palace de Dalat, delante de las aguas del lago. La grandeza de Francia parapetada en sus ciudades balnearias como una ociosa agüista en albornoz blanco y sandalias bajo el artesonado. Hay que ocuparse en algo.

Decoux manda destruir las molduras y la decoración estilo Belle Époque que adornaban el Palace. Exige que se haga lo mismo en el teatro de Saigón, en la plaza Francis-Garnier, que más tarde se convertirá en la Asamblea Nacional. Que se acabe con toda esa blandenguería rococó, de indudable inspiración judía o francmasónica, que habría arrastrado a Francia al precipicio si no hubiera sido por el Mariscal. Él quiere el ángulo estricto, la sobriedad, la austeridad al gusto alemán. Son esos caprichos de la Historia y esa ceguera los que llevarán a Francia, diez años más tarde, a embellecer el golf de Dalat mientras tiene lugar la batalla de Dien Bien Phu. Con la

idea de que el Estado Mayor se sentiría feliz de disfrutar de un pequeño recorrido después de la victoria. Dalat, la ciudad utópica, levantada sobre la página verde y virgen del Lang Bian, que un día se soñó con convertir en capital de toda Indochina, es ahora un islote despreciado incluso por los japoneses. El almirante recorre los pasillos del palacio vestido de estricto uniforme blanco de gala, pero bien podría hacerlo en pijama. Se preocupa por las reservas de coñac y de champán que habrá que arrojar al fondo del lago a la vista del primer samurái. Al igual que se sabotea un navío para no entregarlo al enemigo. Él sabe lo ocurrido en Toulon y en la batalla de Mers el-Kebir durante la guerra. Pero los japoneses siguen sin llegar.

No será sino dos años más tarde, seis meses antes de Hiroshima y seis después de la liberación de París, cuando las tropas de Hirohito, derrotadas en todos los frentes, se lancen con furia al asalto de los cuarteles franceses, que hacía cinco años que les esperaban y que desde hacía mucho habían bajado la guardia. Los japoneses masacrarán a los militares e internarán a los civiles en campos de concentración. De momento, el personal indígena, obsequioso durante el día, pasa información durante la noche al Vietminh. Rebusca en la papelera y en la mesa del despacho del almirante, encuentra el último correo de Yersin, previene a la guerrilla de que los imperialistas estudian las mareas en Nha Trang y quizá preparan el desembarco.

Unos días antes de su muerte, Yersin agradece al almirante de agua dulce el envío de las efemérides. Es su última carta. «Me permitiré comunicarle los resultados de estas observaciones, en forma de diagrama, cuando haya reunido un número suficiente». Pronto cumplirá ochenta años. Sospecha que le están preparando a sus espaldas alguna ceremonia. Entre las observaciones con prismáticos, que realiza junto con su asistente Tran Quang Xe, traduce a los griegos. Su única publicación póstuma no será autobiográfica: es Jacotot quien escogerá uno de esos títulos posrimbaudianos que tanto les gustan a los pasteurianos: *Diagramas de los niveles de las mareas anotados en Nha Trang, trazados a partir de los niveles observados por el Dr. Yersin delante de su casa en Nha Trang*. Jacotot lo enviará al *Bulletin de la Société des études indochinoises*.

A medianoche, a las seis de la mañana y luego a las seis de la tarde, Yersin anota las observaciones y llena las columnas de su cuaderno, que está hoy en el pequeño museo de Nha Trang. Quizá se adormece. Se siente un poco entre brumas. Con frecuencia morir es muy doloroso. Lo ha visto en los hospitales. Siente que flota en el ruido de las olas. A bordo de una barca de pesca normanda o en un camarote de primera clase, todo cobre y madera barnizada, del *Oxus*, del *Volga* o del *Saigon*. Es la lenta subida de las aguas oscuras, como un murmullo. El agua salada chapotea en la desembocadura del río y se mezcla con el agua dulce. Siente somnolencia y una extraña tristeza que le inunda dulcemente, que sube como el mar. Quizá una frase de Pasteur: «Es principalmente mediante procesos de fermentación y de combustión

lenta como se cumple esta ley natural de la disolución y del retorno al estado gaseoso de todo lo que ha estado vivo».

He ahí la explicación de tanta emanación de sueños. Los pescadores encienden sus lámparas y salen a mar abierto. Si alguno se hiere, le pondrán la vacuna contra el tétanos, la tienen en el frigorífico. Mañana habrá pescados relucientes sobre el hielo y camarones moviéndose en el fondo de las nasas. Las luces bailan sobre el mar o detrás de sus párpados. Tiene una nueva idea. Mañana comerá camarones o estará criando malvas. Se pregunta si hizo bien al pensar en aclimatar las malvas en Hon Ba. Su pensamiento es ahora un poco confuso, es una lenta inundación, el agua negra y el murmullo de la marea bajo la gran medalla blanca de la luna. La subida del agua alcanza los fusibles de su taller eléctrico. Tendría que apretar el interruptor, levantarse, abandonar la mecedora. Es imposible. Son los breves chispazos del cortocircuito. La explosión de una vena en el cerebro. Es la una de la mañana. La luz se ha apagado.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar a la profesora Alice Dautry, directora general del Instituto Pasteur, quien ha tenido a bien darme acceso a los archivos de la calle Émile-Roux; a Agnès Raymond Denise, conservadora, y a Daniel Demeiller por el apoyo que me dieron en esta búsqueda y por sus inestimables consejos. También en París, a Hoa Tran Huy, Hoan Tran Huy y Minh Tran Huy. En Morges, a Guillaume Dollmann por su investigación sobre los polvorines y también por nuestro viaje a Ecuador, de Quito a Mitad del Mundo, tras las huellas de La Condamine. En Saigón, a mis amigos Philippe Pasquet y Trần Thị Mộng Hồng. En Dalat, a Nguyễn Đình Bông, director del Instituto Pasteur, y a Đào Thị Vi Hoa, subdirectora. En Nha Trang, a Trương Thị Thúy Nga, conservadora del museo Yersin del Instituto Pasteur, así como al profesor Trần Đình Thọ Khôi, antiguo alumno del instituto Yersin de Dalat, que fue mi primer intérprete en estos lugares junto con los guardias de Hon Ba, a los que agradezco también su acogida, su té y nuestra caminata por el bosque bajo la lluvia, en busca de los vestigios de Yersin.

Para escribir este libro, el autor ha contado con el apoyo de una residencia de escritura de la Región Île-de-France, en el marco de una colaboración con el Instituto Pasteur y la librería La Cédille. El autor agradece a Damien Besançon, Sylvie Gouttebaron y Xavier Person el apoyo que han brindado a la elaboración de este proyecto.



PATRICK DEVILLE (Saint-Brévin, Francia, 1957 -). Hizo estudios tanto de literatura comparada como de filosofía en Nantes. A los 23 años era agregado cultural en el Golfo Pérsico; a los 25, enseñaba filosofía en el extranjero.

Enseguida, en los años 1980, Deville enlazó una serie de viajes: a Oriente Medio, Nigeria, Marruecos y Argelia. Luego, en los años 1990, vivió cierto tiempo en Cuba, pensando en la caída del castrismo (allí aprendió español), y más tarde residió en Uruguay y América central. De todos modos regresaba periódicamente a Francia para publicar sus libros.

Tras publicar cinco novelas en ediciones Minuit —desde *Cordon-bleu* (1987) hasta *Ces Deux-là*—, Deville enlazó un singular ciclo en la editorial Seuil, donde sigue la historia colonial de un modo peculiar: *Pura Vida* (sobre América latina, sobre William Walker, asesinado en 1860), *Equatoria* (en África), *Kampuchéa* (en la Camboya más convulsa), que constituyen para el autor un solo libro, que fue modificándose al ampliarse con nuevos argumentos. Sus lazos con Nicaragua y su amistad con sandinistas (Sergio Ramírez y Ernesto Cardenal) latían en su primer libro.

Creó en 1996 el *Prix de la jeune littérature latino-américaine* y la revista *Meet, de la Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire*, de la que es hoy su director literario.

Su obra se ha traducido a doce lenguas.

Notas

[1] Raza de caballos vietnamitas de pequeño tamaño, similares a los ponis. Su nombre viene del antiguo nombre medieval de Vietnam, Annam, que era como todavía lo designaban los franceses en el siglo XIX. (N. del T.) <<

[2] Boches, manera peyorativa de llamar a los alemanes en Francia. (N. del T.) <<

[3] El escritor Antoine de Saint-Exupéry inició su carrera de piloto de avión en 1921 durante el servicio militar. En 1926 conoció al aviador y fundador del partido socialista francés Jean Mermoz y al también aviador Henri Guillaumet, con quienes trabajó en el desarrollo de la compañía Aeropostale tanto en Europa como en Sudamérica. (N. del T.) <<

[4] Referencia al escritor Valéry Larbaud, que utilizó el seudónimo de Barnabooth. (N. del T.) <<

[5] Transoxiana fue el nombre histórico de una región del centro de Asia que hoy ocupa parte del territorio de las repúblicas de Uzbekistán, Kazajistán, Turkmenistán y Tayikistán. Su nombre significa «más allá del Oxus» y su capital fue la legendaria Samarcanda, centro del imperio del Gran Tamerlán en la Edad Media. (N. del T.) <<

[6] Émile Littré, lexicógrafo, filósofo y político del siglo XIX, cursó estudios completos de medicina pero no llegó a doctorarse. Fue autor de un célebre diccionario de la lengua francesa. (N. del T.) <<

[7] Maldición que La Flèche lanza contra Harpagon en el diálogo de *El avaro*, de Molière. (N. del T.) <<

[8] Referencia al poema *Bendición*, de Charles Baudelaire: «No obstante, bajo la invisible tutela de un ángel, / el niño desheredado se emborracha de sol / y en todo cuanto bebe y en todo cuanto come / vuelve a encontrar la ambrosía y el bermejo néctar». (N. del T.) <<

[9] Joseph Gallieni, que fue gobernador general de Madagascar durante seis años, era conocido por los malgaches como Jeneral y masiaka (el general cruel). (N. del T.) <<

[10] Referencia a la frase de Sully, ministro de Finanzas del rey Enrique IV de Francia: «La labranza y el pastoreo son las dos ubres de Francia». (N. del T.) <<

[11] Referencia a la máxima de Kant: «Obra siempre de modo que tu conducta pueda ser erigida como regla universal». (N. del T.) <<

[12] Casi: jefe local vietnamita. (N. del T.) <<

[13] Referencia a Jules Michelet, padre de la Historia moderna francesa, y a Edgar Quinet, historiador del siglo XIX. (N. del T.) <<